

HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL

# EL POZO MUEERTO

Imprenta "Librería Dominicana"  
Ciudad Trujillo, República Dominicana  
1960



21

*Impresa en la República Dominicana*



*Al Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo  
Molina que al convertir en realidades lo que ayer  
fueron nada más que esperanzas ambiciosas de una  
generación que nació a la fe con él, trocó la des-  
gana en optimismo, la inseguridad en paz, los sue-  
ños en bien, belleza y abundancia.*

2

EL POZO MUERTO

2

## BANI

Conocí Baní como a un libro que no se ha leído a pesar de tenerse siempre a la mano. Había visto unas cuantas fachadas: largas tablas de palmera mal pintadas de almagre: Unas amarillas, de un amarillo tristón. Las blancas, las casi blancas porque su albura estaba sucia, eran las más humildes. Sus dueños no tenían para el almagre que venía por la mar, de muy lejos, en unos barriles de duelas dulcemente acepilladas. Allá, en donde comienza el cerro grande que está por el oeste hay unas cuevas que muestran sus alurridas bocas en contenido bostezo. Ahí está el caliche que es la pintura de los pobres.

Para mí era como un libro viejo que no había podido leer. No pasé de la portada y de algunas ilustraciones. Tenía la sensación de que todo aquello era viejo y frágil. El mundo, lo que del mundo se entrega, podía compendiarse en la casa de mi abuela, y en las casas, sólo recuerdo tres, en que vivimos, y las de mis tíos: sus patios, los portillos de las empalizadas, los frutales apedreados, los techos crujientes, los perros viejos, los pozos.

Baní era para mí una sucesión de fachadas, empalizadas que las lluvias cubrían de coralillo de todos los colores, el tonto del pueblo, el parque los domingos con su musiquilla torpe, los festejos de la iglesia con sus alta-

res llenos de velas encendidas, las carreras de los jinetes borrachos, el camino de la escuela y la escuela.

Vine a descubrir lo que es Baní, lo que después fué para mí, desde las estribaciones del Cucurucho de Peravia. Ese fué un descubrimiento físico y desalentador. Un pueblo achatado. Techos de cana y árboles verdes, las callecitas rectas perdiéndose entre matorrales que parecían querer tragárselo todo.

El otro descubrimiento lo fuí haciendo poco a poco, de manos de mi tía Ramona y de mi abuela. Baní no existía para ellas. Flotaban en una gran nube. Se alimentaban del pasado. Sólo así se explicaba que los pocos centavos que llegaban a sus manos fueran suficientes para satisfacer sus necesidades: media botella de leche, carne alguna vez a la semana, los plátanos verdes, el arroz campesino, las zapotes que adoraba mi abuela, la harina de maíz —medio jarrito— con que mi tía hacía desayuno y cena.

Conocí la vida de Baní cuando me di cuenta de que todo lo que me rodeaba era inexistente. Pero lo que no existe necesita apuntalarse en lo que existe: un retrato, una vieja corbata que fué negra, papeles que el tiempo se encargó de abarquillar y amarillear. Y sobre todo, lo que no existe para vivir necesita de nosotros lo que respiramos, los que comemos, los que soñamos, los que como mi tía y como mi abuela al levantarse, con sus oraciones, paso entre paso, entraban al pasado para no salir de él sino a la hora del Angelus, en el momento en que el Señor anunció a María que sería Madre. Cuando el rosario volvía a sus viejos bolsillos el pasado salía de su rincón y retornaba a presidir aquella existencia que sólo dejaba su lugar a Dios, a su Santa Madre y a los Santos de su predilección.



"EL AMOR MAS FUERTE  
QUE NACE DESPUES DE LA  
MUERTE" 9

EL POZO MUERTO HECTOR INCHAUSTEGUI

El amor más fuerte es el que nace después de la muerte, como una sólida flor de tumba. Con la última paletada de tierra se deshacen, para siempre, todas las quejas, se perdonan todos los pecados. Y sobre la tumba, olorosa, se levanta un trono. Mi abuela hablaba de su esposo muerto como si lo tuviera al alcance de la mano y de la voz. Sabía lo que en cada caso hubiera dicho y lo que hubiera pensado. El tiempo, detenido, no tenía nada que hacer con aquella viudez que parecía, a la vez, reciente y distante, con un dulce e incomprensible sabor de eternidad. Era amor y respeto, amor y admiración, amor sencillamente.

Baní en aquella casa no era más que un pretexto para recordar. El punto de partida de los recuerdos: José Billini, el padre, fuerte y voluntarioso.

"El primer Billini vino con las tropas de Napoleón. Era un granadero piemontés, de hermosa estatura. En Haití conocieron el sabor de las victorias y las amarguras de las derrotas; las fiebres, el hambre, el acecho, las lluvias que no acaban, los soles que no se apagan aunque llegue la noche".

Mi tía era poeta. No concebía la realidad sino en función de elemento artístico. Si no servía para eso no servía para nada.

— Tronco de hombres. A la primera generación los Billini lucharon por una patria que le había dado la suerte. Tres firmaron el acta de Independencia. Fueron armadores ricos. Sus hijos los educó en Filadelfia. Uno envidó y viejo ya supo la tristeza de criar hijos pequeños que las sirvientas atendían mal. Cuando se enteraba las perseguía por las calles con un gran trabuco descargado. Frente al Agua de la Estancia se perdieron sus goletas que llevaban maderas finas a los Estados Unidos. Pero

"Bonifacia Gómez"

los Billini eran buena semilla. Ahí está tío Gollito, el Presidente Billini; Francisco Gregorio Billini, novelista, periodista valiente. Tienes que leer *Engracia y Antoñita*, Pasa aquí en Baní. El no era de aquí pero quiso mucho a Baní. Aquí se hicieron fuertes y austeros los Billini, padeciendo hambre eran autoridad moral en el pueblo. Tienes que conocer a una de las mujeres que él pintó en la novela, a Bonifacia Gómez".

Una tarde me hacía vestir con mis mejores galas. Galas no, ropa sencillamente limpia. Eran las Gómez, Bonifacia y su hermana, dos viejitas pulcras, almidonados los trajes, chupadas por el hambre y por los años, de dulce hablar. Le ofrecían café a mi tía. A mí no se qué me daban. Un gran guayacán en el patio. Casi no había muebles, todo brillante de limpio. Recostados de los setos en el aposento dos catres de blanco inmaculado, cubiertos con sábanas limpias con encajes pasados con cintas que alguna vez fueron rojas o azules. Entre los árboles cantaban invisibles los pájaros. Ladraban a lo lejos los perros. Al atardecer el aire era suave y fresco. Con la primera estrella nos despedíamos.

—"Raza dura la de los Gómez. De ahí salió Máximo Gómez que era un viejito cuando le quitó Cuba a los españoles. Cuando él volvió a Baní, cuya tierra besó a la manera de los antiguos, tu mamá era una niña y le encomendaron que le recitara unos versos. No quiso entrar a caballo a la tierra de sus mayores y el viejo lloró detrás de sus espejuelitos de oro."

—"Tío Gollito era general. Hizo la Guerra de los Seis Años con tu tío José María Cabral, también general. Los dos fueron Presidentes, como lo fué otro tío tuyo quizá el más inteligente de todos: Marcos Cabral. Escribía muy bien y era un hombre para la pelea, los salones y la



política. Pero el más hermoso de todos es el Padre Billini, mi tío. Ese sí era hombre, y qué corazón de santo. Lili decía que le temía más al Padre que a Gollito. Exageraciones: cualquiera de los dos servía para cualquier cosa grande”.

“Una vez...

Baní no existía, lo que me envolvía, lo que reunía el aire que yo respiraba, eran los recuerdos. Las guerras, los padecimientos, los viajes, las bodas suntuosas, los asedios de la capital, las persecuciones.

“Tu tía Ana María, la esposa de Juan Ramón Fiallo, llevaba a sus hijos pequeñitos a la playa de Güibia para hacerlos fuertes, como los griegos a sus caballos. Fabio Fiallo, su hijo, el poeta, gran caballero galante y un corazón de león. Tomó La Vega con una varita de mimbre en la mano, entre las balas, con su gran bigote de mosquetero. Fabio y Arístides eran hermanos. Arístides Fiallo Cabral, Chachí. Un gran médico y un gran hombre: fino, estudioso, buen orador, delicado. Nosotros queremos mucho a Chachí porque así pobres como unas ratas cuando nos enfermamos viene de la capital, siempre tan bien vestido, tan suave.”

“Y no tenemos dinero. El dinero dicen muchos que se hace fácilmente. Ni los Billini ni los Cabral tienen esa facilidad: el General, vivía por Ciudad Nueva, se levantaba muy temprano, en una gran bata de algodón, a tomar el solecito de la mañana, a exponer su piel a los rayos del sol. Aquel viejo metido en su ropa pobre era saludado por todos con respeto. Los hombres con el sombrero en la mano. Una gloria de la República, sin un centavo, porque no es fácil hacer dinero cuando se tiene una conducta. Los Billini igual. Tío Gollito murió casi en la miseria, con una pensióncita. Donde veas esos apellidos,

que son tan tuyos como los de tu papá, sabrás que no hay dinero, pero habrá gentileza, poesía, tradición. Por cierto que la tradición se está acabando. Nadie quiere lo viejo ni a los viejos, y la tradición es la vejez respetada."

Se le llenaban los ojos de lágrimas y la voz se hacía un tanto opaca, empañada. Levantaba la frente hacia el cielo y se bebía sus lágrimas, más que avergonzada dolida.

Todo lo demás no existía. El mundo para mí era irreal, como sus recuerdos. Inasible como todo lo que ellas evocaban.

## LENGUAS DE FUEGO AZUL SOBRE EL SUELO (1912)

La noche en que nací se produjo un extraño fenómeno: sobre el piso de cemento pequeñas islas de azul verdoso se movían detrás de las personas que caminaban por el aposento en que estaban mi madre y el recién nacido. Su paso dejaba una huella luminosa e inquieta.

La explicación era fácil: la tarde anterior mi hermano con unos primos había estado restregando fósforo rojo contra el suelo, tanto que los zapatos al rozarlo reavivaban su mortecina luz de luciérnaga.

Unos meses después mi padre fué designado Director de la escuela en San José de Ocoa. Me llevaron en gran pañolón que el *práctico* se amarró al cuello.

Regresé a Baní a los dos años. Mi padre es probable que no viniera con nosotros porque se nos reunió después de unas peleas que hubo en la zona costera. Figuraba como secretario del general Dionisio Cabral.

Antes de aprender a leer componía, cantando, unos largos poemas que mi tía Ramona juzgaba muy interesantes por las veces que empleaba la palabra amor.

Huzmeábamos los viejos armarios: libros en inglés que habían traído los Billini de Filadelfia o que pertenecieron al general Cabral que se educó en Inglaterra.

Eran tratados de Matemáticas, de Filosofía. Libros de viajes con ilustraciones.

Las obras en español las disfrutábamos. Tía como lectora. *Los romances del Duque de Rivas, El Roman-cero del Cid, Corazon, Las mil y una noches.*

Había un grueso *Quijote* pero yo no recuerdo que ella nos lo leyera. Lo leí muchos años después.

*Corazón* siempre nos hacía llorar, a los oyentes y a la lectora. Su voz se iba apagando entre lágrimas que rodaban por la garganta y nos dormíamos con el amargo sabor de la narración y la dulzura del heroísmo y de la abnegación.

Noche por noche, a la hora de acostarnos, a las nueve, comenzaba la lectura, y si nos comportábamos mal, si rompíamos el orden que debía reinar en la casa, la amenaza era dejarnos sin cuentos.

De tanto oír octosílabos pude, a escondidas, format-los, con los acentos en su justo lugar, que es la gracia.

Vivíamos, los niños, en un ambiente lleno de poesía, de grandes héroes, de tremendas aventuras y de los recuerdos.

Tía y mi abuela hablaban siempre de los tiempos pasados.

Los Billini hicieron con Cabral la Guerra de los Seis Años. Entre ellos estaba Pancho, según me parece que decían gordo y bonachón, jefe, o algo así; de lo que hoy llamaríamos la unidad médica de las tropas que luchaban contra Báez. Como buen gordo no era dado a moverse mucho y se lamentaba de que la ciencia de la guerra fuese una ciencia de lentitud. A él le parecía mucho mejor que se empleara alguna substancia para envenenar el aire, y asunto concluido.



Pancho, sin duda, es el antecedente más remoto que hallo para justificar los muchos médicos y bastantes curanderos que ha tenido la familia.

Se contaba, entre risas, el miedo que tenía Melitina, hermana menor de mi madre, cuando de novia con Francisco Billini éste salía en campaña. Como el prometido sufría las molestias de los campamentos, las durezas de la intemperie, ella dormía encima de un baúl haciendo milagros de equilibrio.

Mis tíos Melchor y Aquiles eran poetas. Melchor andaba siempre con unos versos en los labios, de Selgas, su preferido. Aquiles, más terrenal, se dedicaba a las décimas políticas. No todo era paz y concordia. La familia muchas veces estuvo dividida en bandos opuestos, pero a pesar de ello el vínculo familiar la unía indisolublemente.

Eramos pobres, sencillamente pobres. Yo casi nunca dormí en la casa de mis padres, prefería la de mi abuela, pese a que casi carecían de lo necesario. Sólo tenían, cada una, un baúl que sus ropas no llenaron nunca. Su único ingreso era una pensión del Estado que recibían trimestralmente, muy baja y que muchas veces no llegaba.

A mediodía traían comida de casa de mi tío Fabio Herrera. Allí se almorzaba muy tarde para las costumbres del pueblo: a las dos.

Por la casa de mis padres pasaron duros vientos. Meses hubo en que sólo se disponía de batata y leche. Alguna vez la dieta se interrumpía con un regalo de plátanos de los vecinos, porque alguien traía carne salada, porque un amigo que sacrificó un cerdo se acordaba de traer unos chicharrones y media botella de manteca.

Mi padre tenía una pequeña biblioteca y una imprenta. Editaba un periódico: *ECOS del Valle*. Eso hacía



posible que llegaran muchos libros de autores nacionales, unos por amistad, otros buscando la consabida gaceta.

Leí los libros de Vigil Díaz. Hicieron en mí un gran efecto, comparable sólo a la emoción de los primeros versos que tuve en mi mano de Moreno Jimenes. A mí no me interesaban, aunque las había leído, las obras de Rousseau, Pestalozzi. *La Historia* de Del Monte y Tejada y la de José Gabriel García. Como aprendí con la de Pichardo sólo en ella encontraba claridad y orden.

Saqué de los estantes Galerías de Pafos de Vigil Díaz y los primeros folletos de Moreno Jimenes. Los hice míos. Los leía y releía.

Mi tío Fabio Herrera poseía una biblioteca más grande y más variada. Allí leí los clásicos de la poesía, españoles y no españoles, impresos casi todos por una editorial de Barcelona. Eran unos tomitos pequeños en papel pluma.

Y todo lo divino y lo humano que se me ponía cerca lo leía. Al principio sin orden ni concierto, más tarde ya con cierto criterio, comenzando por Salgari y Julio Verne hasta dar con Dumas. Día y noche leía.

Empezaron a llegar entonces, precisamente en donde mi tío Fabio, cuadernos de aventuras: Buffalo Bill, Nick Carter, Sherlock Holmes, Dick Turpin, Raffles, Sir Fantasma.

Mi primo Fabito puso negocio aparte. Traía de España unos folletones truculentos: *El Misterio de las Alcobas Reales* que a su juicio no eran aptos para menores, pero si nos interesaban él nos los vendía, a condición de pagar un poco más. Entregábamos los centavos y nos perdíamos en unas narraciones llenas de venenos, puñaladas en la sombra asestadas por manos adornadas con



dulces encajes de Flandes. Aventuras de amor, adúlteros, celos, cabalgatas bajo la luna, decapitaciones. Nada entendíamos pero todo aquello nos parecía interesantísimo.

Por las noches mi tía nos leía, nos releía, *Los romances del Duque de Rivas* y el *Romancero del Cid*, *Romances Moriscos* y algunas traducciones de Shakespeare.

Gracias a esas sanas lecturas las visiones horribles de las otras lecturas del día, el seguir las pistas en las alcantarillas de París, navegar los ríos terribles del Africa, combatir en las aguas caldeadas de la Costa Firme los filibusteros con los representantes del Rey, se disipaban y nuestros corazones se preparaban para el descanso del sueño.

Una noche, con mucha fiebre, oía, desde mi cama, la conversación que sostenían en la sala mi abuela, mi tía, mi mamá y algunos primos. Las frases me llegaban rotas, deshilvanadas las palabras. Cuando no entendía a derechas, porque yo seguía la charla, preguntaba. Trataban de explicarme. Y llegaron a "sabueso". No sabía qué era éso e inquirí, no me quisieron explicar esta vez y siguieron adelante. Nunca, nunca, he sentido una desolación mayor. Una gran tristeza se apoderó de mí y llorando me fuí quedando dormido.



## EL PRIMER AMOR (1926)

Debia tener la misma edad que yo: trece o catorce años. La perseguía cuando iba para la escuela y a la hora en que regresaba a la casa. Pretendía que aceptara una carta que le había escrito y cuyo sobre tuve que cambiar varias veces.

Las trenzas color castaño claro le azotaban los hombros en las enérgicas negativas, cuando me volvía riendo la espalda.

Todas las horas libres, cuando yo no estaba en la escuela, las pasaba en la esquina de su casa, recostado de un poste del alumbrado cuyo olor a alquitrán conocía muy bien y que hubiera podido describir, fibra a fibra.

Un buen día, un hermoso día, aceptó la carta. No me contuve:

—¿Me quieres?

—No.

—¿Pero, me podrías querer?

—Bueno, tal vez.

No necesité más. Valiéndome de mil artimañas, de la amistad de los muchachos del vecindario que tenían acceso a la casa, de sus primos, logré colarme, sentirme autorizado a ir noche por noche, nada más que a mirarla, a tocarle los pies con mis pies por debajo de la mesa.

Jugábamos, todos, lotería o *parché*. A veces la noche se iba en cuentos o juegos de prendas, en los que no participaban una hermana y su novio, en un rincón, siempre confiándose unos secretos interminables. Si alguien se dirigía a ellos, salían como de un sueño, y para llegar a la superficie de la realidad en donde nosotros nadábamos alegres, tenían que echar mano de una serie de preguntas incoherentes y breves. Optamos por dejarlos tranquilos, como si no existieran, supongo que con su beneplácito.

Fueron días inolvidables. Iba, con una primita, a las funciones dominicales y vespertinas de una sala de cine cercano. Me dejaba desocupado un asiento junto al suyo. A veces tenía que dar grandes peleas con otros niños que desconocían el derecho de las reservaciones.

Cuando se iniciaba la proyección de la película, muy asustado, me sentaba a su lado y le tomaba una mano después de una serie silenciosa de negativas. Siempre ocurría lo mismo y como ya tenía sabida la lección el dulce rechazo constituía otro placer.

Al terminar la película, en el momento en que "él y ella" se encuentran por fin solos y se besan ante el coro entusiasmado de los amigos y parientes, me levantaba rápidamente. La veía salir y tomaba un camino distinto al suyo para la esquina de siempre. Y silbaba y silbaba hasta que salía a la puerta como indiferente.

Tenía la boca dulce y fresca.

Tuve que ir a Baní, no recuerdo a qué, con los míos. La separación fué dolorosa y no hubo lágrimas porque entonces desconocía su uso en el amor.

Al regresar, todavía con el polvo del camino, corrí hacia ella. No estaba.

La criadita, flacucha, negrita, casi siempre descalza, que me hacía muchas fiestas, me explicó:

—Se fué a vivir al campo y se va a casar.

Aquello no era posible. Hacía apenas tres días que había hablado con ella y nada me había dicho. Tenía que verla.

Me fuí a casa del novio de la hermana. Era cierto que habían resuelto irse a vivir al campo, para atender mejor los intereses de la finca y me habló de vacas, de becerros, de ordeño y de un sin fin de cosas que no me interesaron. El iba el domingo para allá, si quería podía acompañarlo. Por supuesto que nada sabía, quizás sospechaba algo, de la relación entre su futura cuñada, y lo fué poco después, y yo.

No sé qué mentira dije a mis padres, la cuestión es que conseguí que me permitieran ir.

El domingo me levanté temprano y me reuní con mi amigo, ya lo consideraba mi amigo. Desde aquel momento dejó de ser el hombre distante que no nos hacía el menor caso.

Tenía auto: un Ford viejo, manchado, despintado. Lo importante era que podía transportarnos. Tomamos el camino de la finca, que yo no conocía.

Pero al llegar a la orilla de un gran río la barca que nos debía pasar del otro lado no estaba. Una enorme creciente, hacía dos o tres días, había roto los cables que la sujetaban. Cabeceaba por allá abajo. No se podía remolcar ni era posible reponer los cables tan fácilmente.

Nos miramos en silencio: por delante teníamos cien, doscientos metros, que se yo, de agua de apagado amarillo, mugidora, que eubría las orillas en donde luchaban contra la fuerte corriente pobres arbustos que apenas podían sacar las angustiadas ramas altas de las ondas.

Me preguntó si sabía nadar, dije que sí. Le recordé las largas travesías del Ozama, junto a la ciudad, para ir a comer cocos del otro lado; los días de Barahona en que asaltábamos las pequeñas goletas que cargan madera ancladas lejos de la playa por puro afán aventurero y para hacer gala de nuestra destreza y resistencia.

Junto a una pobre casa cercana dejamos el auto. Entregamos nuestros zapatos y parte de la ropa. Nos quedamos en pantalones.

Y cruzamos el río. El tuvo, al principio, se lo notaba, serios temores, y se mantenía cerca de mí, animándome, pero cuando vió que a pesar de ser lento avanzaba seguro, me premió con una sonrisa y terminó el recorrido rápida y vigorosamente.

Nos recibieron entre risas y bromas. Nos prestaron pantalones y camisas. A mí en el reparto me tocaron también unas enormes chancletas, y yo bendecía al cielo a pesar de los tropezones porque siempre he tenido blanda, sensible, la planta del pie.

Fué un día maravilloso. La tenía frente a mí, la miraba. Almorzamos terriblemente, con esa hambre que suelen dar los baños prolongados y el ejercicio excesivo.

Con dolor veía cómo pasaba, veloz, inclemente, el tiempo y se acercó la hora de otro chapuzón y otro esfuerzo para retornar al lado del auto.

Aproveché un descuido:

—¿Te vas a quedar a vivir aquí?

—Eso me han dicho.

—¿Y es verdad que te vas a casar?

—Bueno, mi tía quiere, pero a mí no me han dicho nada. Lo que sé me lo han dicho mis primos. Si mi tía quiere, entonces me casaré.

Una gran tristeza se apoderó de mí. Era verdad.

Pasamos el río. El auto echó a andar, después que nos vestimos con los pantalones mojados. Los saltos del carricoche me sorprendían dolorosamente. A pesar de sus empeños permanecí callado, o contestaba con monosílabos.

Me fuí a casa. Estaban cenando. Me cambié el pantalón y no quise comer, arguyendo que ya lo había hecho, y me fuí a la calle, a caminar sin rumbo cierto.

Me dirigí maquinalmente al Malecón. Quedaban en el cielo, por el oeste, restos rojizos de la agonía del sol o las luces de aquella parte de la ciudad se proyectaban sobre nubes bajas inmóviles. No lo sé.

A veces pasaba con sus dos chorros de luz débil un auto. En las sombras crecientes se acurrucaban las parejas, huyendo de las zonas mal iluminadas por unos viejos faroles. El mar cerca batía mugidor las rocas, incansablemente.

Llegaron a mis oídos las notas de una guitarra. Dedos poco expertos buscaban frases que no se completaban, que se interrumpían bruscamente. Entonces el dedo acuciaba lentamente al bordón y las graves vibraciones me llegaban dispersas, inseguras.

Era un grupo pequeño, podía adivinarlo, reunido al rededor de una botella que no veía. Era domingo, día de Baco.

Despreocupadamente me acerqué. Por fin se inició con cierta gracia una especie de preludio y una voz hermosa, bien timbrada y juvenil, rompió el silencio:

*"Ausencia quiere decir olvido"*

Silabeó claro, absolutamente claro para mi desgracia. Me hirió como un rayo. Desolado corrí a mi casa y entré como una tromba a mi aposento. Me tiré vestido sobre la cama, a llorar. Ya sí sabía para qué sirven las lágrimas.

Oí la voz de mi padre en la sala:

—No, debe ser algún dolor de barriga.

Me dormí. La herida fué cerrando poco a poco, pero fué cerrando.

Veinte o veinticinco años después volví a verla. No, yo no pude estar prendado de éso que había dejado en ella la vida, sus ojos no eran sus ojos ni sus manos sus manos. Aquella voz no tenía ni los acentos ni los matices que yo conocí y que podía recordar.

Qué entrevista más triste, más inútil y más inhumana: no encontré nada agradable que decirle, sorprendido, apenado, acongojado. Cuando le tendía la mano para despedirme, tratando de acortar unos minutos que me supieron muy amargos, en sus pobres ojos descubrí que ella se había dado cuenta del mal efecto que me había producido, y dos lágrimas brotaron de sus ojos, tranquilamente, sin esfuerzo, casi sin dolor, porque los dolores grandes son pocos.

Me había iniciado en una práctica a la cual tuve que volver muchas veces. El amor, dios travieso, ha puesto muchos ríos crecidos en mi camino, entre la amada y yo. Ahora era uno cuyo nombre no debe decirse, luego fueron el insubordinado Nizao y el de Baní que es arroyo con arrestos de río. Todos los años se daban el lujo de arrastrar los entonces débiles puentes de madera, entorpeciendo mis viajes a Baní, cuando iba a ver los sábados a Cardita.

Aquí, después lo supe, nadaba con ventaja: el río era ancho pero profundo y relativamente fácil de contrarrestar la fuerza de la corriente. Un problema de resistencia.

El Nizao y el de Baní eran casi siempre poco profundos, salvo en algunos lugares. Sus aguas, rápidas, cu-





brían enormes piedras que se advertían porque allí el agua se alzaba coronada de espumas por encima de las cercanas, y lo indispensable era un par de piernas fuertes y unos pies seguros. Lo recomendable era pasar con los zapatos puestos, pero no podía darme el lujo de echar a perder el único par que tenía, y llegaba a Baní cojeando, sufriendo molestias que casi me impedían caminar.



## BANI (segunda parte) (1929-1932)

Invariablemente, tronara o venteara, yo salía de Ciudad Trujillo los sábados a mediodía. Llegaba a Baní en las primeras horas de la tarde. Haciendo este mismo viaje año por año fui conociendo todas las casas del camino los ríos y arroyos, las siembras prosperando en los tiempos buenos. Algunas caras —la dueña de una pulpería, los soldados de los puestos, los viejos que se ponen a buscar la vida en un poquito de sol— poco a poco me fueron siendo familiares. Notaba cómo iban agostándose los arroyos después de las lluvias hasta quedar, acá y allá, junto a las piedras, unos charquitos de agua sucia que no desdenaban las vacas tristes y cansadas.

Me pasaba la tarde a casa de Candita. A la hora de cena me hacía el remolón, a pesar de los familiares ruidos de los platos y los cubiertos. No les quedaba más recurso que dejarme a cenar o hacer turnos acompañándonos. Pronto la costumbre fué que me quedara a comer con ellos.

A las diez el vecindario dormía. Sobre la calle la casa iluminada arrojaba amarillos rectángulos de luz. En el parque estaba esperándome el grupo.

Al discurrir el tiempo varió algo, no mucho. Los Brea volvían, pasadas las vacaciones del verano, a Ciudad Trujillo, al colegio o a casa de Colombino Henríquez.

Reuníamos los centavos que teníamos, pocas veces pesos, y nos metíamos en la trastienda de una pulpería. Estas solían ser varias. Uno del grupo venía con la noticia: "Cintrón ha traído un ron de maravilla", o "en la Sucursal hay un ron curado con ciruelas".

Y era ron lo que bebíamos, con queso, queso salado que sabía a vaca; pedazos de salchichón y pan cuando apretaba el hambre. Los días grandes nos visitaban salchichas ensartadas en palillos de dudosa limpieza.

Poníamos en medio un cajón, encima la botella y los vasos. En un grasiento papel el acompañamiento de turno. Nos sentábamos en cajones que a veces nos mordían las asentaderas o en sillas rústicas de palma.

Dios fué durante muchas semanas el tema. Nos preguntábamos, encendidos por las libaciones: ¿Es Dios una dependencia del hombre o el hombre una dependencia de Dios?

Federico Germán leía a Rodó. Tomás Báez Díaz a Bolívar. Rafael Herrera andaba siempre enredado entre autores ingleses que leía en la propia lengua. Yo andaba del brazo de los idealistas alemanes.

—Dios era una necesidad humana, una aspiración del hombre, su anhelo mayor. Fué necesario que una raza inteligente, la judía, lo comprendiera dándose a la tarea de sacarlo un poco de la nada y otro poco de los politeísmos.

—Dios —argüíamos, a punto de irnos a las manos— es tan humano como el progreso. Del Dios que exigió a Abraham que sacrificara a su hijo, del Dios que se regocijaba con los sacrificios de toros y que no era fácil de complacer porque las víctimas tenían que llenar ciertas condiciones de color y pureza, al Dios todo bondad, generoso, que perdona, que es remanso y esperanza, había

una larga distancia, el desenvolvimiento y mejoramiento de una conciencia, porque Dios era un reflejo del hombre, de sus costumbres, de sus altas necesidades, de sus sueños.

Los del partido contrario se agarraban, decididos, de los dogmas, hacían incursiones en las Escrituras: Dios creó al hombre y el hombre le fué infiel, pero tan grande es el amor de Dios por el hombre que mandó a su hijo, a Jesús, a redimirlos de culpa, del horrible pecado de la desobediencia.

—Bien, hay positivismo y positivistas. Hay ateos, descreídos. Se aferran de los sabios que no creen, de Renán que reduce a cifras históricas todos los misterios y leyendas, toda la santa verdad metida en un frío examen. Pero, ¿acaso ha podido Renán, o alguno de su estilo, crear una flor, un pájaro, una nube? No, es que Dios es superior al hombre, está por encima de su insolencia. El mito de Prometeo, que parece un mito bárbaro, alejado de lo santo, pinta el sacrificio de un Dios por los hombres, para transmitirles el fuego sagrado, para hacerlos grandes, darles estatura y ponerlos en condiciones hasta de negar a su Creador.

La botella se acababa y era menester una nueva contribución. Algunos tenían algo más, otros no. Federico Germán el día anterior no había podido hacer sus ventas de polvo de tocador de su propia fabricación y pasaba, como en un juego de naipes. Pero siempre Dios, el mismo Dios que discutíamos, metía su mano, y venía otra botella.

Casi nunca llegábamos a la borrachera. A las doce nos echaban de la pulpería, cansados de oírnos disputar y sin estar ganando mayor cosa. Levantábamos el campamento en el parque. Con el aire fresco de la noche, en medio de la oscuridad, hacía rato que el pueblo estaba sin luz que

suspendían a las once, cambiaban los temas. Hablábamos, generalmente muy mal del amor, de su cola de celos, adulterios, locuras, pero en el corazón sabíamos que estábamos mintiendo, quien menos andaba enamorado por ahí y tenía fe en la amada y fe en el amor.

Era como revisar lecturas. A mí Emma Bovary me daba asco, Julieta era tonta, indigna Beatriz, por misteriosa y lejana. Salían a bailar Petrarca, Severo Catalina y las *Cartas Biológicas a una Dama*, sin que tuvieran gran cosa que hacer allí.

Las discusiones se interrumpían a proposición de uno de los amigos. Desentonábamos unos tangos que tenían que ser viejos para que supieran a pasado añorado, o canciones romanticonas del momento.

En los días en que estuvo en Baní una larga temporada el pintor Xavier Amiama, él cantaba y nosotros le acompañábamos tímidamente. Tenía una hermosa voz, bien timbrada, varonil. Las escasas personas que pasaban por allí se detenían atraídos por el canto.

El ron, bebido así en la oscuridad, a boca de botella, cambia de gusto, llega uno a tener la sensación de lo inútil y tonto que es beber, y sobre todo beber algo de sabor poco agradable. En la sombra se oía resoplar a Federico después de cada trago. Otros, para quitarse el mal sabor de la boca gritaban: "¡Qué bueno es estar vivo!"

Y como no veíamos casi nada: las sombras flacas de las acacias sin hojas, el bulto redondo de los laureles que el viento mecía suavemente recortado contra el cielo lleno de estrellas, lo natural es que se hablara del paisaje, porque el hombre procura y corre detrás de todo lo que no tiene, aunque lo que no tiene le haga maldita la falta.

¿Es el paisaje, y hasta las figuras del paisaje, una consecuencia del arte, o por el contrario es el arte el que

conforma paisajes y figuras? La culpa de la disparidad de criterio la tenía Oscar Wilde. Todos le habíamos leído. Cada quien tomaba partido y la discusión volvía a encenderse bajo la noche.

Yo me reía de la pretensión de Wilde. Allá los ingleses cuyas puestas de sol necesitan de las indicaciones de los artistas. Aquí en el Trópico el sol para ponerse o para levantarse no pide consejos a nadie, no necesita que le señale la moda los colores que debe emplear.

Se objetaba: las puestas de sol es posible que sean iguales desde que el mundo es mundo, con las indispensables variaciones de estación y latitud, pero el hombre sólo ve lo que le meten por los ojos. No hay duda de que hemos visto más puestas de sol en almanaques malos o en buena pintura que en la realidad. El arte lo que hace es indicarle al observador cuáles son los colores que debe apreciar, las nubecillas de nácar que ha de tener en cuenta, el grado de arrebol que debe percibir. No es al pie de la letra una imitación, es más bien una limitación, y las fronteras a la realidad, las traza el arte, y con el arte nacen las modas y los modos de expresión humana. Apreciar, es también, en cierto modo, expresarse.

Si el arte fuera sencillamente una cosa en sí, bien poco valdría. Vale porque es la visión, estilizada, de la vida, de la naturaleza, de las formas, de los sentimientos, según del arte de que se tratara. Si un país como el nuestro que requiere que le vean con mejores ojos, que se le retrate más adecuadamente, que se le ame con ardor y con ciencia, se echara en brazos de la tesis de que el arte es el padre de la realidad, nada habría que hacer, y éso del arte por el arte no es más que consecuencia del empeño de los artistas de darse importancia, de pretender el papel principal del mundo, y eso es herejía.

Si separamos arte y realidad, si consideramos el arte como a un Dios al cual hay que rendirle pleitesía porque ha venido a la tierra a buscar alabanza, estamos perdidos. El arte tiene que ponerse al servicio de la realidad, al servicio del hombre. Arte sin función trascendente, incapaz de contribuir al mejoramiento de las costumbres, al entendimiento más sano entre los hombres, a borrar injusticias, a establecer condiciones en que fuera posible el florecimiento de la virtud y el bien pasar de los virtuosos, estamos arreglados.

Nuestra literatura, nuestra pintura —era una concesión a Amiama— tiene que ser nacional, es decir, tiene que condicionarse a su medio. Si nos dedicáramos a copiar las excelentes obras que nos llegaban de Europa y de los países cabeza de América, podíamos echarnos a morir para siempre. Con éso no se ganaba nada y nuestro arte sería de segunda mano, copia, calco, y muchísimo peor cuando los modelos eran franceses y teníamos que recibirlos a través de traducciones cuya honradez y fidelidad ninguno estaba en condiciones de poder determinar.

Nuestra obligación era seguir siendo nosotros mismos, combatir los defectos, tirar por la borda el lastre de las preceptivas.

—“Ahí está Moreno Jimenes”.

Era como si explotara una bomba. La discusión se agriaba:

—Moreno no es un artista. En sus versos hay demasiada realidad bruta, palabras feas, apoéticas. Escoge mal el ambiente, muchísimo peor el paisaje y los hombres y mujeres.

“Rosa, Rosa, dame un gancho” —gritaba alguien en son de burla.



Moreno, explicaba yo, no puede pedirle a Rosa, una pobre muchacha, un chal de Cachemira, la zapatilla de cristal de la Cenicienta. Moreno busca, ruega por lo que se llama un fetiche sexual, que puede ser un prendedor de brillantes o un gancho. —Llamamos gancho a las horquillas con que las mujeres se sujetan el cabello—. Nos parece muy atinado, porque nos luce fino, que Goethe pida: “un pañuelo que haya estado en tu seno”, pero suena muy mal éso del “gancho”.

El agente de policía de servicio, dormido en su silla a la puerta de la Comisaría, movido sabe Dios por qué fuerzas subconscientes que lo hacían despertar a su debido tiempo, estira los brazos y bosteza. Casi no lo veíamos, pero sabíamos que era así, y cojeando porque una pierna se había negado a despertar, se acercaba a la esquina, tomaba los últimos pelos de una soga y tiraba dos veces. Las dos de la mañana.

Estaba bien.

Poníamos a Dios en su altar, a la mujer en su nube, al arte en su pedestal, a la realidad junto a las vacas, encima del mar; y abandonábamos a Moreno sobre los caminos de nuestra tierra. Moreno era entonces una especie de Judío Errante de la Poesía, con su maletita llena de libritos, una camisa y unos calcetines.

Dejábamos que la armonía hiciera su trabajo y ya con las cosas en su sitio nos desperdigábamos por las calles del pueblo, tropezando con las piedras, hipnotizados por un cielo que nos miraba impávido con sus millares de ojitos amarillos.



BANI (tercera parte) (1932).

Una ola de libros rusos llegó a nuestras playas. Los leíamos con avidez. Estábamos frente a un mundo desconocido, a hombres, a almas que ni siquiera imaginábamos. Casi todos conocíamos a Dostoyewsky, algunos a Turgenyev, a Tolstoi y a Gorki. Pero esto era otro mundo. Las novelas de la guerra roja; las hambres, los sacrificios, las tierras negras, las enormes estepas heladas, y en medio de ellas los hombres, con sus problemas, sus piojos, sus amores, sus sueños.

No eran libros doctrinales, eran, ahora casi creo que teníamos razón, reportajes sobre el alma rusa en un momento de conflicto, de grandes luchas por el pan, por las ideas, por los hijos, en defensa de la tradición.

*Cemento, Las cabalgatas de Budiendi, El tren blindado, El Volga desemboca en el Mar Caspio.* Juntamente con estos libros y otros muchísimos nos llegaron las novelas de la Primera Guerra: *Sin novedad en el frente, El Sargento Krisha, Los que teníamos doce años, Eros en las trincheras, El Fuego y El Infierno* de Barbusse, qué se yo.

Instintivamente nos dábamos cuenta de que un mundo, sus conceptos, se hundía. El valor del hombre había cambiado, retrocedía al cero de donde procedía, a ese

caos, a la nada que tanto temió Santo Tomás porque, decía, como el hombre procede de él lo busca, siente su atracción y se entrega a él.

Se borraba ante nuestros ojos estupefactos un cuadro de valores que habíamos aceptado todos. Aquellos hombres, franceses, ingleses, alemanes, que tanto admirábamos. Los italianos tan finos, se nos derrumbaban procurando amor encima del fango, violentamente. Las frías matanzas, los abusos contra la propiedad, los nuevos Herodes matadores de niños, los incendiarios acabando con las casas pobres, los establos con sus caballos, con sus pobres vacas mugiendo lastimeramente, nos helaban la sangre. El mundo no se guiaba por ideales y aunque unos éramos partidarios de los Aliados y otros de los Alemanes —ya la guerra había acabado— todos teníamos la sensación de que habíamos perdido algo importante, que habían naufragado las mejores esperanzas, porque si en ese horror caían los pueblos más adelantados de la tierra sólo porque se aflojaron los resortes de la autoridad y el derecho había sido sustituido por las necesidades de la guerra, necesidades industriales y necesidades asquerosamente humanas, ¿qué podíamos esperar de nosotros mismos, en qué poníamos fe? Si los arquetipos de la bondad y de la sabiduría mataban a las viejas, degollaban a los adolescentes a la vista de sus padres; si las ciudades, las aldeas, las tristes casas aisladas del campo, se destruían sin ningún fin práctico, salvajemente.

De ahí nació nuestra fe en América. Moreno Jimenes, de nuevo, fué el culpable del cambio. Se había convertido en una especie de profeta de lo americano, en un Whitman que sentíamos más cerca de nosotros.

La caída en una especie de abismo de desesperación y de desencanto encontraba en Moreno Jimenes, en su

prédica poética, un asidero, un consuelo contra un mundo desquiciado.

Nos enseñaron a amar las cosas pequeñas, lo humilde, a saber que detrás de unos harapos hay un alma de la misma marca que cualquier otra fabricada por Dios, con sus anhelos, capaz de sentir a la divinidad en la majestad de la noche, aunque haga frío y el hielo muerda los pies apenas defendidos por unas cortezas de abedul.

Jamás paramos en lo político. Quizás si los rusos hubieran llegado solos éste hubiera sido el camino a tomar, pero vinieron de brazo de los franceses y de los alemanes. No teníamos el menor derecho a distinguir entre una barbarie sencilla y una barbarie ilustrada. Todos eran hombres arrastrados por un torbellino maléfico, cogidos entre los dedos de un desastre físico y moral. Lo mismo nos parecían los alemanes de Renn, de Remarque, de Zweig; los franceses de Barbusse, que los rusos de Gorki, de Pilniak, de Borodin, de Glaskov. Eran hombres perdidos, arrastrados por los vientos de la impiedad y del fanatismo, por las aguas sucias de los vicios y de la inhumanidad.

Para salvarnos teníamos que volver a lo nuestro. Era como un retorno al buen salvaje, volver los ojos al momento en que Chateaubriand puso de moda al hombre americano al natural. Europa no tenía nada qué hacer. Lo que durante siglos había constituido el ideal humano, el ejemplo digno de imitación, rodaba por un fango ensangrentado, entre ruinas humeantes, debajo de los rotos zapatos de hombres que habían perdido a Dios, carentes de esperanzas, sin fe.

Nos negábamos a aceptar la salvación que del otro lado del mar se nos ofrecía. El espectáculo que habíamos visto gracias a los libros nos desalentó profundamente.

Sentíamos la necesidad de sujetarnos de algo, pero ese algo no aparecía. Teníamos urgencia de fe, y el cuadro que nos pusieron por delante nos cerraba todas las sendas. ¿Quién podía llenar el horrible vacío que nos cayó en el alma? ¿En nombre de qué ideales podíamos actuar? ¿Qué había de sagrado, qué quedaba, en un mundo en que los mejores hombres hacían las cosas peores, riendo, rascándose las llagas, las que brotan en la piel como una flor indecente o las que se esconden, purulentas, en las entrañas? ¿Qué podíamos nosotros, en el período de las indecisiones, contra esas olas negras de pesimismo, contra las trampas de las ideologías, contra el poder de la verdad que desataba sobre la tierra sus caballos locos, los elefantes borrachos de las guerras de Cartago, contra las infectas miasmas que se levantaban de la vida de los grandes pueblos y que nos ahogaban, nos cegaban?

Instintivamente cantamos el paisaje de la tierra, con sus cactus solitarios, con sus bayahondas que ofrecen su escasa sombra al ganado, con sus ríos secos, con sus hombres pobres y humildes.

Teníamos enfrente el material: nuestra propia gente. Pero había que elevarla de condición, limpiarla, higienizar sus casas, alimentar mejor sus espíritus.

Debía acabarse con el predominio de los mejor retribuidos sobre las muchachitas que sin llegar a mujer tienen que ofrecerse para garantizarse un pan triste, visitas de semana en semana, un poco de amor que no sabe a amor. Para ellas sólo el paisaje duro de la sabana bajo el sol impiadoso del mediodía, el suave aroma de las maderugadas cuando se va por agua al río o al pozo que se levanta llorando en la voz de los carrillos mohosos en una orilla del pueblo. Quizás las pequeñas florecillas silvestres, azules y moradas, que nacen después de las lluvias,

o los abrojos amarillos, pegados del suelo, inclinándose cuando una abeja extraía de ellas sus más finos azúcares.

Las noches vacías. La otra media cama sin calor, abandonada. El viento forcejeando allá arriba en los árboles o arrastrando sus alas ligeras por los caminitos pequeños, arremolinando hojas secas, trozos de viejos papeles amarillos.

Era menester mucha agua, mucho medicamento, escuelas, vacas, caballos, semillas.

Teníamos que hacer florecer al desierto. Necesitábamos verde tierno de hojas nuevas allí en donde reina lo ocre y las espinas.

Los que no conocieron ese desengaño, los que no se tropezaron con una duda tan grande, tan profunda, tan vital; los que no tuvieron por delante esa sensación tremenda que se siente junto al abismo, no podrán saber jamás cuál es la razón profunda para que un grupo de hombres, que no era sólo nuestro grupo, se echara en brazos, pero ya en serio, de Trujillo, atraídos por un programa que tenía mucho de común con nuestras únicas ilusiones, con el único ideal que habíamos podido salvar de un naufragio que se había producido ante nuestros propios ojos.

Pero su programa necesitaba, para realizarse en la amplitud que él lo describía, que no quedara un pedazo de nuestra tierra que no fuera objeto de preocupación, que nadie se sintiera huérfano de la acción directa del Estado. Debíamos ir señalando los huecos, quitar de en medio cuanto nos legó el pasado y que no era más que un tropezadero, destruir los que juzgábamos idólos falsos, tradiciones negativas, y nos dimos a criticar, ásperamente, las guerras civiles, que encima de sus pilas de muertos, de sus cadalsos, no lograron dejarnos por herencia un espí-

ritu público, una opinión pública sana, una conciencia social. Mientras otros pueblos americanos habían sacado de la Colonia, del estado de provincias de España, de la Autonomía, como el caso de Cuba, cierta conciencia política y hasta un adiestramiento parlamentario, de ejercicio y defensa de derechos, nuestros Caudillos, más o menos inelegantemente, sólo habían peleado. Lo importante para ellos eran las condiciones animales del hombre: su capacidad de aguantar hambre, sol y sereno; su sobriedad, y por otro lado: la destreza en manejar las armas, que fuera capaz de hacer matar, de vivir en el monte, de mantener, por la sola autoridad del valor, la disciplina de hombres, soldados, pobres soldados, enrolados en celadas, atrapados en medio de los campos que sembraban, al lado de las pobres bestias que llevaban al río.

Ni los mejores se salvaban. Si entre esos hombres, ennegrecidos por la pólvora, galantes en los pobres bailes en donde el olor de sudor es denso y ofende el olfato no habituado, se encontraba alguno con cultura, si habían sido bien educados en Francia, en Inglaterra, en Alemania, peor para ellos, porque considerábamos que una conciencia desarrollada, vamos a decir, no tenía derecho a entrar, a punta de revólver, tras el filo del machete, en unas luchas de facciones sin banderas, que no defendían nada digno, que eran, juzgadas desde el ángulo de la opinión, del mismo flojo estilo, de idéntica debilidad ideológica. No eran guerras por federarse o no federarse. No eran peleas entre liberales y conservadores, entre fanáticos y comecuras, entre letrados e iletrados, eran bandas a cuya cabeza iba el Caudillo, generalmente un hombre de bien, honrado, probo, de pocas luces, contra bandas dirigidas, electrizadas a veces por el otro Caudillo serio, honesto, buen padre y buen hermano, pero sin mayor pre-



paración, carente de un ideal concreto, de una aspiración de categoría. Era, nos parecía, un matarse por matarse porque al fin y al cabo **Revolución** y **Gobierno** podían cambiar de papel y todo seguiría igual.



## BANI (1933)

Por lo menos una vez al mes volábamos más bajo. Cuando yo acababa de cobrar, si Federico Germán había vendido mucho polvo de tocador o Rafael Herrera tenía dinero. De tarde en tarde Xavier Amiama recibía unas misteriosas remesas de la capital o Tomás Báez Díaz se hacía parte del grupo.

En vez de la trastienda de las pulperías nos encaminábamos al barrio alegre: dos o tres casas de cana con mujeres y unos conjuntos musicales las de más categoría, las de menos, tenían que conformarse con un fonógrafo.

Las mujeres eran los desechos del Hospedaje de la capital con muy raras excepciones. Estaban en el penúltimo escalón de las clasificaciones que podían fijarse así: las de primera, las de un paso o una carrerita corta, si eran agraciadas, operaban en la capital y en las principales ciudades del país, con casa montada; las de la segunda se iban a Puerto Príncipe, a Haití. No sé por qué ellas siempre decían "el Príncipe". De allí regresaban, ajadas, pero con las arrugas rellenables y escondibles, a los barrios apartados de la capital, a vivir en enjambres de donde caían, en dolorosa transición, en el Hospedaje.

Y del Hospedaje se extraía casi todo el material humano que se nos ofrecía. Pero todavía era posible hallar

una clasificación más baja, visible hasta en el mismo Bani en donde, perseguidas por los años, los estragos de las noches sin sueño, el continuo beber y las enfermedades, se iban para los "badenes", prostíbulos silvestres generalmente establecidos a las orillas de los ríos que hay que cruzar para ir a la zona cafetera. Operaban en época de cosecha y las víctimas eran los arrieros que conducían las recuas cargadas y que retornan con unos pesos en los bolsillos. Cosa desacostumbrada: en los "badenes" se podía obtener todo a crédito.

Tomábamos una mesa. No nos hacían mucho caso porque las atenciones eran para los clientes ricos y asiduos y nosotros, con dolor de nuestro corazón, no éramos ni una cosa ni la otra.

Entonces se bebía cerveza, un lujo sobre otro lujo. Poco a poco, con mirada escudriñadora, íbamos buscando compañía y le dábamos unas aburridas de padre y muy señor mío porque en medio de aquel ambiente volvían a prenderse las controversias filosóficas, las disputas históricas, el chorro inacabable de citas.

Se bailaba. El aire estaba viciado de vulgaridad, de exaltada animalidad. La alegría era estúpida, pero llena de una vida fuerte y oscura que hace irritables a los hombres. A las mujeres las hace sentirse importantes, el centro encantador del torbellino.

La atmósfera, cargada de humo, de perfumes baratos, de insolencia, azotaba las caras como un pesado, espeso, viento torpe.

Se desgañitaba el cornetín, roncaba insinuante el bombardino, se volvían locos tamborero y tambor. El dei güiro se dormía, la cabeza ladeada, con un grueso puro apagado entre los labios babeantes.



Nuestro dinero no soportaba la sed de las mujeres, que tenían comisión en el consumo de las mesas, y como nosotros no queríamos quedarnos sin nada bebíamos tan rápidamente como ellas.

Discretamente se hacían las cuentas. El dinero se había terminado. Hacíamos que viniera el dueño y el más conspicuo por sus ingresos permanentes solicitaba crédito, que le era negado rotundamente. Pagábamos, malhumorados, y salíamos echando pestes.

Una noche Rafael Herrera, tan serio, tan formal, propuso que castigáramos ejemplarmente al insolente: debíamos quemarle la casa. Los elementos de destrucción que teníamos a la mano eran pocos y no muy adecuados: fósforos, cigarrillos encendidos, y piedras. En cantidad apreciable sólo había piedras, es cierto.

Encendimos más cigarrillos y desde la oscuridad los lanzábamos sobre el techo de cana que nos parecía que de un momento a otro sería pasto de las llamas.

Nuestra indignación, y nuestro miedo, eran grandes. Quien tiene un deshonesto medio de subsistencia, como en el caso del dueño del establecimiento, carecía de derecho para negarse a aceptar la palabra, la promesa de pago, de un grupo de hombres cabales.

Fracasados los primeros intentos alguien halló un trazo viejo entre los arbustos. Aquello cambiaba de aspecto: lo sujetamos a una piedra y lo encendimos. Conteniendo la respiración lo lanzamos de nuevo sobre el techo. No era el brillo humilde de los cigarrillos que se apagaban, ésto iba de veras. Echamos a correr por los caminos tortuosos primero, hacia nuestras casas, y luego por las silenciosas calles dormidas. Cada quien para su hogar.

Despiertos aguardamos que la voz de alarma hiciera que repicaran a rebato las campanas de la iglesia, como

era uso, anunciando el incendio, pero las campanas siguieron mudas y nos dormimos. No pasó nada.

De ese ambiente, de los recuerdos de esas noches, del directo conocimiento con aquel pequeño mundo un poco sucio, saqué el escenario, muchísimos años después, de *Muerte en El Edén*.

Los personajes eran de otra procedencia: Colás no es un retrato, son dos retratos superpuestos. Un mecánico, policía de acción y de otro mecánico policía inductivo deductivo e imaginador, como describía alguien por ahí el detectivismo científico.

El policía de acción llevaba gran revólver, cinturón de cápsulas, unas esposas siempre brillantes y un gran mazo de llaves que le colgaban del cinturón. Si había que perseguir a alguien por las lomas, él era el primero en aparecer en su mula; si era por los lados de la costa, en su caballo. Espantaba a los muchachos después de las nueve de la noche y tenía la facultad de maullar como un gato.

El otro, el inductivo, deductivo e imaginador, no sabía de su taller. Analfabeto tenía que arreglárselas con las versiones orales de los crímenes, de los robos, de los raptos, de la desaparición de vacas, burros y chivos. Preguntaba mucho, muy serio, reconcentrado. Después de pensarlo bien, de rascarse la barba, de pujar en distintas escalas, ofrecía la solución razonada. Yo no sé si acertaba o no pero aquello siempre me pareció magnífico.

Puse a un policía sobre otro y saqué a Colás, el héroe bastante chasqueado de mi novelón en verso.

## LA CUEVA (primera parte)

El dormitorio de Rafael Américo Henríquez, de *Puchungo* como lo hemos llamado siempre, daba a la calle. Yo no podría determinar cuándo comenzaron las reuniones y mucho menos el momento preciso en que adquirieron carácter.

En el fondo la cama, a un lado el armario, no lo recuerdo bien. En el centro nos acomodábamos en mecedoras los que llegábamos primeros, en sillas y en el poyo de la ventana los últimos. De cuando en cuando nos traían café cargado de aromas.

Don Enrique Henríquez, el padre de Puchungo, sin proponérselo, vino a ser una especie de guía, mucho más travieso que cualquiera de los jóvenes del grupo. Llegaba abanicándose con un gran pericón de guano que también le servía de pantalla para bostezar libremente.

Espíritu joven, ardiente, entusiasta, metido en un cuerpo cansado, detrás de unos ojos que los años iban apagando.

Le oíamos con gran respeto: pesaba mucho su gran obra de poeta, por fin reunida por sus hijos póstumamente; su gran experiencia de abogado, su largo pasado político y el conocimiento que tenía de los sucesos que vió, de los hombres que entonces trató; su contacto con el gran mundo capitalaño, la fama que tenía de ha-

ber sido el trasnochador más perseverante que hemos tenido y de quien *Puchungo* heredó la hora de acostarse y no se si la de levantarse, allá entre doce del día y las dos de la tarde.

Fuimos muchos para ser un grupo homogéneo. Las diferencias de edad, la disimilitud de las formaciones, el abismo de los caracteres, las regiones de donde procedíamos, las ideas que teníamos en materia de letras, nos separaban, y a pesar de todo nos sentíamos unidos, con mucho de común, pero jamás pudimos presentar un solo frente, nunca llegamos a constituir baluarte y punta de lanza de una escuela, el asiento de una capilla literaria.

(2) Máximo Coiscou, nos leía, con una salmodia en que silbaban las eses, enseñando los grandes dientes pulcros, nostálgicos versos de su cosecha, y a su turno hacía reparos, eruditos, gramaticosos, a los de los demás.

Puchungo, leía sus poemas hermosos. Hacía un ho-ciquito y deformaba las palabras. Escribía laboriosamente, verso a verso, y al terminar la factura era impecable, claros los sentimientos expresados, joyas de delicado artista.

(2) Franklin Mieses Burgos, nos dió la primicia de sus composiciones, siempre elegantes. En apariencia frívolo trabajaba arduamente todas las noches hasta la madrugada, leyendo, anotando, martillando insomne sobre el yunque, pero no se crea que el suyo ha sido nunca el yunque de una herrería cualquiera, no, trabaja con el yunque de Vulcano, porque fué siempre de gran categoría. De aquel Franklin que yo conocí y envidié, que reunía a su redor un grupo de literatos jóvenes que para mí, menor en unos cuantos años que ellos, tenían mucho de alquimistas, de trovadores que saben arrojarse en las sombras de la noche, que fumaron opio alguna vez, que estaban cerca de



drogas y filtros terribles, mediaba una gran distancia que me hizo ver que aquella fama no era más que un modo de presumir de irreales y malditos. Lo recordaré siempre enfundado en una vieja bata china color oro antiguo con un gran dragón en la espalda, un feroz dragón al que faltaban casi todas las garras y una pata entera. Su inspiración, su dedicación, su rigor autocrítico, lo han elevado a una de las más altas posiciones líricas de nuestra generación.

Se leían versos de Miguel Vicente Medina, un poeta que nunca vino de no recuerdo cuál de las pequeñas aldeas que rodean a Baní por la sencilla razón de que no existía. Publicamos sus composiciones en los diarios y revistas. Los críticos opinaron. Tuvo muchos admiradores y más de un enemigo, “públicos y secretos.” No podría decir quiénes eran los encargados de escribir por él y en qué momento nació y cuándo y cómo le dejamos tranquilo paseándose bajo la luna entre los cerros pelados, moviéndose en un paisaje que, por lo menos, yo he añorado mucho.

5) Sócrates Nolasco, firmemente ecuánime, cuyos cuentos admirábamos, cuyos romances oímos con respeto, lo merecían, hasta en los peores momentos de la lucha entre los nacional-romancistas y a los que les pusimos la proa.

Pasó Pedro María Cruz, cuyos versos yo repetía. Pasó callado, oyendo mucho. Si nos leía algo lo hacía con voz entrecortada, como quien entrega un íntimo secreto, el resultado de una tarea que no se debe pregonar. Todavía sus versos, versos aislados de uno y otro poema suyo, me vienen a la cabeza, sin saber cuándo y mucho menos por qué.

Nos unió siempre una gran amistad, amistad que él describe en bellos poemas. Cruz se hacía rogar, no

por darse importancia, sino por timidez. Había que sacarle los versos, todo lo contrario a Medina que no sólo nos leía espontáneamente, como hacíamos casi todos, sino que antes de empezar nos acogotaba con un criterio de autoridad. Lo que acerca del poema que iba a leer opinaban Telésforo R. Calderón, Joaquín Balaguer, Rafael César Tolentino, Rafael Vidal.

Estuvo, también de pasada, Guzmán Carretero, los ojos muy abiertos y brillantes, siempre como febril y extaltado, y entonces conocimos algunas de las composiciones que reunió en *Solazo*, título que tenía para mí un secreto encantamiento, un dulce poder sugerente porque en Baní se reprende a los niños no porque estén al sol sino al solazo.

Alguien, autoafirmativo, contaba imposibles aventuras en un circo, del otro lado del mar.

Uno de los del grupo publicó una novela. Se pensó en ofrecerle un agasajo.

—Cuando todo esté preparado —dijo—, fijada la fecha del banquete, yo les escribiré una carta renunciando el homenaje.

Aquello nos disgustó muchísimo y sus relaciones se enfriaron con bastantes del grupo. Quería convertir lo que era hijo de un movimiento espontáneo en una ocasión propicia para darse tono, para romperse el pecho a puñetazos, como hacía siempre, públicamente, en gesto teatral a nuestra costa.

(9) Eduardo Pérez, nos ofreció su experiencia y su sensibilidad. Medio teosofista tenía una enorme información de las religiones orientales, de las prácticas de los santones, de las posibilidades de los faquires, de las manifestaciones del espíritu humano cuando se desviste de las percederas prendas carnales.



Hacia chistes ante las imágenes exageradas, se reía de las violencias que con las palabras nos permitíamos, constituyéndose en algo así como el despertador del sentido común, en el guardián de las buenas formas. No escribía, como nunca escribió Mario Sánchez, que sabía encerrarse en un observador mutismo, pero que cuando le picaba la mosca de la discusión era de los primeros.

(N) Rafael Damirón Díaz, una vocación literaria abandonada, que no ha querido jamás hacerse, más o menos, un profesional de las letras, a pesar de las magníficas condiciones que tiene. Escribió romances, medio en burlas medio en veras, cuando la batalla contra la aclimatación ilógica, pensaba entonces, de García Lorca.

Mi primo Rafael Herrera no leía nada. Rafael para escribir ha tenido siempre que estar acuciado, urgido por una necesidad extraña a él, a pesar de dominar una prosa clara, de contar con un seguro don expresivo y de comunicación. Sólo, que yo recuerde ahora, se ha entregado sin apremios en una conferencia que dictó en el Ateneo a su regreso del viaje que hizo a Buenos Aires y que no conozco. Es uno de los mejores traductores del inglés que tenemos, por la amplitud del vocabulario, por su serio conocimiento de la lengua que empezó a adquirir leyendo una Biblia protestante detrás de un mostrador, luciendo, suelta, una rebelde melena que más tarde desapareció para quitarse de encima el duro trabajo de peinarse todos los días. Nos criamos juntos, él me lleva unos días, siempre nos ha vinculado un afecto, un cariño, que ni el tiempo, ni mis peregrinaciones han logrado enfriar. Corazón grande en manos de un olvidadizo, escritor serio y magnífico, manejado por un alma reflexiva y paciente a cuya puerta me parece que nunca ha llamado la ambición literaria, a quien el vano aplauso de los amigos ja-

más tuve los atractivos de esa sirena que a los demás nos hizo encontrar duros escollos, o embarrancar en playas que creímos solitarias y en donde recibimos muchísimas pedradas.

(15) Pedro René Contín venía poco. Leía, con su voz llena de matices, versos alados, poemas en prosa llenos de suaves sugerencias. Conocedor profundo de la técnica, sensibilidad exquisita, mucho más fuerte que cualquiera de nosotros por la solidez de la cultura, por el dominio y el comercio continuo con las letras francesas e inglesas, que llegaban a nosotros, mal y poco, a través de traducciones, cuando ya han perdido lo mejor de las esencias.

Estimábamos, ya en todo su valor, sus inteligentes apreciaciones críticas, la seguridad de su mirada, su certero instinto para hallar, entre los montones de frases, el brillante de una imagen, el trazo sorprendente de un detalle.

Abad, Babá, hermano de *Puchungo*, también compartía nuestras tertulias y lecturas. Espíritu de precisión nos embarcó en la tarea, si queríamos ser escritores, de aprender bien la Gramática. De entonces data, y no lo he perdido jamás, los conocimientos serios que tengo de las sílabas, porque nunca pasamos de ellas. Allí nos detuvimos como mulas testarudas.

Moreno Jimenes, al terminar cada una de sus largas caminatas por el país, nos visitaba. Algunos le buscaban las cosquillas y le gastaban bromas. El nos leía sus poemas con tonante voz que de pronto se quebraba, bajando de tono, en flexión insinuante y perdíamos muchas palabras.

Yo lo he admirado siempre, y a él debo mucho si algo he podido hacer en años de tarea literaria. Admiraba hasta la forma de escribir las dedicatorias, con un pe-

queño lápiz sin goma, muy estropeado: "Con un mensaje del espíritu", y frases por el estilo, espontáneas y tajantes. Era el único que vivía gracias a sus versos, que le daban dos trabajos: escribirlos y venderlos. Han sido siempre sus libros, pequeños, más cerca, naturalmente, del folleto que del libro, pero folleto a secas no plaquettes.

Para mí, aparte de la admiración que sentía por sus versos, era maravilloso cómo recorría las calles de todos los pueblos del país, con su carga lírica, ofreciendo a impávidos comerciantes, a funcionarios atareados, a gente a quien no interesan los versos, sus libritos en donde me parecían bellas hasta las fe de errata porque una vez al pie de éstas escribió, acongojado: "Oh el eterno dolor de las realizaciones a medias". Me parecía otro poema.

Con Moreno Jimenes nos ocurría algo extraño: en su presencia o callábamos o le defendíamos con poco calor. Le dejábamos todo el peso de la lucha que tenía que empeñar para imponer un juicio o para que se aprobara un criterio. Le mirábamos, medio divertidos, batiéndose con los puños en alto, con los que no comulgaban con sus ideas o no aceptaban como bueno un verso o una palabra de un verso. Había algo malsano en el fondo: el ansia de no perdernos de una batalla verbal a la manera de Moreno Jimenes, pero cuando se ausentaba, cuando ya él no estaba allí para gritar e imponerse, nosotros tomábamos sus armas y con una fiereza y un calor, esa misma fiereza y ese mismo calor que desaparecía con su presencia, gritábamos mucho más que él hasta que la discusión hacía necesaria la intervención conciliadora de don Enrique.

Ricardo Pérez Alfonseca, en los intervalos de sus largas estancias en el extranjero como diplomático, fre-

cuentaba la tertulia, con sus elegantes ademanes, con sus opiniones ingeniosas y un tanto irónicas, con el pdestigio que le daban sus viejos versos y el polvo que traía de los sagrados, legendarios, caminos de otras tierras. Su hermano Eurípides venía, también, después de sus meditabundos y largos paseos por el Malecón y el Parque Independencia, denso, espiritual, apoyando contra el bastón la barbilla, siempre en actitud de oír, actitud que de pronto deshacía con una fuerte carcajada.

Manuel Llanes, tratando de impedir que los gruesos párpados superiores le cerraran los ojos por completo, trabajando en unos misteriosos poemas a los cuatro elementos, poemas de soterrado y fuerte lirismo. Era el de más aguante: se estaba con Puchungo hasta las cuatro o las cinco de la mañana.

Objeto de bromas, Llovet afirmaba que tenía un ombligo largo como una cañafístula, que era disforme. Llanes decía que despojado de las ropas era un Adonis y para probar que no tenía el ombligo feo, falta de ortografía de la comadrona, se abría la camisa orgulloso. Llovet volvía a la ofensiva:

—Vaya, lo que parece es un conmutador...

El doctor Luis Heriberto Valdez era el médico del grupo. Vivos los ojillos bajo los cristales violeta de los espejuelos que continuamente se arreglaba con el índice de la mano derecha. Apadrinó el bautizo de mi hijo Sergio.

Siempre andaba enredado en dulces problemas de amor y nos llegó precedido por la fama que le dió su conferencia *Cibao y Sur*, del ciclo de Acción Cultural, que yo no disfruté.

Se nos desaparecía con frecuencia, por días, por semanas, pero retornaba cargado de frescas leyendas, que

muchas veces suponíamos frutos maduros de su imaginación; con noticias de excavaciones arqueológicas, con descubrimientos botánicos, físicos, biológicos.

Conversador estupendo, poeta, investigador de la prehistoria dominicana, coleccionista ferviente de los restos del pobre arte aborígen, organizaba conferencias en Baní y nos llevaba a todos; daba comilonas en su casa de campo, y preparó excursiones que nunca hicimos. Empezó poemas que no terminaba y que nos daban la impresión de que eran hermosos pretextos para situar un hermoso par de versos sorprendidos en un momento de breve inspiración.

Cultivaba para sí una atmósfera de misterio, un parecido con Nostradamus y con Paracelso. Amigo generoso que siempre tenía sus pesos en los bolsillos era recurso utilizado con frecuencia en las necesidades, en las serias necesidades y en las alegres, cuando se abandonaba *La Cueva*, que no sé quién le puso el nombre ni cuándo, para hacer una excursión por barrios altos de la ciudad o cuando el apetito, por la noche, llevaba nuestros pasos hacia alguno de los restaurantes de chinos del Parque Independencia.

Estuvo Andrejulio Aybar, con su romántica gran corbata negra de lazo, poeta con obra, fino músico que ayudó mucho en la primera etapa del renacimiento sinfónico.

A *Puchungó* y a mí, por encargo de don Enrique, nos tocó acompañarlo en una sentimental peregrinación a Baní que terminó en Paya, en medio de la gran sabana oval cuyos límites los marcaban las pequeñas y distantes puertas iluminadas, junto a un pozo, bajo la luna, azotados por un travieso viento fresco. Partió hacia Francia. Nos llegaron noticias del castillo en que vivía, algún poema, y se

nos fué apagando como una estrella que poco a poco va cubriendo una nube que a medida que avanza se hace más densa.

*Mica Borrero Inchaustegui*  
*H. B. B.*



HORACIO Blanco Fombona

REVISTA BAHORUCCO

H. B. F.

### LA CUEVA (segunda parte)

Como creía en lo nacional le hicimos la guerra a cuantos pretendieron injertar en la literatura dominicana el *Romancero Gitano* de García Lorca. Pero no era contra el poeta, fué contra el programa, vamos a llamarlo así, de los que consideraban que era necesario, para la tradición y para la historia, que se cantara en romance la vida, las hazañas, de los grandes de las guerras civiles.

Una persona, que no era poeta, lanzó la idea, trazó el ideario diríamos mejor, desde las páginas de *Bahorucco*, la revista de Horacio Blanco Fombona.

Entonces escribía allí unos *Marginales*. Una sección un poco en broma en donde daba rienda suelta a cierto sentido del humor que la vida ha ido apagando un poco y que a veces aflora en mis versos.

HU  
IMC

No recuerdo todo lo que dije, pero le debió parecer muy fuerte. Hablaba, eso sí lo recuerdo, de un "polizón sentimental" que nos acaba de llegar de España, de un contrabando literario que estaban tratando de introducir en el país.

Se molestó muchísimo y me salió al encuentro la semana siguiente. La revista era semanal.

Aquello era la indignación patriótica en letras de molde: "alguien ha puesto sobre este movimiento salvador —decía más o menos ya que no copio a la letra—



una sonrisa envenenada". Lo de la sonrisa envenenada nos hizo gracia. Y terminaba, en un arranque oratorio: "burlándose de los que han querido levantar la bandera nacional del fango". Eso nos hizo reír.

Blanco Fombona me llamó. Debía tener cuidado porque ese era un muchacho muy violento. Lo mejor era dejar las cosas en donde estaban y no replicar para evitar desagradados más profundos.

Yo sonreí. El era amigo mío y la disputa se limitaba al puro campo literario. No tenía quejas de sus palabras ya que la única imputación que me hacía era que formaba parte de los grupos que fumaban cigarrillos de olor, y, la verdad, no sabía ni siquiera que existieran. Fumador impenitente desde temprana edad me conformaba con mi tabaco negro, el que fuma el pueblo, y que a mí me parecía magnífico. Pero no veía insulto en que le achacaran a uno preferencias por una marca de cigarrillos o por otra, o que los cigarrillos fueran importados. Esos estaban muy lejos de mis posibilidades económicas, y además, esto era lo importante: sencillamente no me gustaban.

La perorata sobre el tabaco tranquilizó a Blanco Fombona y me volví a meter con él y con el pretendido romancero patriótico, por escrito en *Bahoruco* y oralmente en *La Cueva*.

Me entretenía en buscar absurdos en los romances. En uno, si no recuerdo mal, había, por necesidad de asonantes supongo, un cibaeno "marchoso" y clavé el aguijón. "Un ángel marchoso pone la cabeza en un cojín", eran los versos de García Lorca en donde hallaron el calificativo. Los ángeles andaiuces tenían perfecto derecho de ser marchosos, delgaditos, con sus zapatos de chillones colores, pero un humilde hombre del Cibao, campesino, endurecidos los pies dentro de la soleta o el zapato de vaqueta tenía

que ponerse ridículo si salía marchoso, exponiéndose a la risa y a la duda de sus amigos, que en lo marchoso podían ver la delicada máscara de una inversión sexual.

Se ponía como el diablo y reía. Al poco rato cobraba bríos y se rompía el pecho a puñetazos patrióticos, porque “no teníamos derecho a perder un noble material”.

Rafael Damirón Díaz y yo llevábamos la voz cantante de la oposición al romance, y para demostrar que también teníamos armas como las suyas compusimos romances con el léxico poético de García Lorca para describir, cómicamente, los santos héroes de dicha persona.

En contra estaba el propio Enrique Henríquez que en aquellas reuniones que poco a poco se fueron organizando alrededor de Rafael Américo Henríquez, su hijo, gran poeta y quien al andar de los años me bautizó un hijo, era algo así como un patriarca.

Agobiado por los años, muy mal de la vista, pero lleno de juvenil espíritu, era la voz más sonora y más autorizada del grupo.

Por encima de su refinado gusto, de su obra, de su empeño en ayudarnos, estaba su generosidad, su bolsillo abierto a nuestras necesidades, el consejero seguro y experimentado.

Por respeto a veces bajábamos el tono, pero seguíamos, Damirón y yo, dale que dale al romance.

Don Enrique, que componía en la cabeza, es decir, que cuanto improvisaba lo fijaba con la memoria y allí lo modificaba, cuando era necesario, escribió dos magníficos: el de Perico Pepín y precisamente el que dedicó a la muerte de García Lorca. Dos romances de lo mejor de nuestra poesía.

Don Sócrates Nolasco compuso algunos muy buenos, el de Antonio Blas, que he oído recitar no hace mu-

cho y que encuentro mejorado por el tiempo que ahora lo envuelve de dulce añoranza.

Aquello, al fin y al cabo, no hizo escuela, por culpa, en gran parte, nuestra.

Cuando vuelvo los ojos atrás no sé si arrepentirme. A lo hecho pecho, dicen los bárbaros. Quizás hubiera sido mejor dejarlos hacer y tendríamos hoy más tela de donde cortar. Como experiencia literaria no me pasa inadvertido que hubiera podido ser muy útil.

Pero, ésto hay que pensarlo, si el romance, y en cierto modo el retorno a la estrofa, hubiera prendido, nada hubiéramos tenido que hacer cuanto, con Moreno Jimenes, nos habíamos pasado a la acera de enfrente con los versos libres, plurimétricos es nombre de más categoría y precisión.

Al par que combatíamos el romance escribíamos, principalmente Franklin Mieses y yo, para quedarnos sólo con los poetas jóvenes.

Mi primo Fabio Fiallo, que caía alguna vez en *La Cueva*, nos ofrecía sus últimas producciones. Se le oía con respeto, pero las alas que le elevaron tan alto estaban un poco cansadas. A pesar de todo se sentía presente y patente el gran poeta.

Rafael Américo, *Puchungo*, como le decíamos, le buscaba las cosquillas, poniéndole reparos a algún acento, en el número de algún verso. Fiallo sonreía con sus limpios ojos brillantes tras los cristales de los espejuelos, y cuando *Puchungo* no estaba por delante con su hermosa voz decía: "Hay que tener cuidado con él, es un Fouché de zaguán", y se refería a las trastadas y burlas que había organizado, una muy sonada, que derrocó a Moreno Jimenes entonces Pontífice del Postumismo. La revolución la organizó *Puchungo* en parte y llevó a la Colina Sacra,

allá en Villa Francisco, a Zorrilla, un poeta fabricante de mosaicos, muy cansado de cuerpo, que manejaba muy mal las pantuflas, y que de tarde en tarde acertaba con un verso.

Lo conocí en un patio, un caminito entre dos pilas de arena, con un fondo de cajitas, más bien jaulitas, llenas de mosaicos acomodados en una paja blanquecina.

La casa era pobre. Al fondo había unos galpones y unas maquinarias cubiertas de polvo. Algún árbol, el tronco con mil cicatrices, con clavos metidos hasta la cabeza, intentaba dar sombra a aquel patio lleno de cajones. Estaba, nada menos, que en la Colina Sacra.

Pero así como mala fué la impresión primera que me hizo, bajo su camisa cubierta de cemento, buena fué la charla que sostuve con él, sentados en una mecedora, saboreando un café estupendo.

Tenía seguridad en sus ideas, estaba firme en sus convicciones y los poemitas que me leyó, buenos. Cuando vine a darme cuenta la noche se nos había echado encima. Me acompañó, me guió, entre los montones de arena y las cajas rotas. Me estrechó la mano y sentí afecto hacia él.

Pero lo del romance no acabó así. En el peor momento de las discusiones a Puchungo se le ocurrió darle una broma a Máximo Coiscou, quien estaba horrorizado del tono que había adquirido la disputa, la escrita y la oral.

Una noche Puchungo y algunos más del grupo, a las dos de la mañana, fueron a tocar a la puerta de Máximo en su casona de la Avenida Independencia.

Fué necesario esperar bastante y al fin sacó la cabeza, metida en un gorro de lana, sorprendido. Estaba enfundado en unos calzoncillos, de lana también, que le llegaban a los tobillos. La camiseta terminaba en unas man-

gas apretadas en las muñecas. Encima se puso, como quiera, una sábana.

Puchungo le explicó: la polémica entre Juan y yo había llegado a extremos muy serios. Juan me había retado a duelo y yo había aceptado. La hora fijada para el encuentro eran las seis de la mañana y se venía por él para que con su autoridad, y como amigo de los dos, tratara de evitarlo.

Máximo movió la cabeza tristemente y se arregló un poco la sábana. El, por desgracia, no podía salir. Tenía mucho catarro. Para demostrarlo tosió un poco.

—“Desde luego yo no puedo ser indiferente ante una desgracia como la que puede ocurrir. Inmediatamente voy a llamar a mamá para que le encienda unas velas a los Santos”.

Y olímpicamente, tosiendo un poquito dijo “buenas noches” y le dió al grupo con la puerta en las narices.

## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS (Primera parte) (1927)

En el 1927, más o menos, comenzó un período difícil para mi familia. Bajaron los ingresos y decidimos entre todos que yo debía prepararme para trabajar para ayudar a la casa. Tenía 15 años. Por las mañanas iba a la escuela y por las noches estudiaba comercio en la Academia de García y García: contabilidad, gramática, caligrafía, aritmética.

Unos meses después, muy adelantado, uno de mis profesores me llevó a trabajar con él en la Fábrica de Mosaicos Tavares. Me dieron una bicicleta y muchísimos recibos. Cobraba, ayudaba un poco en la oficina y hacía los depósitos en el banco.

Me familiaricé con el trabajo de los mosaístas, con la tarea de los que hacían escalones de granito, con los que fabricaban bloques de cemento y arena.

Niño al fin después de los cobros del día me iba a las Ruinas de San Nicolás a reunirme con los viejos amiguitos, a verles jugar y a jugar yo también.

A pesar de todo, quiero decir a pesar del sueldo y de que no tenía que realizar faenas duras o desagradables, no me sentía a gusto y un buen día me llamó Bebé Marchena, del Royal Bank of Canada. Unas semanas antes le había conseguido ocupación fija a dos entrañables amigos: Francisco Martínez Alba y Ricardo Me-

jía. En la Santo Domingo Motors, me explicó, necesitaban a un joven. El sueldo era muy bueno, mucho mayor que el que se me podría pagar en el banco por el mismo trabajo. Había hablado con él Amadeo Barletta y él se adelantó a recomendarme.

Cambié de ocupación y gané más dinero. Ahora eran \$15.00 semanales, casi tres veces más de lo que venía percibiendo.

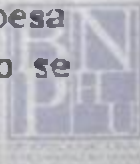
Pero con los beneficios vinieron los perjuicios. En el entretanto la situación de mi familia había mejorado mucho. Vivíamos en casa propia, hipotecada, pero en casa propia. Teníamos un auto, una pequeña tienda, una lechería.

No necesitaban mi dinero y yo me las arreglé muy pronto para gastarlo todo, concienzudamente.

Al principio eran visitas esporádicas, a escondidas, a los barrios infames. Baile, aventurillas con una mujer cualquiera, pero sucedió lo que tenía que ocurrir: una se fué ligando a mí, poco a poco, sin que yo y posiblemente sin que ella tampoco lo notara.

Pronto sólo a ella veía. Juntos recorriamos las sucias calles en donde se arremolinaban marineros que hablaban en inglés, en alemán, en sueco. Enormes daneses borrachos, soldados serios apoyados en sus rifles, caras con las huellas de todos los vicios, trasnochadores, músicos, serenos, insolentes vendedores de perfume, de drogas, de billetes de lotería.

Conocí de cerca todo lo feo de la disipación, los borrachos que piden limosnas de ron o de cerveza, gorriones de profesión, chulos muy limpios, los dedos llenos de gruesos anillos; campesinos asustados, turistas de tierra adentro que deseaban probar la alegría, aquella alegría espesa de la capital; los ricos que llegaban en auto y el auto se





quedaba esperándolos; galleros triunfadores y galleros vencidos. Se les conocía, a los primeros, por los gruesos fajos de billetes de banco.

Comí en restaurantes horribles, en mesas sin mantel, con cuchara, y me limpiaba la boca con cuadrados pedazos de áspero papel que en sus buenos tiempos debió ser blanco. Aquello era, naturalmente, baratísimo y el gusto, lo recuerdo con nostalgia, sin igual.

Aquella mujer me lucía orgullosa en los salones que llenaban con sus alaridos las trompetas, bajo un cielo raso pintorreado con los más feos colores, combinados sin el menor sentido artístico.

Estaba orgullosa de mí, que le escribía versos, que no decía palabrotas, que nunca me vió borracho, que estaba casi siempre cuidado y limpio.

Lo que al principio era como una cualquiera de las otras aventuras de los lupanares, fué cambiando, sin que nos diéramos cuenta, en una pasión violenta, absolutamente carnal. Yo entraba en la adolescencia ella debía tener 22 ó 23 años.

Las noches sin dormir, los excesos de toda especie, y la obligación de estar temprano en el trabajo, a las siete y media de la mañana, me hicieron perder muchas libras, mi color se volvió terroso, me dolía con frecuencia la cabeza y para poder estar bien despierto frente a mi escritorio tenía que mojar me la cara y la cabeza con agua fría.

Yo llevaba la contabilidad del taller de reparaciones. Allí, con los mecánicos: españoles serios, italianos concienzudos, dominicanos alegres, adquirí ciertos rudimentos de su arte, podía distinguir las fallas de un motor, determinar, casi, el costo de un arreglo.

Mi familia se alarmó. Mi padre, indignado por las horas en que venía a la casa por las noches, me tomó de una oreja y me obligó a dejar el trabajo, a volver a mis estudios.

Sin dinero ya, muy triste, vi como la pasión se iba apagando.

## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS (segunda parte) (1931)

Entré a trabajar en la Secretaría de la Universidad a principios del 1931, como mecanografista. Mi hermano Marino, era Secretario, Angel María Gautier, Auxiliar y el doctor César Dargam, que después fué Prosector del Instituto Anatómico. Con el Rector, un bedel, algunos criados, constituíamos todo el personal.

La Universidad se alojaba, provisionalmente, en la calle Sánchez. Allí oí las conferencias de Jinarajadasa.

Habituado a participar en las conversaciones de mis iguales en edad o a las familiares charlas de la casa descubrí un nuevo mundo: las conversaciones de hombres sólidamente preparados.

Me quedaba con la boca abierta oyendo al doctor Troncoso de la Concha, a los Vicioso, Alfáu, Perdomo, De-filló, Pardo, Gautier, Elmúdesi y en fin a los Catedráticos. Hablaban de política, de derecho, de las costumbres, de arte, de medicina. Interpretaban los sucesos recientes a su modo y en forma clara, concisa, como si fueran exactamente los dueños de la verdad.

Oí las cátedras de Derecho Penal de Angel María Soler, las de Fisiología de Arístides Fiallo Cabral, mi primo; las de Parasitología de Marchena; Derecho Civil de Peynado.



Curioseaba por el laboratorio de García Obregón en donde luego trabajó mi hermano Sixto. Presenciaba las intervenciones que hacía, a la hora de la Dentística Operatoria, el doctor Ramírez; seguía de cerca los trabajos de los estudiantes que fundían oro, hacían amalgamas, vaciaban caucho y molestaban.

Ya bien instalados en la calle Isabel la Católica la biblioteca me atrajo. Juan Luis Castellanos, el bibliotecario, me hacía firmar un recibo y juraba no sacar los libros del local.

Leí prácticamente a todos los clásicos castellanos, por lo menos las ediciones de *La Lectura*. Descubrí los trabajos de Dámaso Alonso, los de Pedro Henríquez Ureña que más tarde debía venir al país. Me lancé decidido en ese mar de ciencia que es Menéndez y Pelayo. Leí el Quijote en la edición grande de Rodríguez Marín.

A las cinco y media cesaba un poco el ajetreo de la oficina. Don Federico Henríquez y Carvajal, el Rector, se marchaba. Yo, que estaba de guardia mientras había cátedras, leía, leía y escribía, poemas, cartas, cuentos, artículos para la prensa, para la de Baní y para la de la capital.

Copiaba programas, y los vendía. Mi sueldo, \$27.50, se reforzaba un poco, no mucho, pero para algo servían esos cincuenta centavos, el peso y medio, que de tarde en tarde cobraba.

Tenía tres meses de vacaciones que siempre pasé en Baní, es decir, hasta 1933 año en que me casé. A partir de entonces venía a la oficina los sábados por la tarde y los domingos en la mañana, a escribir, a leer, y a recibir visitas telefónicas.

¿Cómo empezó aquello? no lo recuerdo, pero el caso es que tenía unas novias telefónicas para los domingos en

la mañana. Desde luego que yo sabía muy bien quiénes eran, pero no pretendí pasar de ahí, de aquellos largos y acaramelados coloquios, porque era demasiado pobre y quizás, también, excesivamente joven.

Nos leíamos versos de nuestra propia cosecha, nos hacíamos promesas, nos describíamos el mundo, señalando las diferencias de caracteres, las infidelidades horribles.

Las veía en la calle y distraídamente volvía a otra parte los ojos. No me interesaban como seres de carne y hueso, como personas, como mujeres, y no porque carecieran de encantos.

A mí me gustaba, yo prefería lo que eran ellas envueltas en misterio, lejanas, separadas de mí por barreras que yo me encargaba de hacer infranqueables.

Si les hubiera hablado en la calle, de haberlas visitado, el encanto hubiera quedado roto para siempre, y yo defendía el encanto, la mágica atracción que ejercían sobre mí a así, del otro lado de un mundo cuyos secretos no me importaban pero que sabía muy bien que existían.

Esa es, sin quizás, la época de mi mayor producción poética y de entonces no me quedó nada. Eran, si se quiere, reportajes líricos del alma, pericidismo en verso sobre pasiones un tanto de la fantasía, pero pasiones ardientes.

Y no se por qué, yo debía sentirme satisfecho, con Candita, a quien escribía cinco cartas semanales, es decir, una por cada día que no estaba con ella, que no estaba en Baní, y mis novias telefónicas. Debía estar orgulloso y los versos eran tétricos, llenos de cementerios con cipreses, que no había visto nunca; con frías estatuas de mármol con los brazos cercenados. La Muerte, el frío, las noches oscuras, lo tenebroso, me atraían y junto a una vida exhuberante, en medio de una existencia que tenía mucho de dulce remolino, mi acento era quejumbroso,

prefería los colores oscuros. Descubrí a Nerval y a Baudelaire. Me cayeron en las manos los Poetas Malditos, y la tendencia, naturalmente, encontró sólidos apoyos.

Fabio Herrera o Rafael Aquiles Cabral, primos míos, que conocían aquellas tremendidades, deben recordar algo. Por suerte, yo creo que por suerte, esos papeles, librotas enormes, se me perdieron o me los botaron. Ha sido mucho mejor así.

En el 1933 me casé. Era demasiado pobre para dar todas las semanas un viaje a Baní, que me costaba \$2.00 cada uno. Al mes eran \$8.00 ó diez pesos, según fuera el mes de cuatro o cinco sábados.

Me casé profunda y seriamente enamorado, sin tener la menor idea de lo que vendría detrás, de tan pobres que estábamos entonces.

Unos días antes de boda, fijada para el 5 de agosto, los amigos me invitaron a una cena en un restaurante chino. Yo habría logrado reunir, vendiendo programas, unos \$30.00, suma con que debía hacer frente a los gastos de la ceremonia.

Comimos y bebimos, alegremente. El grupo era grande, con buen apetito y mucha sed. Se fué haciendo tarde y el doctor Luis H. Valdez, quien apadrinó a Sergio, mi primogénito, tuvo que irse, en pos de su traje de sereno como decía, porque su casa estaba muy lejos en lo que entonces se llamaba San Carlos Land.

A la hora de pagar unos soltaron unos pesos, pero el gasto había sido enorme y para que no interviniera la policía, que era lo de lugar, tuve yo que completarlo, con dolor de mi corazón. Las economías se me redujeron, de golpe, a la mitad.

Y para peor: el día en que le avisé a don Federico Henríquez y Carvajal, a mi jefe como Rector de la boda se quitó rápidamente los espejuelos, se rodó hacia abajo en la silla, y con su ronca voz me preguntó:

—Héctor, ¿cuántos años tienes?

—Verá usted: el 25 de este mes —estábamos a fines de julio— cumplí 21 años.

Calló, se retorció el pelo, blanco con manchas de tinta porque le quitaba los pelillos del papel a la pluma allí, encima de la oreja derecha. Movió la cabeza para un lado y para otro, con cierta pesadumbre. Siempre me dió grandes muestras de afecto. Y sacando fuerzas de lo hondo, suavemente pero en tono de reprobación me dijo:

—Eso es un disparate. Los hombres se casan a los treinta y siete años.

Mucho tiempo después supe que esa era, más o menos, la edad en que él se había casado.





## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS (tercera parte) (1933)

Se nos asignó en la casa de mi abuela —Casa-Madre la había yo llamado en unos versos que sirvieron a Moreno Jimenes para que me lo colgara de sobrenombre— un aposento con piso de tierra. Mis tíos se encargaron de buscarme unos muebles. El día de la boda Fabio Herrera envió las bebidas y la celebración se hizo en casa de Aquiles Cabral.

A los dos días de casado volví a reunirme con el grupo, fui más bien a verlos y a saludarlos, sin la menor intención de quedarme con ellos.

Me picaron el amor propio jurando que ya no podían volver a contar conmigo, que Candita me tenía prohibido —aseguraban— que estuviera en la calle hasta tarde de la noche.

Bien, me quedé, amargado pero sin confesarlo, remordida la conciencia, pero sin dejarlo traslucir. Sentía dolor de mi cobardía y permanecía con ellos, tratando, en vano, de seguir la conversación, de intervenir en las disputas. El ron me caía en el estómago sin hacerme el menor efecto. Aquella noche hubiera querido emborracharme e hice esfuerzos por lograrlo, pero no pude.

A las tres de la mañana, después de la clásica disputa en el parque, cada quien tomó el camino de su casa.



No se burlaron de mí, o se les olvidó todo lo que al principio habían dicho.

La puerta de la calle, cuando faltaba alguien por llegar, no se cerraba. Sencillamente le ponían una piedra para que el viento no la abriera. Empujé con muchísimo cuidado, saltándome el corazón aunque me preguntaba por qué. Allí estarían mi padre y mi madre, podían reprocharme la acción, y estaría Candita, despierta, inundada en lágrimas, sentada en la cama, pensando que quizás me habían matado, que me había atropellado un auto, que estaba preso por escándalo o por lo que fuera.

Cerré la puerta. La aldaba estaba muy fría. Procurando no tropezar con los muebles de la sala me dirigí a mi cuarto. No tenía puerta sino una tosca cortina. Me deslicé del otro lado. Oí la respiración regular de Candita. Nadie me había sentido ni nadie me aguardaba y aquello me produjo un hondo desencanto como si de pronto me hubiera quedado solo en un mundo en donde todos dormían un sueño más profundo que el sueño de todos los días.

Mi padre enfermó a los pocos meses de mi matrimonio. Sin trabajo fijo había estado recorriendo los pueblos del Sur, vendiendo un libro suyo. Tuvo, primero, una amibiasis, y se recuperó, pero poco tiempo después no pudo abandonar la cama. El vientre le crecía y las venas se destacaban, azules y gruesas, sobre la brillante piel blanca. "Es la Cabeza de la Medusa" me dijo uno de los médicos que lo vió, y me explicaba: "al cerrar la vena porta la circulación trata de establecerse por otros caminos, y escoge, principalmente, las vías que están cerca de la piel". El diagnóstico era: cirrosis hepática de origen amibiano. El pronóstico terrible.

No teníamos un centavo. El periódico de mi padre *El Esfuerzo*, un interdiario, como él no lo podía atender, era más bien un ancho hueco por donde se nos iban los pocos pesos que reuníamos con nuestros sueldos. Casi no se le pagaba al linotipista, ni al prensista.

El mal se agravaba. Era necesario hacerle punciones en el vientre, para que pudiera respirar mejor. El peso de tanto líquido contenido allí empujaba a los pulmones y la respiración se hacía angustiosa. Sabíamos que la vida se iba en aquel chorro amarillento de suero, pero él no podía soportarlo.

Caminábamos por la casa como fantasmas. En la calle, en el trabajo, que no podíamos abandonar, estábamos siempre sobresaltados. El timbre del teléfono, que antes hacía saltar de alegría mi corazón cuando estaba en la oficina, me cortaba la respiración.

Le llevé a todos los Catedráticos de la Facultad de Medicina. No había nada qué hacer. La muerte estaba aguardando, arrancando con mano sigilosa las hojas de los calendarios, buscando el día preciso en que nos lo llevaría para siempre.

Una madrugada se puso muy mal. Vino el Padre Pérez y le administró los santos óleos. Había pasado la noche como aletargado pero cuando rompieron las primeras luces del día abrió los ojos, claros como cuando no estaba enfermo, nos miró uno a uno, a mamá, a mí, a Sixto, a Yolanda, a Aquiles mi tío, al Padre Pérez. Hizo un gesto que era muy suyo, una especie de tic. Buscó a alguien, se echó a llorar y nos dejó.

Yo tenía una de sus manos entre las mías. Sentí, al principio, latir con fuerza la sangre en el pulso y cómo el pulso se fué apagando. La mano comenzó a enfriarse.

No tenía lágrimas en los ojos, ni estaba asustado. No podía pensar, no tenía sueño, no estaba cansado. No me sentía a mí mismo.

Pero todas las lágrimas que dejé de derramar en aquel momento he tenido, vamos a decir así, que llorarlas después. El ha estado presente en mis grandes dolores, presente en las grandes satisfacciones y cuando nadie me ve, cuando estoy solo, como ahora que escribo, lloro. La orfandad no termina nunca. ¿Qué somos sin nuestros muertos queridos? ¿Quiénes sentirán nuestras penas y disfrutarán de nuestras alegrías? ¿Qué mano detendrá nuestra mano ante el mal o nos tocará en la espalda para que sigamos haciendo el bien? ¿A quién mostraremos, orgullosos, nuestros hijos? ¿A quién los libros, todavía olorosos a tinta, que acabamos de publicar? ¿A quién llevaremos, corriendo, sofocados, las nuevas de nuestros ascensos, de nuestros pequeños triunfos que ellos hubieran podido magnificar con su amor dulcemente ciego? ¿Quién nos levantará en las caídas morales, quién, sino nuestros muertos queridos, lejos en el tiempo y en el espacio, pero siempre metidos en el corazón, nos perdonarán nuestras equivocaciones y errores, sin que sea necesario sufrir el dolor horrible de la confesión?

No lloré aquella noche. Tenía los ojos ardiendo, secos, pero las lágrimas que han venido después, la falta que nos ha hecho que nadie ni nada podrá llenar, se ha empapado muchas veces de llanto, no importa que uno se vaya poniendo viejo, son las mismas lágrimas, aquellas que le debía a mi padre que supo querernos, que nos respetó como hijos, que prefirió que corriéramos por el camino inseguro del arte, de la literatura, antes que uncirnos al estudio y al yugo de una carrera. El amor de los nuestros se conoce por sus debilidades, y conmigo lo fue.



aunque jamás me lo confesó. Yo he venido a saberlo cuando la vida me fué quitando telarañas de los ojos, y por eso cuando alguien, como Joaquín Balaguer, se ocupa de él como escritor, tengo que agradecerlo con palabras que podrían parecer huecas si las dijera, y si una persona habla de sus virtudes, queda en mi corazón grabado para siempre.



## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS (cuarta parte) (1934)

Tuvimos que mudarnos a una casa más pequeña, de la calle 19 de Marzo, hermoso casón, a una pequeñita detrás de la Iglesia de San Carlos. Ni siquiera cupieron los muebles, hubo que amontonarlos, dejando un camino a un lado, en la sala, y los que ni en la sala tenían espacio en la acera. Llovió y los muebles se mojaron, pero no podíamos hacer nada. La mudanza se hizo de madrugada, todos estábamos ilorosos, reciente la muerte de mi padre.

Como a las nueve vino una señora con una máquina de coser para que se la empeñáramos. Desde fuera nuestro hogar lo que parecía era, sencillamente, una casa de empeño.

Poco a poco nos deshicimos de algunos y la vida cobró su viejo ritmo. Trabajaba todo el día en la Universidad y por la noche me dedicaba, con mamá, mis hermanos y Candita, a cortar dulce de guayaba. Lo hacían durante el día y se colocaba en unos moldes. Por la noche se había enfriado y podían hacerse cuadritos que íbamos envolviendo en papel. Se ponían 130 en un paquete y yo salía a venderlo por los alrededores del Hospedaje. Eran viejos conocidos de mi padre, de mi tío Santiago, y me ayudaban. El 90 por ciento del pequeño comercio, estaba en manos de banilejos como yo.

Era “el hijo de Quin”, el “hijo del maestro Quin”, o el sobrino del señor Incháustegui —decían Inchústegui, o cosas por el estilo— “el sobrino de don Chago”, y me compraban los dulces.

Escribir se convirtió, para mí, en una dolorosa necesidad. Lo que antes era una especie de placer, la alegría de crear, la satisfacción de sacar de la nada cuadros, caracteres, frases, imágenes, dejó de serlo, de pronto, como si una maldición hubiera secado, de buenas a primeras, sin aviso, la fuente en donde encontré regocijo, aguas limpias y claras en que satisfacía mi sed, que me hacían fuerte, que me ayudaban a soportar los dolores, que hasta me ocultaban las tristezas, se estaba secando, se había tornado amarga.

Desde entonces escribir, en verso o en prosa, da lo mismo, es una tarea llena de molestias, físicas y mentales. La inspiración se anuncia con un desagrado sin causa, con una inquietud inexplicable, con desasosiego profundo, y un horrible malestar. Pierdo el apetito, me torno irritable, incomprensivo y yo, lo sé, incompresible. Me arrastro hacia el trabajo, hacia la rutina, hacia la vida, desesperanzado, triste.

Duermo poco y despierto, dos, tres, diez veces, sobresaltado. Enciendo la luz, recojo unos versos, anoto, y trato de dormirme. Vuelvo a despertar, hago luz, febrilmente y como si la muerte aguardara mi última palabra, escribo, tacho, desespero. Me sigue doliendo la cabeza. Voy a la cocina, a oscuras, busco un poco, un mucho, café frío y lo bebo. Lo encuentro malísimo, con sabor a cucarachas. Al poco rato siento las carnes de gallina, que el corazón se apresura hasta llegar a la taquicardia. Oigo pasos, puertas que se abren y que se cierran, no hago caso y vuelvo a la máquina y escribo, sufro, lloro.



¿Por qué estará uno obligado a escribir? ¿Quién diablos metería a uno en ésto? Sería tan bueno dormir, no pensar, no sentir. Podríamos liberarnos de los recuerdos, no hacer caso de nuestras propias visiones, de nuestras secretas ansias. Un hombre normal, con sus nervios bien arreglados, vitaminizado, no tiene que pasar estos duros trances. La verdad es que no hay una obligación, diremos, exterior, que nadie ni nada nos exige escribir, expresarnos, desplacentarnos dolorosamente, y a pesar de todo cuando la inspiración toca a la puerta, cuando empiezan a formarse los primeros versos, cuando lo que se ha venido pensando meses y meses desea nacer, exige nacer, hay que beber cicuta, arrojarse a las llamas del infierno o en aguas heladas llenas de peligros, con olas enormes.

Primero, en frío, el plan, el duro esqueleto de los temas, el armazón férreo, y luego la fiebre, el dolor, la orfandad, la incertidumbre, de crear, ponernos frente a un mundo tranquilo, formal, para sacar de él los materiales del arte, con las uñas, desolladas las manos, perdida la cabeza más allá de las nubes.

Es como un castigo insoslayable, una penitencia sin fin, un perpetuo purgar alguna culpa. Escribo y me enfermo, y sólo enfermo puedo seguir escribiendo, tembloroso, sordo a lo que me dicen los míos, indiferente a sus necesidades más inmediatas. Traspaso el mando de la casa y me entrego a mi exigente Demonio, para que me martirice, para que me esclavice al papel en blanco que debo llenar de versos o de apretada prosa, por eso sólo escribo a grandes tirones. Tengo que espantar, que expulsar, los fantasmas de mi alma, los espectros que me asedian. Sólo se van de mí para quedarse en el papel. Y al terminar tengo que hacer una larga convalecencia, una cura de reposo, no pensar más en éso, reintegrarme a los míos. a mi

trabajo, a mis lecturas, a la contemplación, a la tristeza. Duermo profundamente otra vez, lo entiendo todo, lo comprendo todo y más que nada por qué Platón le negó la entrada a los poetas en la República. Es verdad que no se pertenecen, que obran enajenados, poseídos por seres, fuerzas, ajenos a sí mismos, que rompen las ataduras morales, que hacen olvidar las obligaciones, los pequeños deberes y los grandes deberes, locos que el diablo mueve con un cordoncito de fuego, a quienes exprimen entre sus dedos horribles las Harpías.

## LOS TRABAJOS Y LOS DIAS (quinta parte) (1934)

Nos aguardaban más dolores y algunas satisfacciones grandes. Ese mismo año, 1934, debía nacer mi hijo Sergio. Todavía recuerdo, orgulloso, el telegrama de Rafael Herrera: "Celebramos regocijados el natalicio del Príncipe".

No tenía un centavo. El doctor Manuel Emilio Perdomo, como Secretario de la Universidad, era mi jefe inmediato. Ginecólogo y partero de primerísima clase. Me dijo que le llevara a Candita periódicamente para seguir el proceso del embarazo.

Se iban acercando los días. Yo no quería pensar en éso y lo conseguía sin muchos esfuerzos, logrando, casi, la seguridad de que no sucedería o que me encontraría —¿en dónde, por qué?— bien lejos.

Una noche ella empezó a sentir los dolores. Me llamó, desperté, la oí, no hice caso y seguí durmiendo. Volvió a llamarme, quise seguir durmiendo y ella me obligó a despertarme, a vestirme, a ir por el médico, por el doctor Perdomo.

Serían, me parece, como las dos de la mañana. Llamé a la puerta y él vino personalmente, en ropa de dormir. Me hizo preguntas que no supe contestar bien. Pasé adelante y aguardé de pie que retornara ya en traje de calle.

Tomamos un auto de alquiler después de una espera larga y desesperante. Era un auto viejo, viejísimo, que renqueaba por la calle, estornudando asmático.

Al llegar a la calle Emilio Prud'homme, al tomarla frente al viejo fuerte de la Concepción, se negó a seguir, aquella cuesta era demasiada cuesta para él. Creo que le pagué y seguimos a pie las seis o siete cuadras que nos faltaban. Por allí no había más autos.

Toda la familia estaba levantada. Nuestro aposento era tan pequeño que el doctor Perdomo juzgó que era más prudente que se acostara en la mesa del comedor. Allí nació Sergio.

Bebimos café mientras se anunciaba, por Oriente, el día. Algunos pájaros cantaban en el parque de enfrente y pasaban silenciosos los campesinos que iban para el Hospedaje, medio dormidos encima de los caballos, o a pie, tropezando, con sus hijos y sus mujeres con los cuellos envueltos en toallas.

En la Iglesia de enfrente sonaron las campanas y los madrugadores feligreses entraban al templo persignándose.

El niño lloraba y Candita dormía. Los demás nos mirábamos los unos a los otros, un poco estúpidamente, en silencio, rojos los ojos.

Esa fué la satisfacción; luego, a los pocos días, nos enteramos de la enfermedad de mi tía Ramona que fué para mí algo así como una segunda madre, la que me leía los viejos romances, la que nos transmitió su espiritualidad, la que no se quejó nunca de la pobreza y era feliz entre sus flores, bordando golondrinas en sacos de yute que teñía, para hacer cortinas. Como no tenía lana para bordar empleaba hilachas que coloraba con moras del patio, con cayenas que machacaba. Que era, lo decía, pobre como una rata, y siempre estaba contenta, coloradita, le-

yendo, tratando de aprender inglés cuando tenía más de sesenta años, que le gustaban mis versos, que leía con orgullo mis cuentos. Me defendió de la vida, de sus tristezas, y me inculcó el amor hacia la poesía, hacia la belleza, hacia las flores, hacia la bondad. Me enseñó a ser generoso, a dar y a recibir sin avergonzarme, a agradecer, estimular

Volé a su lado. Me felicitó por el nacimiento de Sergio. Me hizo mil preguntas: sobre el color de sus ojos, del cabello. ¿A quién se parecía? Ella nunca tuvo hijos y se apoderó de los hijos ajenos, de mí y de mi primo Francisco José sobre todo. Eramos sus favoritos.

El cuarto en que yacía, el mismo en que yo había dormido años en una hamaca, lo encontré chico, caldeado. Un leve olor dulzón se sentía en el aire. En un pie ella siempre había sufrido molestias. Tenía herisipela. El pie se había inflamado, los dedos ennegrecido se temía por la gangrena.

En una pequeña repisa estaba ese mismo San Lázaro con su perro que tanto aparece en mis versos, y las gondolinas bordadas en el saco de yute teñido que cubría su poca ropa colgada habían detenido su vuelo.

Una rosa, grande, encarnada, se desmayaba en un vaso. Ella se dió cuenta de que la estaba mirando.

—Me la mandó Grecia Santana. Es puertorriqueña. Muy bonita. ¿Te la quieres llevar?

Los ojos se me llenaron de lágrimas. No pude responderle y la dejé sola, para hacer lo que he hecho siempre: llorar cuando nadie me ve.

Repuesto volví. Hablamos mucho rato. Su voz, tan bella, que me traía tantos recuerdos, se apagaba, se adelgazaba, se perdía.

El olor dulzón se hacía cada vez más fuerte, en la pequeña habitación cerrada. El sol, encima de la lámina de zinc, espesaba el ambiente.

Volví por la noche. Aquello terminaba, ¿pero cuándo? ¿En qué momento? Nadie podía predecirlo. Al otro día regresé a Ciudad Trujillo. Todavía vivió dos o tres días. Cuando volví a su lado estaba muerta, la piel limpia y sonrosada, hermosa, sin un gesto de dolor, sin la menor expresión de angustia.

Esa alma que había volado al cielo fué pura, grande, abnegada. Hizo todo el bien que pudo, sembró lo agradable, lo bello, ideales, ilusiones.

La metimos en su caja pobre y los primeros en levantar el peso de su carne sagrada fuimos Francisco José, un señor que había venido de Azua, alguien que no recuerdo y yo.

Pero ese señor que había venido de Azua para acompañarnos no estaba allí sencillamente para ayudar a enterrar a los muertos. El tenía su historia y en ella se levantaba, terrible ángel tutelar, mi tía Ramona.

Un día, en los tiempos horribles de las guerras civiles, en medio de la calle, cayó herido un soldado. Soltó el arma que traía en las manos humeante, y trató de arrastrarse hacia nuestra casa, desesperado y sin poderse mover.

Mi tía, a pesar de los tiros, se asomó a la puerta. Los enemigos a caballo se acercaban en carrera loca a rematarlo. Lo comprendió todo y se tiró a la calle y lo cubrió con su cuerpo. No se atrevieron a seguir disparando. Caracoleando en los caballos, tirando de las riendas, apuntando con los revólveres, ya estaban encima del informe montón que formaban mi tía y el soldado herido.

—Asesinos, canallas, cobardes. A rematar un hombre que se muere, que no se puede defender. Bandoleros, hijos de puta, que temen a los hombres armados frente a frente y que se ceban en los que no pueden defenderse. Lárguense, sinvergüenzas, canallas.

No pudieron hacer nada. Hubieran tenido que matarla. Se alejaron un poco al paso de los caballos, mirando hacia atrás y maldiciendo, pero en el fondo del corazón sobrecogidos de miedo y espanto ante aquella cara roja, ante sus ojos terribles.

Ella lo arrastró, como Dios la ayudó, sin dejar de servirle de escudo. Por fin se dieron cuenta en la casa y la ayudaron. Lo acostaron en un cuarto al lado de la cocina. Tenía atravesadas las rodillas de un balazo. Perdía mucha sangre. Lo curaron y lo alentaron. El no hablaba y los miraba a todos extrañado, como desde otro mundo, estremecido por la fiebre.

Al poco volvió el grupo. Se oyeron primero las carreras de los caballos y luego la parada en seco. Alguno, el jefe quizás, desmontó. Mi tía corrió a la puerta. Y volvió a desafiarlos y a insultarlos. Desistieron pero dejaron centinelas que cuidaran la casa. Después los retiraron.

La curación y la convalecencia fueron largas. Los suyos habían tenido que abandonar el pueblo el día en que lo hirieron. El cubría con dos o tres más la retirada en esa calle del pueblo.

Y una noche, con suficiente ánimo y valor, escudado por las sombras de la noche, se escapó, hacia Azua, hacia su tierra.

Se llama Juan Guillén y perdió la flexión de la rodilla derecha.





## LOS PERIODICOS

### LISTIN DIARIO (1936)

De la Universidad pasé al *Listin Diario* en mayo, me parece, de 1936. Me llevó Juan José Llovet entonces editorialista del periódico y Jefe de Redacción, una jefatura por cierto muy nominal porque allí quien mandaba era el Director, Arturito Pellerano, persona que aunque no escribió nada tenía sentido del periodismo, de las fuentes, de las noticias. Muy organizador, muy metódico, muy exigente. Al que hacía mal una cosa se lo reprochaba y al que la hacía bien no le felicitaba porque al cabo para éso era que pagaba.

El aprendizaje fué rápido y me acomodé en mi oficio con cierto desembarazo. Había visto de cerca, desde niño, un periódico. Conocía algunos de los secretos de la imprenta y estaba acostumbrado a expresarme por escrito, a vuela máquina. Mis relaciones se ampliaron muchísimo. Durante seis años en la Universidad había conocido infinidad de estudiantes, cuyos nombres todavía recuerdo, enorme hazaña para un desmemoriado.

Mis ingresos subieron, sobre todo los fijos: de \$27.50 a \$48.00, algunos meses más porque el sueldo eran \$12.00 semanales. Pude poner casa aparte, tener una criada que lo hacía todo y prepararnos a recibir otro hijo: Joaquín.

En la Redacción estaba el atildado escritor Juan Rafael Lamarche, encargado de una sección: Panorama Internacional. Llenaba blancas cuartillas con una bella letra menuda, con una magnífica estilográfica. Era de una puntualidad cronométrica.

Diódoro Danilo, el cronista social, una especie de eje necesario de la vida del gran mundo. Introdutor de modas, amable. En noviembre se inspiraba y la inspiración la sostenía hasta diciembre. Tenía una gran sensibilidad para el vientecillo alegre del penúltimo mes del año, para los signos que muestra la naturaleza cuando se acercan los días de la Navidad. Entonces la crónica social se engalanaba con páginas que nos leía, diariamente, emocionado.

En la crónica policial estuvieron Leoncio Pérez, Rafael Auffant y Ramón Marrero Aristy, y creo que no en este orden. Pérez era superviviente de la aventura del general Urbina que se inició en Curazao con la toma de un barco surto en el puerto bajo el dominio de la pequeña guarnición de la isla y que terminó en Venezuela en una gran desbandada por selvas y montañas. Pérez cayó prisionero, trabajó en las carreteras bajo el sol y finalmente pudo regresar al país.

Auffant era muy cuidadoso de los pormenores que anotaba en una libretita, escribía sin ripios, con claridad, sudando y sudando.

De Marrero hablo en otra parte. Echaba a correr la máquina de escribir y terminaba de los primeros y entonces se dedicaba a hablar, a contar cuentos, a discutir con Llovet, y cosa rara, a ganarle muchas veces.

Luis Miura era el Secretario del Director. Viejo amigo recibió siempre las colaboraciones, versos, cuentos, ensayos menores muy desmayados, antes de que yo entrara

al periódico. A Arturito ni lo conocía. Pegado siempre de su trabajo, meticoloso, le visitaban muchos amigos bullidosos que era necesario mandar a callar: bebedores, jugadores de beisbol, de basquet, nadadores, promotores de boxeo: era el encargado de la Sección de Deportes.

El Redactor de Noche era don Luis Padilla D'Onis a quien tenía frecuentemente que sustituir, cuando enfermaba. Gran conversador cuando teníamos alguna ocupación no había forma de soltársele, deseoso de que se le hiciera compañía.

Una mañana, antes de comenzar la obligación, de un tirón escribí *Canto triste a la patria bien amada*. Timidamente le pasé el poema, acabado de salir del horno, a Llovet. Lo leyó detenidamente, movió la cabeza para un lado y para otro, y mirándome por encima de los espejos, que se colocaba en la punta de la nariz, me dijo:

“Vas a pasar muchos trabajos... A los poetas no se les perdona que tengan talento...”

Era un elogio indudablemente, pero al hablar Llovet, me dió la impresión, de que se dirigía también a sí mismo. Había sido en España niño prodigio, el primer poeta joven de su generación. Adulado, ganador de los más altos concursos de poesía. Tenía publicados dos tomos de versos antes de llegar a los veinticinco. Y se fué a París. Trabajó con Garnier y las traducciones que hizo de Barbey D'Orevilly son insuperables y las que por el mundo de habla española todavía se leen. No han perdido frescura, están plenas de gracia.

Volvió a España. Fué secretario de Rafael “El Gallo” el gran torero andaluz. Estuvo en Venezuela. Se organizó una corrida en Maracay y unos minutos antes “El Gallo” vió un entierro o un gato negro cruzó por su camino. El caso fué que se negó a torear aterrorizado. Fueron

a parar a la cárcel. El público, casi todo venido de Caracas, aguardó en vano y cuando supo la nueva decidió linchar al torero. La policía temiendo por sus vidas los llevó a un lugar apartado. La huida fué larga y tremenda, a campo traviesa.

Estuvo en Bogotá, trabajó en *El Liberal*. Pusieron en escena obras de teatro suyas. Fué parte de la compañía que organizó Villaespesa, por puro accidente: él no era del grupo, pero el galán joven se les escabulló en Cádiz cuando venían a América. Llovet lo sustituyó, no tenía figura, cojeaba un poco, pero todo lo que le faltaba para ser atrayente físicamente le sobraba como declamador, por el ademán sobrio y adecuado, por la manera de matizar, de extraer el fondo sugerente de los parlamentos. Las obras que representaba la compañía eran, como se les llama, líricas.

Hay dos viajes a América seguros y un retorno que no puedo establecer.

En Bogotá se le encomendó una misión periodística en San Juan de Puerto Rico. Como era cerca luego tuvo a su cargo un reportaje sobre las elecciones que se efectuaron en el país cuando la lucha entre las candidaturas de Peynado y Vásquez. Ya se quedó. Casó luego con Elvira Fiuret.

La intelectualidad dominicana lo recibió con los brazos abiertos. Entró a ser parte del grupo de *La Opinión*, cuando la dirigía Abelardo R. Nanita y era revista. Recuerdo, porque lo he leído en viejos números que rodaban por casa, una entrevista que le hizo al doctor Arístides Fiallo Cabral, que tituló "En la gruta del diablo azul".

*La Opinión* era una publicación magnífica, llena de inquietud, que reflejó la vida y la literatura de un momento muy interesante. Después, no se cómo, pasó a ma-



nos de don René de Lepervanche y se convirtió en diárico. El proceso de la metamorfosis lo desconozco.

Llovet nos enseñó mucho, pero era un maestro áspero a quien, tragando mucha saliva, al fin nos acostumbramos. Nos guió, nos aconsejó. A su sombra protectora escribí todos los poemas que luego reuní en *Poemas de una sola Angustia* que publiqué en 1940.

Nos reuníamos por la tarde en la peña de *La Cafetera*, íbamos a *La Cueva*. Tomaba mucho café y fumaba incansablemente.

Perdió peso, los ojos brillantes, las manos calientes. Se le aguzó el ingenio, y se tornó mordaz. A él le gustaba discutir y poner al adversario entre la espada y la pared. Cuando el otro estaba a punto de rendirse, lo ví hacerlo muchas veces, le proponía cambiar de posición, es decir: él tomaba la del vencido y el vencido la del vencedor, para demostrar que es posible ganar, cuando se tiene cultura y armas dialécticas, en cualquier postura que uno se coloque.

Una tarde, como de costumbre, salimos juntos, a eso de las cinco y media. Le pedí que tomáramos por la Arzobispo Nouel en vez del ordinario camino de El Conde. Accedió después de preguntarme la razón. Tenía, le dije, una molestia en un brazo desde hacía días, y quería que el doctor Alejandro Capellán me viera. Posiblemente una urticaria, quizás sarna.

—Ponte lejos, hazme el favor, que éso es muy contagioso.

Capellán nos recibió. El consultorio a esas horas, cosa rara, estaba sin un alma. Pasamos dentro. Capellán me examinó el brazo con detenimiento. No era nada. Con una

simple pomada de azufre estaba resuelto el problema, que no existía desde luego.

—¿Y usted cómo se siente?

—Pues, muy bien.

—Sin embargo tiene las manos calientes. Acuéstese ahí y deje examinarlo.

Llovet protestó. Yo había venido porque necesitaba al médico y lo examinaban a él que era sencillamente un acompañante.

Capellán lo auscultó minuciosamente, le hizo un sin fin de preguntas.

Nos fuimos. Bebimos nuestro café, discutimos en *La Cueva* y cada quien para su casa.

Al otro día me llamó el doctor por teléfono. Era un caso grave, se había perdido mucho tiempo, pero algo se podía intentar. Era menester reposo absoluto, sobrealimentación y medicamentos. Al principio lo aceptó todo menos el reposo absoluto.

—No me quiero ir consumiendo como una vela. Tengo hijos, tengo deberes que cumplir. Yo no tengo derecho a recostarme de la familia, a convertirme en un molesto parásito. Necesito trabajar.

Hablé con su esposa, le rogué a Arturito y algo conseguí: Llovet se quedaría en su casa y yo haría el trabajo de los dos, el que me correspondía más el editorial y la corrección de cuanto se compusiera, mañana y tarde, en los linotipos. Lo último era lo más engorroso.

Lo visitaba con frecuencia. Criticaba los editoriales, o los alababa las menos veces.

—Comenzaste muy bien y a mitad de camino perdiste interés. Eso se ve claro...

Mejóro mucho, las mejillas, antes pálidas, se animaron con ligero rosado. Ganó peso. Se hacía grandes ilustro-

nes, para volver a caer en el pesimismo al paso que la enfermedad recrudecida se ensañaba contra él.

Comprendió que el fin se acercaba.

—Héctor, no dejes de venir por aquí. No tienes derecho a perderte el espectáculo de cómo sabe morir un castellano...

Llegaron los días de angustia, las largas noches de gravedad y de agonía. Se nos iba. El Padre Robles Tolentino le trajo el espiritual consuelo, se confesó. Mejoró un poco, aquella carne vencida se animó un tanto, tuvimos esperanzas, y se nos murió.

Escribí unas cuartillas apresuradas y ante la tierra que se tragaba a un buen amigo, a un amigo querido, las leí casi sin ver, anegados los ojos de lágrimas.





## LA NACION

El *Listín* se cerró en el 42. Escribí hasta el último editorial y me quedé casi sin empleo. Peña Batlle me llevó a trabajar con él en su bufete, más tarde fui nombrado Director del Boletín de la Cámara de Diputados. De allí pasé al Departamento de Cultura de la Secretaría de Educación a cuyo frente estaba don Telésforo R. Calderón, generoso, entusiasta, comprensivo.

Me lancé a dramatizar, para la radio, la novela *Enriquillo* y como no tenía experiencia, como no podía cronometrar los parlamentos, dividirla en capítulos que terminaran siempre en un punto interesante, me cansé y lo dejé.

Escribí fichas para diccionarios enciclopédicos, reorganicé, malamente, la publicación periódica de la Secretaría.

Y pasé a *La Nación* como editorialista y Jefe de Redacción. Gilberto Sánchez Lustrino, designado Director del periódico, gran amigo de Peña Batlle, quería reavivar el diario, crear nuevas secciones, hacerlo más interesante para el público, que fuera un espejo de nuestra cultura, que colaboraran en él los mejores escritores, y lo consiguió. Fué una época brillante y un buen éxito de Sánchez Lustrino. Conversador, ingenioso, a veces mordaz. Le gus-

taba hacer frases y una vez hechas no medía las consecuencias. Perdió amigos por eso.

Ya andaba por \$210.00 de sueldo.

Se trabajaba mucho, apenas dormía. Salíamos a las dos o las tres de la madrugada y a las nueve ya estaba en mi escritorio.

Con nosotros trabajaron Marrero Aristy, cuyos reportajes eran magníficos, llenos de vida y de color.

Rafael Herrera Cabral, Bobea Billini, Arturo Calventi, Max Uribe, Agustín Concepción que había trabajado con mi padre en *El Esfuerzo* en Barahona. Entonces era muy joven y estaba perdidamente enamorado de una muchacha cuyo retrato colocaba en la cabecera de la cama que cubría con gruesos cartones y a quien dedicaba todos sus versos.

Linval, que tenía la sección deportiva, luego allí mismo Tafneli. Sánchez Lustrino lo llamaba Taftalí. Barbosa Aquino, el héroe de doña Lola lo llamábamos. Tuvo a su cargo uno de los crímenes más sonados de entonces y todo el proceso que se le siguió a los culpables. La circulación del periódico casi se duplicó. El día en que se publicó la sentencia, que nos mataba la gallina de los huevos de oro, frente al periódico una muchedumbre, sí una muchedumbre, arrancaba la edición de las manos de los prensistas.

Sánchez Lustrino se fué para San Francisco de California como parte de la Delegación que asistió al nacimiento de la Carta de las Naciones Unidas, y regresó enfermo, quebrada la color, delgado, sin los bríos y el espíritu punzante que lo caracterizaba. Se nos fué de las manos cuando todavía no nos habíamos repuesto de la sorpresa que su estado nos produjo.

Nombraron en su lugar al licenciado Manuel Amiama, a Cundo. Nos unían ciertos lazos familiares: su esposa, Belén, es prima mía.

Sostuvo el tono del periódico, nos enseñó mucho, porque era periodista experimentado. Nos aconsejó. Con una vena fácil de escritor que jamás cae en superficialidades. Conocía muy bien la sociedad en que vivíamos, los intrínsecos de la política. Condujo el diario con firmeza y con reposo.

Aprendí mucho con él, por las noches, en las largas veladas en que esperábamos solamente que fueran subiendo las pruebas de página. Con un dominio absoluto del Derecho Administrativo, culto, observador, le oíamos aprovechando las lecciones, las enseñanzas.

A veces venían Francisco Prats Ramírez y Juan Francisco Sánchez a hacernos compañía. Prats es un periodista magnífico, un escritor lleno de fuerza. Sus frases, sus epítetos, son tajantes. Sánchez tenía una decidida vocación filosófica y era muy entendido en materia artística, y entonces las conversaciones ganaban en la temática, diremos.

El aire, confinado en la Dirección, en donde Cundo quiso que yo también pusiera mi escritorio, era pesado, caliente. De abajo, por la estrecha escalera, subían bamboleándose los bocinazos de los autos, el rechinar de las llantas en el pavimento en los frenazos, los pregones de los vendedores de billetes, la vida, y nosotros habla que te habla, entre prueba y prueba, leyendo las noticias sensacionales que nos traía el telegrafista, contestando llamadas telefónicas del interior o de la ciudad misma, dormida, y que sólo se agitaba en la calle en que estábamos, la Avenida Mella, y en la próxima esquina en donde se inicia la Avenida José Trujillo Valdez, llena de trasnochadores, de obreros cuyo turno termina a esa hora y de obreros cu-

yo turno se iniciaría dentro de un rato. Mujeres de pronunciados movimientos al caminar, el policía, el vendedor de naranjas que debe ser pariente de algún ave nocturna, los que saciaban su apetito o su hambre en los bulliciosos restaurantes, adonde íbamos a veces en pos de pescados fritos a satisfacer algún antojo, muchas veces por requerimiento de la hora. Zapatos amarillos, negros, blancos; ordinarios o finos; calle arriba, apresurados unos, lentos otros. Zapatos estropeados o nuevos, calle abajo, con mucha prisa o sin ninguna que volvían al punto de partida lentamente, tropezando un poco, vacilantes.

Participaban de las pláticas con que matábamos los anchos minutos de la espera Rafael Herrera, con su desflecado puro sin fuego entre los dientes, Puro Benítez que pertenecía al mundo que siempre nos pareció lejano de los correctores, Malagón empeñado en aprender alemán, estudiando Derecho y ajedrez entre prueba y prueba; el doctor Carlos Curiel, encargado de la sección extranjera, limpio traductor del inglés; Tony Bernad el caricaturista del periódico; los fotograbadores, los hermanos Amiama, con sus espejuelos de buzo sobre la frente, asomados a la puerta oyendo.

Bobea Billini también es primo mío. Desciende de Epifanio Billini que se radicó en La Vega, hermano de mi abuela. Era hombre que se las traía sin levantar mucho revuelo a su redor.

He aquí una leyenda: el Gobierno supo, no recuerdo en qué año, que en Baní se estaba preparando una revolución. Don Alejandro Woss y Gil era Ministro de la Guerra. Mandó a ensillar un caballo y completamente solo quiso adelantarse a los acontecimientos.

Desmontó en mi casa. Al sudado caballo lo llevaron al patio. Acercaron las mecedoras él y Epifanio. Woss y

Gil tenía su Winchester al alcance de la mano. Hablaban bajo. Nadie sabía de qué. De cuando en cuando uno de ellos se asomaba a la ventana, como si esperaran a alguien.

De pronto apareció un hermoso caballero, el rojo pañuelo de seda que llevaba anudado al cuello flotando en el viento.

Se levantaron, uno de los dos tomó el rifle y cuando estuvo frente a la ventana sonó un disparo. El caballo se encabritó. El jinete había tirado de las riendas, herido en la cabeza. La tensión se aflojó, la muerte estaba cerca, y el caballo inició un nervioso galope, calle abajo, llevando su carga agonizante. Se sostenía vacilante como un borracho, pero no perdió los estribos.

Woss y Gil se fué al patio. Había un caballo fresco. Lo montó de un salto. Estrechó la mano de Epifanio en silencio y partió.

Ya no habría revolución. Le habían matado el alma al movimiento.

Esta es la leyenda. No se cuándo la oí. Es posible hasta que yo la haya inventado en días muy lejanos y que a fuerza de repetirla, como otras mentiras, hoy crea que es verdad no absoluta porque tengo mis vacilaciones, pero verdad al fin.



## LA OPINION

Me puse contentísimo cuando me nombraron Director de *La Opinión*. Era llegar a la culminación de la carrera, o un poco menos, pues parece que el pináculo está ocupado por los que publican sus propios periódicos, pero en fin ganaba más de \$300.00 y me llené de ilusiones.

Tan pronto como puse un pie en la cubierta me di cuenta de que el barco que se me confiaba estaba haciendo agua. No me desalenté y quise comprobar que me había equivocado. Tenía a mi lado a don Manuel Valldeperes, excelente periodista catalán, hombre de fino espíritu que me sirvió mucho de contrapeso en mis exaltaciones.

El personal era escaso y no se le podía exigir más porque los salarios, por la misma crisis del periódico, habían tenido que ser recortados. Se sostenía más que por la publicidad que llegaba por la que se buscaba, por las suscripciones, por lo que producía el taller de remiendos al fin y al cabo de la misma empresa, unidos por vasos comunicantes.

Todo camino que se emprendía se cerraba con unas palabras: más dinero. Don Abelardo Nanita, desencantado, era el Presidente de la Compañía editora, pensó en convertirlo en una revista, en hacerlo volver sobre sus propios pasos, pero se levantaba el escollo tremendo de la necesidad de una inversión muy grande: prensas nue-

vas, un taller de fotograbado, obreros especializados, dibujantes, traductores, matrices para las linotipos, qué se yo...

Un terremoto nos hizo levantar cabeza. Se cubrió la información rápidamente. Los aviones que debían arrojar alimentos, ropas y medicamentos en la zona incomunicada por el desastre, llevaron al fotógrafo. Dos redactores partieron unas horas después del primer terrible sismo. Entrevistaron a las autoridades, a los damnificados. Los reportes, durante una semana, se recibían por teléfono. Trabajó poniendo el alma en el empeño José Escalante y como en los días gloriosos de doña Lola la calle se llenaba de gente impaciente que aguardaba la edición.

Y volvimos a caer en el hoyo. No había forma de que el diario saliera a su hora. El desgano, la apatía, hacían presas en los talleres hasta dar casi la impresión de sabotaje.

Las pérdidas aumentaban. Las provincias no respondían: se enviaba el periódico y el dinero no venía. Los agentes se excusaban. Se les cambiaba y la situación era la misma. Nos interesaba circular, que es atractivo para el anunciante, y teníamos que cruzarnos de brazos desesperados.

Una gran campaña mejoró momentáneamente la situación, pero teníamos la impresión de que era engañoso. Volvíamos hacia abajo.

Descorazonado, un día, puse en manos de Valdeperes las riendas del periódico y me senté en la máquina. Escribí un largo informe a la Junta de Accionistas, describi crudamente los defectos que era menester corregir, las debilidades: poco papel, pedidos hechos tardíamente, acabándose las matrices, sin material a tiempo para los foto-



grabados, la paulatina disminución del número de redactores.

Llamé a Abelardito y se lo mostré. Se puso las manos en la cabeza, desalentado, y se dió cuenta de que aquello en cierto modo podía representar el definitivo puntillazo para la publicación.

En esos días hablé con el Presidente Trujillo, a raíz de mi regreso de un viaje a La Habana y me preguntó si yo quería ser parte de nuestra Misión en Cuba. Le dije que sí. Pasaron los días, el periódico languidecía cada vez más, insalvable.

A principios de mayo me llamó el Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Arturo Despradel, y me comunicó que el Presidente de la República me había designado Primer Secretario de la Legación en La Habana, me dió consejos, le expliqué mi situación familiar: Candida estaba encinta y no podría ir inmediatamente. Sólo faltaban dos meses para que mis hijos terminaron su año escolar, y no era justo que lo perdieran. Le pedí que le hiciera llegar todos los meses la mitad de mi sueldo a los míos y que se me situara la otra mitad.

Partí. Ya en La Habana supe que la empresa había sido adquirida por mi primo Mario Fermín Cabral, propietario también, entonces, de *La Nación*. A los pocos días el periódico dejó de aparecer. Sentí una gran tristeza como si algo muy mío se hubiera perdido definitivamente en la noche, oscura y larga, de la muerte.



## CONGRESOS DE PRENSA —1943—

La Delegación dominicana al II Congreso de Prensa que se reunió en 1943 en La Habana estuvo integrada por Emilio Rodríguez Demorizi, Juan Bautista Lamarche, Ramón Marrero Aristy y yo.

Era mi primer viaje al extranjero. Nos hospedamos en el "Hotel Royal Palm". El chófer de la Embajada, Luis Báez, nos miró de arriba abajo. Todos vestíamos de oscuro. Los otros por costumbre, yo tenía lo que los viejos llaman luto de percha: poca ropa y ropa oscura, sufrida.

—Ustedes parecen unos catarrones... Hay que buscar ropa clara.

Nos avergonzamos y aunque estaba en nuestros planes hacernos de unos trajes adecuados al clima, apresuramos las compras.

Los que no han viajado o los que sólo lo han hecho por placer no se imaginan cómo se ven, de fuera, los intereses del país, cómo se defiende su Gobierno, lo que se empeña uno en desvirtuar éso que ahí van dejando, en escritos y en conversaciones, cuantos lo combaten sin otra razón que sus pasiones y desatinos.

El panorama que teníamos por delante no era nada tranquilizador. El Congreso iba a ser aprovechado por los pequeños grupos de exilados que residían en México, en la misma Cuba, en Nueva York.

Muchos no eran periodistas de profesión, pero se las arreglaron para traer credenciales en orden que no podíamos impugnar a pesar de que todos estaban en el secreto: no los atraía la reunión por cuanto podría salir de ella benéfico para la prensa y para los hombres que en ella trabajaban en la América toda. Los movía un simple interés político, de partido, bastardo. Venían en pos de condenaciones y de escándalo.

Bosch estuvo a visitarnos, con aire soberanamente protector, pero sin olvidar que en el grupo había personas con quienes estuvo unido por vínculos de vieja amistad.

Le invitamos a cenar con nosotros, una noche en que también nos acompañó don Ramiro Guerra. Hasta donde fué posible guardamos las formas, pero discutimos largamente con él.

Un buen día nos dejó una carta. Nosotros al regresar se la contestamos. Andan por ahí en un folleto titulado *Dos cartas para la Historia*.

Entramos en conversaciones con el grupo de exiliados dominicanos. A veces las entrevistas eran borrascosas, pero a la larga conseguimos, en contra de su interés, en contra del propósito mismo de su viaje a Cuba, me refiero desde luego los que habían venido de otra parte, una especie de tregua que comprendía los días que iba a durar el Congreso. Habíamos ganado el primer round.

Una de las sesiones plenarias debía celebrarse en Ceiba del Agua, en el Instituto Politécnico, en el hermoso teatro que tienen allí los alumnos.

Fuí al bar, era cantina abierta, y me encontré con un periodista centroamericano enemigo del Presidente de su país y aliado de todas las oposiciones, las que fueren, de América.

El mismo me lo dijo: sabía que los dominicanos habían llegado a un arreglo con nosotros y en vista de esto él presentaría en la sesión una moción contra la Delegación dominicana, en parte, y en parte contra el Gobierno de nuestro país.

Aquello no me lució bien. Era, me parecía, la intrusión de un extraño en problemas que sólo a los dominicanos nos tocaba ventilar. Quise convencerlo que aquello no era asunto suyo y que nada lo autorizaba a tomar partido.

Se alzó de hombros y no cedió un ápice. Bebíamos ron puro, muy buen ron, y nuestra conversación fue subiendo de tono, pero en un bar una discusión acalorada es lo más natural del mundo. Nadie se fijaba en nosotros.

—Bien, le dije. Tú presentas la moción y yo estaré a tu lado. Desde que mientes a Trujillo te responderé con un ataque personal y la sesión se terminaría como el rosario de la aurora.

Un poco estupefacto me respondió:

—No, Incháustegui, usted es una persona educada y no hará eso.

—Lo he pensado y lo haré. Mientras tanto sigamos bebiendo nuestros tragos.

Bebíamos y hablábamos, seguíamos discutiendo. En éso se nos acercó Marrero Aristy y me preguntó al oído:

—¿Qué pasa? Desde lejos oía tu voz de catarrón acatarrado. ¿Estás peleando?

—El, le respondí, va a presentar una moción, la moción que los exiliados han convenido en retirar y yo le he dicho que me voy a sentar a su lado y desde que mencione a Trujillo le doy una bofetada para que se acabe la sesión.

Marrero me miró un tanto extraño, sonrió y fué a comunicarle a Rodríguez Demorizi y a Lamarche lo que estaba ocurriendo. Vinieron y yo seguí en mis trece: si había alusión, mención, habría bofetada, o empujón, en fin, habría lío y la sesión tendría que terminarse. El no tiene derecho a inmiscuirse en lo nuestro. La sangre se me había subido a la cabeza. Seguíamos bebiendo, él y yo, solos. Llegó la hora de empezar los trabajos y yo no me le quitaba de al lado.

Por fin, con una sonrisa de simpatía, comprensivamente me dijo:

—Está bien, no hay moción.

Sonriendo siempre —y en aquel momento aprendí a quererle, a apreciarle como amigo, porque lo hacía no por temor sino por simpatía— rompió la moción.

Le eché un brazo sobre los hombros y nos fuimos al teatro. Nos sentamos juntos.

Pocos días después hicimos un viaje a la Estación Experimental de Tabaco de San Juan y Martínez. Fuimos y vinimos en tren.

El había entrado a formar, en cierto modo, parte de nuestro grupo. No se qué mosca le picó, pero cuando íbamos nos dijo que él estaba obligado, precisado, a volver sobre la moción.

Había que buscar un nuevo procedimiento para impedirselo y yo me sentía desautorizado a emplear el que tan útil me había sido en Ceiba del Agua.

Marrero y yo, somos o éramos porque yo he perdido mucho hábito, terribles ante una botella, de lo que fuere. A él le gustaba beber. Nos propusimos, pero sin engaños, en buena lid, vencerlo, anularlo sencillamente bebiendo, enborrachándolo.

En un vagón íbamos con el Comandante Coyula que se deleitaba con los cuentos de Marrero y con cuya amistad me honré hasta la hora triste de su muerte.

Compramos ron. Bebimos en la comida que se nos ofreció a mediodía, y a pesar de las fuertes libaciones seguía tan campante, pero al pasar por un pueblecito en que se detuvo el tren compramos guayabita, una bebida dulce, de guayaba, y resolvimos beber la mixtura.

No hacíamos trampa ni había necesidad. Trago contra trago.

Coyula nos ponía en guardia. Era una bebida suave, aparentemente inocente, pero traicionera. "Se van a jalar si siguen". Con todo respeto seguimos, todo el largo camino, haciendo más frecuentes las visitas a la botella al paso que nos acercábamos a La Habana. Casi al llegar se iniciaba la otra plenaria.

Por fin estábamos en la estación. El, sentado, no daba la impresión de estar sufriendo ya los efectos que nosotros aguardábamos y que temíamos si nos tocaban.

Al levantarse tambaleó, sonreído. Se sujetó un poco de las paredes del vagón y echó a andar, estereotipada la sonrisa. Iba delante de nosotros, después de Coyula quien abría la marcha en razón de su proceridad y de sus años.

La escalerilla era alta y él no debió calcular bien. Bajó de golpe y cayó sobre el pie doblado y siguió hacia tierra con un rictus de dolor. Lo examinamos, asustados. Fractura o lujación sería. Hubo que llevarlo a curar yo no sé en dónde y no pudo asistir a la reunión. A mí me oían las manos, el aliento, la piel toda, a guayabita. Me subía del estómago el gusto dulzón y el perfume acre de la fruta.

Habíamos ganado la otra batalla.





## AZUA

A mi padre lo designaron Juez de Instrucción de Azua. Nos trasladamos todos allí. Vivíamos en una casa cuyo patio da a la parte trasera de la iglesia parroquial. Una gran acacia, frutales, enredaderas.

El paisaje azuano era una versión magnificada del paisaje de mi pueblo natal. En vez del valle de Peravia encajonado entre las montañas y el Cerro una planicie enorme, seca, amarillo pálido a pedazos, a pedazos cenizosa. Las mismas cabras, los mismos cactus, idéntica guasábata, que es una cactácea espinosa y no bulla de indios como dice solamente el Diccionario.

Los ríos sin agua, el cauce polvoriento de los arroyos, y el milagro verde, rojo, azul, crémor detonante, de los patios. Azua tenía acueducto y cada quien se esmeraba en aprovechar cada pedacito de la urbana tierra. Y no solamente por la galanura de las flores, en pos de una sombra piadosa que defendiera de un sol inmisericorde. Junto a los *rabos de gato* escarlata, allí en donde arrancaban hacia arriba los coralillos rosados, el maíz de recio tallo, la tímida mata de frijol, la hoja grande, suave, dulce de la rastrera batata, las bombillas moradas de las berenjenas.

Azua me enseñó que nuestra tierra es ancha: desde Resolí, entre los altos pajonales que ascienden hacia las

nubes, las secas llanuras de La Plena, el suave declive de las tierras que van hacia Puerto Viejo, el bosque de bayahondas que acaba en la playa.

Conocí los pájaros oscuros de hábitos nocturnos que alguna vez asoman sus grandes ojos indignados en la entrada de sus cuevas, las verdes barranqueras: voladoras motas de esmeralda, toda la gama de las rolas, el cernícalo de ojo limpio y criminal, las palomas que sólo tienen tiempo para el amor.

El cielo era alto, muy alto. Los azules se desteñían en la fuerte luz y de pronto, a la hora del Angelus, cuando las campanas de la Iglesia llamaban a oración, Poniente se ensangrentaba mientras el sol rápidamente se hundía en un charco bermellón y oro.

En vez de ir a la escuela, muy pocas veces es cierto, seguíamos hasta la playa distante. Observábamos el trabajo de los carpinteros que remendaban los vientres de los barquichuelos echados en la playa como cetáceos muertos. Disfrutábamos de un agua que nos parecía deliciosa por contraste con el caldeado ambiente. Corríamos como locos, gritando, sobre la suave arena que nos quemaba los pies.

Llegaba la hora del almuerzo. La caminata, las carreras, el baño, el viento fuerte, el yodo del aire, abrían demasiado un apetito que no necesitaba mucho para estar siempre de par en par.

Nos acercábamos tristes, desnudos, con los ojos bajos a donde los carpinteros preparaban su pobre yantar: batatas asadas, arenques ahumados que ponían sobre las brasas de una pequeña hoguera, plátanos verdes metidos cerca del fuego debajo de la arena.

Rezongaban al principio, hablaban mal de los niños que no van a la escuela y de los padres que lo permiten.

pero finalmente, sin mirarnos, nos hacían compartir la comida.

A la sombra escasa de los barquitos varados descansábamos. La tarde se apresuraba en pasar como si alguien, travieso, acelerara el tic-tac de todos los relojes del mundo. Había que regresar y entonces era cuando empezábamos a tener conciencia de nuestro pecado. Los más avisados sabían conjuros para que los padres no azoten, para que se perdonen las culpas a los niños. Tomábamos unas hojas, debían ser tiernas, de bayahonda y decíamos serios, llenos de ilusión las palabras mágicas. Al llegar la enunciación del castigo y dormir con las asentaderas calientes.

Entonces conocí, en la escuela, otros dos Héctores: Héctor Díaz y Héctor B. de Castro Noboa, poetas ambos.

Héctor Díaz además de hacer versos componía música popular, boleros sentimentales y algún merengue que todavía se toca. Alma romántica y bohemia pasó por la vida cantando, con su guitarra, sus amigos, penas que inventaba y penas que tenía.

Locutor en una radio organizó una hora, sí, sentimental. Recitaba con una voz grave, de hombre, con una cierta áspera ternura, con un fondo de suave música, o acompañándose él mismo con la guitarra.

Trasnochador impenitente, firme bebedor, generoso y pobre. Era siempre el centro, el resorte de grupos de nocharnegos que cantaban serenatas, que a la madrugada descubrían seguro puerto en el Hospedaje, doquiera una puerta abierta lanzara sobre la calle su saludo de luz.

Y se lo llevó la muerte un día, creo que lejos de la tierra que quiso tanto, sin oír las canciones que tanto le gustaban, sin cantar imaginarios fracasos amorosos, las venidas en puntillas de la muerte, el polvo gris de los caminos.

Castro Noboa era el reverso. Formal, serio, estudioso. Lo perdí de vista durante largos años. Andaba por La Vega, por las provincias de la Frontera.

Mucho más formado que Díaz, con mayor dominio de la técnica, culto, fino, no permitió que las Musas, que ahogaron a Díaz entre sus dulces brazos, lo arrastraran a las santas tonterías de la vida, sin ser ese muchacho modelo que todos los padres miran suspirando.

Cuidadoso y pulcro en sus versos se refleja su personalidad, su espiritualidad, y entre uno y otro, aunque sea menester ahondar un poco hay ciertos perfiles comunes, un decidido aire azuano, porque el azuano tiene recia individualidad, un estilo inconfundible.

En Azua mis ojos se abrieron a la naturaleza, a la vida que tenía por delante y cuya presencia no habían advertido ni los sentidos ni el corazón.

Hábitos de limpieza, la amistad respetuosa, el aprecio por los que saben y por todos los que sienten, afán de perfección, virtudes que se compaginan con la alta dignidad de la pobreza, los vi allí, quizás hubiera podido verlos también en Baní, pero mis ojos no estaban preparados.

## BARAHONA

Después mi padre fué trasladado a Barahona. Los muebles fueron embarcados. Nosotros tomamos, por tierra, el camino.

Había llovido mucho y el Yaque del Sur, que es río que no se las anda con bromas, terroso, crecido terriblemente, nos salió al camino con su sordo rugido.

Contrató mi padre una canoa: un tronco ahuecado con fuego y azuela, y tres hombres. El chofer se quedó en el auto aguardando tres yuntas de bueyes que salieron a buscar por ahí, aunque teníamos la sensación de que era un sencillo negocio y que aquello de reunir las yuntas no era más que un pretexto para cobrar más.

Quitaron algunas cosas del motor, metieron unos trapos empapados en aceite o en gasolina, abrieron las cuatro puertas para que el agua pasara por dentro y la fuerza de la corriente no lo volcara y uncido con cadenas a los bueyes pasó lentamente.

Nos metimos en la canoa, mi padre, mi madre, mis hermanos pequeños y yo. En medio del río los hombres que iban desnudos de cintura arriba y que gobernaban la embarcación con canaleta o remo, le imprimieron violentos movimientos que hicieron gritar miedosos a los niños.

Mi padre, rojo de ira, sacó el revólver:



—Si vuelven a hacer éso les meto una bala en la cabeza.

Seguimos adelante como si el río fuera un manso lago de aceite.

En Barahona descubrí el mar, las montañas y todo lo que ocultan en su seno.

Por las mañanas el oscuro zafiro de las aguas y lejos el azul añil de El Curro con su tizosa cenefa. Las playas de blanca arena de Punta Inglesa, los acogedores cocales de La Saladilla, la variación de los colores, de las aguas y de las tierras lejanas, con los cambios del sol.

Fuí al Batoruco. Conocí de cerca los cafetales, aprendí a gustar del guineo verde salcochado, las delicias del pan viejo, la gama de sabores de las carnes saladas en casa de Juan Guiliani. Dormí, por vez primera, arrebujado en una frazada gruesa, perseguíamos, por entre las yerbas empapadas de rocío, los mulos de la recua, los caballos de silla, con los Cuello y con Juan.

Presencí las sanas, y a mí me lo parecieron entonces, y eran inocentes, tremendas bacanales de los cursos propietarios de los cafetales del contorno: en el fondo de una gran pila de cemento cuadrado bajaron un ataúd. Hacía rato que bebían, cantando, cerveza que se enfriaba entre las piedras de un arroyito que por allí pasaba.

Uno había llegado a ese grado de la borrachera en que no se puede estar ni en pie ni despierto. Lo colocaron dentro del ataúd. Los otros, vestidos con negros trajes que les prestaron las mujeres de los peones, empezaron una salmodia con velas en las manos dando vueltas, lentamente, alrededor del ataúd. De cuando en cuando uno abandonaba el círculo, se agachaba, agarraba una botella y bebía para volver a su puesto. Aquello se hizo largo y nos mandaron a acostar.

Tuve pesadilla esa noche.

Con un grupo de amigos fundé un semanario que dirigí. Nada menos que *Partenón*. Lo hacíamos mi hermano Sixto y yo en la imprenta de mi papá que editaba un diario *El Esfuerzo*.

El amor me clavó su espina deleitosa, escribía versos a escondidas y leía furiosamente. Pedimos toda la Colección de las Grandes Novelas de Sopena. Una vez leídas las vendíamos para encargarnos más.

A las doce de la noche mi madre entraba al aposento y nos apagaba la luz.

—Mañana hay que ir a la escuela.

Mi hermano Sixto y yo nos quedábamos quietos. La puerta se cerraba. Los pasos se iban apagando, y ya seguros de que mi madre se había acostado volvíamos a encender la luz y leíamos hasta la madrugada.

Empecé a tener fiebres, a vomitar. Paludismo. A veces, en plena clase —mi compañero de banco era Ramón Marrero Aristy— sentía los escalofríos, pedía permiso a la maestra y salía corriendo hacia la playa que estaba, nada más calle por medio, junto a unos cocoteros pelados por el viento y por las pedradas.

Me echaba al agua, me calmaba un poco, pero luego venía, ola de fuego, la fiebre.

Hubo que mandarme a Baní. No valieron ni las pícaras amargas ni las inyecciones.

Regresé a Baní un poco derrotado pero muy orgulloso de mi primer traje de casimir, inglés, que mi padre me compró para apagar un poco la pena de la despedida. Me dió, además, dos monedas, americanas, de cincuenta centavos. Me sentía rico, pero al llegar a Baní sólo encontré una. Lloraba y buscaba, lloraba y me sentía profundamente desgraciado hasta que di con ella: el bolsillo

no estaba bien cosido, como es frecuente en la ropa hecha y se había colado hacia abajo, pero allí estaba entre la tela propiamente dicha y el forro. Suspiré, le pedí la bendición a mi abuela y a mi tía y sin cenar dormí como un bendito.



## PEDRO RENE Y MARGARITA CONTIN AYBAR

La llegada a Barahona de mi hermano Joaquín Marino y de Pedro René Contin Aybar, que estudiaban juntos, constituyó un gran acontecimiento familiar. Lo que nadie pudo suponer es que aquello saltaría de una vez las fronteras de lo doméstico.

Trajeron vaselina en el pelo, los pantalones muy anchos y el mal hábito de visitar a las muchachas hasta pasadas las diez de la noche. Por la vaselina, por los pantalones y por lo prolongado de las visitas gente y prensa los criticó duramente.

Pedrito ayudó a su parienta Manuela Aybar que dirigía una escuela, precisamente en la que yo estaba. Nos enseñó Gramática y Composición.

Con él aprendí, dolorosamente, que al comenzar a escribir hay que dejar un espacio libre entre el margen y la primera palabra.

Nos mandó a la pizarra a Elisa y a mí. Dictó algo, sin decirnos con qué fin. Se levantó y midió parsimoniosamente el espacio vacío. A mí siempre me pareció igual pero él decretó que ella había ganado. Por las noches la visitaba, siempre buscando ocasión para estar con ella.

Nos levantábamos temprano. Le gustaba el espectáculo espléndido de los amaneceres de Barahona. La va-

riación de luces sobre el mar cambiante. Al fondo de la bahía de aguas verdiazules la mole pesadota de El Curro, azulenco, pelado. Abajo, la blanca cenefa de los arrecifes.

Ibamos a Punta Inglesa por las calles vacías azotadas por un vientecillo alegre. Alguna estrella demorada quemaba tristemente sus últimos oros en el cielo.

Se sentaba bajo los cocoteros de la playa sobre la suave arena mientras yo me adelantaba un poco para ver de más cerca y sin que me vieran las muchachas que a esa hora se bañaban desnudas en el mar.

A él le debo mi primer gacetilla de periódico: *Las ventajas del anuncio*.

Había llevado la Kodak con que se arma todo turista que se respete. Alguien le preguntó si también las películas las había traído.

—No. Leí en *El Esfuerzo* que en la botica de Tutí hay.

La gacetilla se publicó en *El Partenón*. Lo único que hice fué contar lo sucedido.

Organizó veladas en el teatro, expediciones a las playas y a la montaña, incansable.

Cuando regresaron dejaron un gran vacío que desapareció cuando nos trasladamos definitivamente a la capital.

Visitaba a Pedrito en la casona de su familia de la calle Duarte. No era más que un amigo que hacía versos a escondidas y que buscaba compañía y estímulo, y ahora no se qué clase de estímulo ya que no confesé sino muy tarde mi afición. Me atreví a mostrarle algo de lo que hacía: un libro que nunca se publicó: *Candita* y sobre el cual Pedrito escribió en el *Listín Diario*. Desde entonces como poeta soy nada más que una invención suya, y éso me honra.

Los años, para los que difieren en edad, van acercando. Yo dejaba de ser el niño que fuí; él cada vez era menos, para mí, el joven elegante y aristocrático que siempre ha sido, pese al tiempo. Eramos amigos. Poetas. Oía las grabaciones musicales con que se deleitaba. Lo leí con cuidado y al poeta siempre lo tuve en gran estima. Sus versos, en donde nada se descuida, son de una gran ternura. Sus palabras vuelven al principio, al punto lleno de vida en que nacieron. Se entregan plenas como si su lenguaje no fuera el de todos los días, pero sin causar extrañeza, como si el prodigio del arte las hubiera creado ante nuestros ojos con materiales llenos de nobleza cuya presencia no habíamos advertido antes y que estaban al alcance de las manos.

*Biel* es para mí uno de sus más hermosos libros. Parece imposible que un idioma como el nuestro de difícil musicalidad cuando se le escribe en prosa puedan lograrse esas frases aterciopeladas, y que al mismo tiempo se diga mucho y bien cargada la entrelínea.

Mis visitas eran muy frecuentes. Conocí a doña Mercedes, su mamá, a don Ibo, el padre en su retiro laborioso, fabricando sellos gomígrafos; a sus hermanas Gladys y Margarita.

Gladys tiene la mejor risa del mundo. Una de esas risas que a cuantos son incapaces de estar alegres molesta, algo así como un insulto a la tristeza y a la disconformidad.

Margarita era más callada, aunque no mucho. Tenía mayor interés por la literatura. No se cómo me enteré un día de que recitaba. Nunca pude oírla.

Una noche dictó Pedrito una conferencia en el Ateneo y se anunció que las ilustraciones las haría Margarita. Hablaría sobre poesía dominicana.

Charlista ameno, fácil, brillante, atrae siempre mucho público que disfruta de lo principal y de lo accesorio: alfilerazos para cuantos considera intrusos en el Parnaso, palos para los que se han defendido de sus alusiones tirando piedras.

El hombre es un ser egoísta y su memoria, que es parte muy suya, igualmente. No recuerdo sino esto:

Margarita empezó a recitar mi *Canto triste a la patria bien amada*. Tenía el pecho apretado y una sensación de vergüenza y temor. Me pareció que estaba mareada. Hacía mucho calor. El aire espeso, cargado de perfumes, agradables y menos agradables.

Llegaban hasta mí las palabras, claras, pero no eran mis palabras, no eran aquéllos mis versos. ¿Cómo podrían serlo? La gente, la que estaba cerca, principió a levantarse poco a poco. Me sentía cada vez peor, aquel movimiento lento del público vino a confirmármelo. La costumbre es oír sentado. No se levantaban. Quizás yo los veía como no estaban.

*las aves de corral son pluma y canto apenas*

La gente seguía levantándose. Se me nublaron los ojos. Ahora su voz llegaba hasta mí más triste o más dulce, tremendamente expresiva.

Un aplauso me sacó de mi dolorosa situación. Todos aplaudían de pie, frenéticamente. ¿Por qué? no me lo explicaba. Alguien me llamó por mi nombre, una y otra vez. Una persona me tomó del brazo y yo le dejé hacer. Seguían los aplausos. Caminamos con dificultad por entre el gentío. Me hicieron subir a la tarima. Arreciaron los aplausos. Me metí las manos en los bolsillos, me rasqué la cabeza. Se oyeron entre los aplausos risas y risillas. Me pasé la mano por la cara. Saqué las llaves del bolsillo y

quise volver a mi lugar. Algunos me abrazaron. Si hubiera podido llorar me habría hecho mucho bien.

Aquella noche comprendí que podía comunicarme con los hombres. Hasta entonces había sabido que era capaz de expresarme.

Un músico escribe y sabe lo que ha soñado cuando se oye en la orquesta o en un instrumento. Un poeta escribe y sólo sabrá lo que vale, o lo que no vale, cuando se oye en la voz ajena.

Margarita había sido mi orquesta, el eco magnificado, engrandecido, de mi propia palabra. Yo no tengo con qué pagarle.



MANUEL A. PEÑA BATLLE —primera parte—  
(1920-1952)

Probablemente por allá por los años del 20, Peña Batlle iba con mucha frecuencia a Baní. Por breves días o a pasar temporadas relativamente largas.

Para mi hermano Sixto y para mí las llegadas de Chilo, siempre lo llamé así como todos sus amigos, constituían un acontecimiento importante: nos daba diez centavos a cada uno.

Cuando le echábamos mano al dinero ya no nos importaba mucho. Lo dejábamos en manos de los mayores y salíamos de correría, ricos, importantes.

En esa época vivíamos frente al parque, en la Casa de Piedra. *Ecos del Valle* había alcanzado estabilidad y fuerza. Junto al periódico crecía un buen negocio de impresos comerciales. Peña Batlle, para emplear las horas vacías de la mañana, a veces por la tarde, escribía gacetillas, hablaba largamente con mi padre, unidos por una serie de ideas comunes, por un mismo espíritu, por una simpatía cordial.

Después nos fuimos de nuevo a la capital. Las buenas épocas en mi casa están subrayadas por los distintos establecimientos en la capital, las malas por una retirada hacia Baní.

Cuando vivíamos en San Carlos le veía de tarde en tarde, un poco de lejos. Era un joven abogado brillante, un intelectual fogueado en las cívicas luchas contra la Ocupación del país por las tropas de los Estados Unidos, con la autoridad de haber publicado serios estudios, por su dedicación y competencia en materia fronteriza, quiero decir, de los problemas jurídicos y de orden práctico de la Frontera con Haití. Estudioso de nuestra historia se le reconocían méritos de investigador, certeza en los juicios, solidez en las conclusiones.

Una mala temporada, la de los dulces de guayaba, me acercó un poco a él. Cada vez que nos faltaba lo necesario tomaba un libro, de los buenos, empastado, y se lo llevaba. Recibía unos pesos en cambio, posiblemente más de los que valía la obra.

A veces conversaba un poco conmigo, ya en su oficina, ya en la casa de familia, muy cerca de la mía, en la calle Trinitaria.

Empezamos a salir juntos por las noches, a reunirnos en un lugar determinado, siempre a la misma hora. Me convertí casi en su sombra nocturna, eso sí, en una especie de sombra disidente, discutidora y reacia a dejarse conducir. Y eso le divertía. Fui un poco el agua regia que servía para probar sus propias ideas ya que, por razones de formación y por la fuerza de la edad, éramos de dos generaciones cercanas pero distintas, en muchas materias teníamos ideas encontradas, las mías, en historia nacional por ejemplo, un tanto vagas y románticas, las suyas sólidamente pensadas y establecidas.

Presencí, del principio al fin, todo el proceso de la consolidación de su pensamiento, y quizás sin él quererlo, sin yo presentirlo al final la distancia de los criterios se acertó, en muchísimos casos dejó de existir.



Para él Báez y Santana constituían los dos puntales esenciales de la nacionalidad y del fortalecimiento del Estado dominicano, pese a la propia trayectoria de uno y de otro. Báez era el sentido administrativo en manos del político, Santana el baluarte contra la deshispanización.

Acostumbrado a las condenaciones de los textos de historia, sin conocer profundamente el papel que cada uno de ellos había desempeñado, me negaba a aceptar. Yo creo en Los Trinitarios, sobre todo en Duarte. El solo hecho de que se tratara de hombres de extracción intelectual, de soñadores que habían levantado, creado, una conciencia de la nacionalidad, me subyugaba. Peña Batlle objetaba que esa conciencia del 44 no hubiera sido posible sin la prueba de Santana, que demostró que el país podía bastarse y defenderse a sí mismo; sin la tarea de Báez. Aquí me quedaba un poco en tinieblas.

A mí siempre me ha parecido que el momento que se escogió para proclamar la Independencia era una obra de videntes y de personas que conocían, en pormenor, la situación interna de Haití, sus recursos, el espíritu, el pensamiento rector del vecino Estado. Cualquier otro momento, sin la alianza de la anarquía, sin el apoyo de las serias convulsiones haitianas, hubiera sido peligroso e inútil.

Pero él iba a lo suyo: a lo español!, a todo lo que perdimos por tratar de emanciparnos prematuramente, en el 21, y de independizarnos sin poder aspirar a los indispensables atributos de soberanía y sin cohesión social. Eso era lo que faltaba, cohesión social, la que han tenido y usufructuado otros países de América, porque, era su modo de ver, los continuos éxodos, debidos a la pobreza de la tierra; y el pasar de manos de España a manos de Haití, de Haití a Francia, de Francia al caos y otra vez a Haití, de Haití a la República, de la República a

la Anexión, de la Anexión a los Restauradores y de los Restauradores a las Guerras Civiles, nos arruinaron, impidiendo que atesoráramos hombres. Cada cambio traía consigo disgustos, desarraigos, imposibilidad de permanecer. Y citaba con tristeza toda la noble sangre, las grandes familias, los ilustres apellidos que perdimos, las mentes que se nos fueron, las experiencias y estudios que naufragaban.

Pero a pesar de todo, él lo reconocía, las tradiciones soterradas volvían a salir a la superficie, y florecían. Tenía una gran fe en nuestro pueblo, en sus secretas fuerzas, en su capacidad de absorber golpes, de rehacerse, como se lograba con Trujillo.

Y junto a lo español, era la obligada consecuencia: la Iglesia. Se lamentaba de la frialdad del culto, de no estar presente en los programas políticos, de la apatía de los cleros de los pasados siglos que no pudieron levantar cabeza ni en los días brillantes de un Meriño, y recordaba con nostalgia aquel Obispo, Confesor del Rey, luchando a brazo partido contra el Gobernador Osorio para impedir que la Banda Norte fuera devastada para evitar el comercio entre los nuestros y los piratas, principalmente piratas, que infestaban el Caribe y el Atlántico por encima del arco de las Antillas.

En *Las devastaciones del 1605 y 1606* demostró que el mayor daño que se le había podido infligir a La Española lo había recibido de manos de Osorio y todos los males que vinieron después, hasta la pérdida de la parte de la isla que hoy es la República de Haití. Los ingresos que percibían los nuestros traficando, dejaron de recibirse. Se acabó el mercado para el ganado, para las pieles, para las maderas tintóreas, para el producto de los sembrados. Con un solo puerto habilitado para el co-

mercio con España, sin caminos para llevar las mercancías, sin contar con los servicios siquiera de una pequeña flota de buques de cabotaje, el español o se fué a Santo Domingo para convertirse en un parásito o tomó pasaje para cualquier otra parte de América menos desfavorecida.

Y el tanto pasar de mano en mano nos había impedido además formar equipos de hombres capaces, con autoridad, con la cabeza bien puesta en su sitio. Al irse los mejores, que era lo que desgraciadamente ocurría porque los mejores tenían medios de fortuna, no se pudo formar una aristocracia dirigente, intelectual y económicamente capaz, y sin aristocracia, sin gente que tuviese intereses reales que defender e ideas que aplicar, era natural que el país y su Gobierno cayeran en manos de la pobreza intelectual, a veces rapaz, de segundos inseguros, salvo una que otra excepción que nada serio pudo hacer.

Lo de la Iglesia lo iba argumentando con razones muy actuales: las mujeres que se salían del buen camino, en una proporción muy grande, me decía, son jóvenes divorciadas. Matrimonios hechos precipitadamente que se disolvían de la noche a la mañana. Y las víctimas no eran solamente las mujeres abandonadas en una condición propicia para el halago, la conquista, de la alcahuetería siempre en acecho de carne fresca, sino los hijos tenidos y la familia, la familia que es la piedra angular de la sociedad a nuestro estilo. Si entramos a la vida independiente sin aristocracia y se permitía que las familias carecieran de estabilidad el porvenir era negro y por éso se pronunció valientemente contra el divorcio fácil, contra todas las brechas por donde se puede salir del matrimonio como quien sale de un parque porque está lloviznando.

Sólo la Iglesia podía poner coto, la Iglesia y la Ley, a un estado que él consideraba casi de disolución. "Exactamente lo que está haciendo Trujillo"; decía.

Su otro tema, para quedarnos nada más que en lo importante, era Haití. Dos pueblos que comparten el dominio de una isla no les queda más camino que conocerse bien él uno al otro. Ellos tenían toda una literatura histórica dominicana, nosotros apenas unos esbozos. Para informarnos teníamos que pedir datos a Madiou. Era menester que los dominicanos pensáramos más en el vecino Estado, en sus instituciones, en los cambios de su legislación de tierras, en su pensamiento político.

Lecturas, conversaciones, búsquedas, reflexiones, durante años estuvieron encaminadas a ofrecernos la obra que él juzgaba necesaria. Sólo dos capítulos dejó escritos. Comenzó demasiado tarde cuando ya se oían, por los vacíos corredores del tiempo, los pasos quedos de la muerte.

Nos reuníamos, todos los domingos, en su casa de campo, en *Cachimán*. Hasta el nombre viene de esa preocupación que tenía por Haití.

Luis Florén, Aníbal Alfonseca, él y yo, durante años. Por la mañana se discutía, se bromeaba. La comida la traían de un restaurante o de su casa. El hacía la siesta en una hamaca, Florén curioseaba por la gran biblioteca, Aníbal dormía por cualquier parte y yo descabezaba un sueñito en una mecedora. Después café y discusiones, conversaciones largas que acababan cuando moría la tarde.

Me obligó, juro que casi me obligó, a escribir el prólogo de su obra *Transformaciones del Pensamiento Político* y ya desaparecido la familia me encargó el de *El Estado haitiano*, de los dos capítulos únicos de que hablado. El último lo escribí en Quito, enfermo; escribía

un párrafo y tenía que volver a la cama con el corazón en la boca, como se dice, agotado por la altura, con un desequilibrio funcional de la principal víscera del cuerpo. Eso quizás explique su pobre tono, la ausencia de santa pasión, lo desmejorado del estilo, lo endeble del plan.



## PEÑA BATLLE —segunda parte—

Pero no todo era Historia, Sociología y seriedad en nuestras relaciones. Corrimos, curiosos, algunas aventurillas sin importancia. Hacíamos un turismo nocturno por los barrios apartados, con los ojos abiertos a las realidades profundas porque Peña Batlle odiaba la superficialidad. Observábamos, pulsábamos.

Acorazaba su timidez, aunque muchos no lo crean fué un hombre tímido, detrás de muchas malas palabras. Generoso se ocultaba, al hacer el bien, al socorrer, detrás de una cortina de humo de burla. Limpio de corazón hacía chistes de los que no le querían bien, muchas veces para manifestar preocupaciones que no sentía, animadversiones que jamás calaron hondo en él.

Todo hombre defiende su verdadero ser. Nadie se quiere dejar sorprender en debilidades, ni mostrar los nervios sensibles a flor de piel, y el que no sigue la regla está perdido. Noble, altruísta, franco, con franqueza que a veces hería; leal, honrado, se vió obligado, por imperativos de su propio carácter a esconder la bella zona vulnerable que se abría en su corazón. Los que no le conocían al principio le temían, pero todos, unos antes y otros después, se daban cuenta de que detrás de aquella muralla de palabras fuertes florecían virtudes que por su número no era muy fácil reunir.

Para mí fué consejero, amigo, estímulo. En una época yo sólo tenía un traje, un traje negro del que quizás se hable en otra parte de este libro. Una noche pasábamos frente a la vitrina de una sastrería conocida. Imperturbable un maniquí mostraba, un bello, bellissimo traje de casimir gris claro.

Se detuvo. Lo miró con ojo experto y se volvió hacia mí.

—¿Como cuánto costará?

—No sé. Treinta pesos quizás.

A fuerza de no comprar ropa yo no tenía idea de lo que podía valer un traje de esa calidad.

Se apoyó en el bastón, levantó la cabeza para mirarme por con los cristales inferiores de los lentes bifocales.

—Hace unos días las cosas nos están saliendo mal, a ti y a mí. He pensado que a lo mejor ese “panó prieto” que tienes nos azara...

Hizo una parada, tomó aire, posiblemente porque quería hacerme la oferta sin herirme. Por fin, vencíéndose, continuó:

—Ven mañana y dile que te lo den y que me lo pongan en mi cuenta... Si es más de treinta pesos no, porque entonces yo sería... un tonto.

Desde luego su vocabulario era más fuerte. Esas dos últimas palabras eran la cortina de humo que he hablado, la muralla china con que rodeaba su sensibilidad, el escudo, el huerto sellado en que escondía las virtudes.

Por supuesto al otro día, temprano, fuí a la sastrería. El traje costaba cuarenta pesos. Yo puse los diez que faltaban con expreso encargo de que no lo supiera. No lo supo jamás. Le acortaron las mangas y pude, a los dos o tres días, no contribuir con mi atuendo a que nos fueran mal las cosas.





Viajábamos juntos. Fuimos a San Pedro de Macorís, a Santiago, a Baní, a Ocoa, a Matanzas.

Fuí reuniendo sin decírselo los poemas que escribía en esa época, generalmente inspirados en personas, paisajes, situaciones, que habíamos visto los dos.

Los edité y a él están dedicados: *De vida temporal*.

En Santiago nos hospedamos en el Hotel Mercedes, en la misma habitación. Al día siguiente me echó porque, decía, yo crujía los dientes mientras dormía. Yo le dije que me alegraba muchísimo porque en realidad con sus ronquidos no había podido pegar los ojos, y era cierto.

Pero aquellos viajes no eran más que un pretexto para seguir el diálogo, para no interrumpirlo. Caía sobre mí con nuevos datos históricos, me reseñaba, diremos así, lecturas, me describía sus preocupaciones o reflexiones.

Se fué a Puerto Príncipe como Embajador y me invitó a pasar una breve temporada a su lado, y de nuevo las discusiones, los libros fundamentales que había encontrado en la Biblioteca de los Hermanos Cristianos, la importancia de Boyer.

Y al final, cuando se acercaba la hora de comer, en el momento de irnos a dormir, en habitaciones separadas desde aquel crujir de dientes nocturno, me aseguraba lo mismo.

—Tú ves todo lo que sé de Haití y todo lo que sé que no sé, bueno, es poco, en la República Dominicana sólo hay uno que entiende el problema y que lo ha resuelto: Trujillo.



## DIOS (1930-1957)

Nací al mundo de las altas preocupaciones cuando el Positivismo había doblado ya la esquina con sus inútiles exactitudes, pero en mi horizonte se anunciaba, como un amanecer desagradable, el materialista que traía, séquito bullicioso, una espléndida cola roja de triunfos.

Había desaparecido el sedimento catequístico. Recibido en días lejanos, cuando la reflexión no podía fijarlo, sin volver a él, sin reforzarlo, envidiaba la fe sencilla de Candita, la fe ilustrada de mis hijos educados en colegios católicos norteamericanos, la fe consoladora de mi abuela que tenía siempre a Dios detrás de una puerta: en una mano el racimo de los premios y en la otra, la dura vara de los castigos.

El miedo, el terror de la realidad, me hizo volver corriendo de la duda a refugiarme en los Santos, pero pasada la causa regresaba inseguro como antes.

Yo no sentía a Dios, sentí Su vacío, veía desocupado su trono, porque en mi mundo Dios no estaba presupuesto. Para mí era un requerimiento, lo buscaba ejerciendo un angustioso derecho de necesidad.

La piedra clave estaba ausente, inseguro el edificio de mi vida, falsa la solidez que necesitaba. Santo Tomás, San Agustín, me ayudaron un poco pero no me convencieron. Dios seguía ausente en mí. No lo negaba pero El

no se hacía presente. Traté de engañarme, de rellenar el terrible hueco con artificios, pero cuando me quedaba solo, cuando la noche se echaba sobre mí con su sombra y su silencio volvía los ojos y allí estaba. Su ausencia, la angustia de una orfandad profunda.

El descreimiento no me atraía. Tenía urgencia de Dios y Dios no hizo caso de mi pena. Me lancé a buscar, desesperado, en las viejas religiones orientales y regresé de la aventura más triste y más solo. Mi alma no estaba hecha para los ciimas espirituales que probablemente preparaban al hombre para el estatismo y el olvido.

Era, ahora lo pienso, como el Pueblo Judío, inventor del Dios que nos defiende del caos primigenio y de la duda absoluta. Rodeado por politeísmos, los dioses numerosos y menores que llegan a uno en la lectura de los viejos clásicos, siempre atrayentes, mi alma buscaba un procedimiento para reducir las deidades a Dios y darle función, categoría, preeminencia.

Me zambullí en Chesterton, para que fuera un laico el que condujera mis pasos; en Maritain, en Unamuno, y descubrí a Kierkegaard, pero su Dios imperioso no encontraba el sitio exacto de mi corazón, en donde tenía que reinar.

Volví a los Padres de la Iglesia y sentí, junto a la seguridad de su pensamiento, en sus certezas, un fondo ingenuo, primitivo, y, cosa absurda, desde lo hondo, en un movimiento anacrónico, le reprochaba que no pudieran rebatir los argumentos que después de ellos esgrimió el Enemigo.

Hay católicos libre pensadores, yo era un católico en duda permanente. La tradición y los temores serios me mantenían dentro del seno de la Iglesia, como el que va al templo por obligación y una vez allí se entretiene con

las luces púrpura, esmeralda, color de girasol, que se cuelan suaves por los vitrales policromos; con la pompa del Altar y de los Oficiantes, con los coros de voces bien timbradas, con el escote condenado de las damas elegantes, las caras apenas adivinables bajo el encaje primoroso de las finas mantillas.

En medio de las ceremonias, en los momentos más solemnes, cuando suenan las campanillas y el humo del incienso velaba con un azul cenizoso la magia del Sacrificio, me asaltaban pensamientos sucios, irreverentes. La carne evocaba la carne, imaginaba escabrosas situaciones y lo tremendo: sabía que las tentaciones eran también un camino hacia Dios, que el Dios que buscaba estaba debajo del fango de las visiones torturadoras, porque yo quería sacudírmelas y Dios toda bondad en aquellos minutos trágicos, agónicos, me volvía a la paz y a la pureza, en la voz del sacerdote desde el púlpito, en los humildes relatos de los Apóstoles, en el empeño rector de las Epístolas.

Dios tenía que ser creación mía, experiencia mía. Ya que El no venía hacia mí yo iría hacia El y lo haría ocupar el sitio vacío. No podía pasármelas sin El, era menester que rigiera mi mundo en donde Su ausencia causaba estragos.

San Juan de la Cruz, el poeta, y San Juan de la Cruz, el místico, me ayudaron mucho. Lo inefable de su pensamiento me ganó, la seguridad de su fe me fué llevando a mi propia seguridad.

Se cree en lo absurdo, en lo que no tiene demostración, en todo aquello que es huerto vedado a la razón y a la lógica. Y reeleí, desesperado, a Renán. Al humanizar a Jesús lo acercaba, lo hacía más mío. Cuando hace de los Apóstoles personajes de la historia, los pone a mi lado. Al reducirlos a hombres casi ignorantes, pero arma-

dos de una fe y de un amor ardientes, me los puso en las manos para que me convencieran y un nuevo tono hallé en los Evangelios.

Venía, al reencontrar a Renán, de haberme hundido en Job y en Abraham. De la insubordinación y de la paciencia, de la conciencia de que Dios ha de ser aliado y no enemigo, a la fe sin vacilaciones, que éso para mí era Job y éso Abraham para mí.

Tenía a Dios, nunca me había abandonado, pero no había sentido sus goces, jamás me había dado motivo para cantar sus alabanzas desinteresadamente. La sensación de su existencia me venía por los caminos que conducen al abandono, por los que llevan a las tierras en donde el hombre siempre estará solo. Se me acercaba para proclamar Su despego, para hacer patente el distanciamiento a que me tenía sometido.

Me sentí tentado a ponerme exigente como Job, a reprocharle Su indiferencia, a culparle de sordera ante mi ruego, de echarle en cara lo ciego que era conmigo cuyo abatimiento no le dolía, un abatimiento que era más doloroso porque jamás a nadie conté lo que pasaba en mí, en vergonzante lucha. Cuando se muestra el corazón, cuando las intimidades se exhiben, cuando se comparte una inquietud grande, el pecho se desahoga, porque la confesión purga, y yo me negaba, sin razonar, a expulsar por medios artificiales lo que presentía era, con sus molestias, sus sudores, el camino de la Verdad y de la Vida.

Y Dios poco a poco se fué aposentando en mis días. Venía a Su trono, se sentaba, volvía a irse. Creí descubrir el medio de atraerlo, de serle grato, de obligarme a no volver a dejarme solo, de poder retornar a los días de la infancia en que siempre estuvo conmigo, en las reconven-  
ciones de mi abuela, en los relatos piadosos de mi tía.



Escribí *Las Insulas Extrañas*, me liberé de mis convulsiones, sané de la duda, me purifiqué no en las aguas del asco, de la náusea, de la angustia, de la desesperación, sino en la certeza y en el seno de la Iglesia, de donde no me pudieron echar ni los demonios de la tentación con sus deleitosas visiones, ni el Diabolo saltador de la incertidumbre con su pila de libros, con su programa exacto de demostraciones irrefutables.

La lucha duró años. No podría precisar con exactitud cuando comenzó y mucho menos el día en que cesó. Cuando el cielo se me nubla, cuando la vida deja de ser dócil, cuando los sucesos son adversos, tengo un firme clavo para agarrarme: rezo, rezo lo único que recuerdo de los primeros días de mi ingreso a la Fe cuando veía el Misterio palpable como monaguillo en la Iglesia de mi pueblo. Rezo un Padrenuestro, y todas las oraciones, las invocaciones todas, una por una las razones del hombre, salen sobrando, no las necesito, no tienen nada que hacer en mi comunicación con las Alturas, porque el Dios que extrañaba, al que tanto pedí que no me dejara solo, jamás había dejado de estar en mi corazón. Lo que estuvo vacío no era Su trono, era el receptáculo de mi fe, seca la fuente de la esperanza, distantes las aguas vivas de la caridad, y San Pablo me lo enseñó: ahí en la caridad debía ponerse el acento de la existencia profunda porque las ciencias son vanas y cuando todo termine de una vez, cuando ya no quede nada, bastará que haya caridad para que Dios subsista por los siglos de los siglos.





## DIOS (segunda parte)

Pero yo no quería a Dios sujeto al extremo de un silogismo, como un pescado todavía coleando enganchado por las agallas al anzuelo. Ni al Dios que se atraviesa con una demostración: mariposa muerta que apaga sus colores y va a parar a la vitrinita junto a otras víctimas que una vez volaron engalanando las sendas abandonadas, manchas amarillas, azules, negras, grises, sobre la verde pradera.

No me atraía el inflexible Dios de los protestantes, y a pesar de ello oí a los predicadores, los coros, las exégesis que no eran de mi Iglesia.

Estudié a Hegel, a Kant, a Descartes, inútilmente. Corriente arriba me fuí a los precursores: a los griegos, los fragmentos que nos quedaban, las interpretaciones. Una vez creía que Plotino me lo entregaba, sentí el olor de la Verdad, y se volvió a escapar. Platón me lo anunció y yo me hacía ilusiones que al cerrar la última página de su último libro se desvanecieron.

Leí a los místicos españoles, poderosos, afirmativos, y nada. A Vives y a Raimundo Lull pedí luces, y me las negaron. A veces tenía como un presentimiento, premoniciones, y de nuevo la ola de la duda me envolvía. Quería sacudirme de la sombra que nacía de mí, de la sombra que por dentro me mordía, y me entregaba a los trágicos

griegos, a las viejas epopeyas hispanas, al trueno de Hugo, a Dante, a Ariosto, a *La Naturaleza de las Cosas*, y Dios me recordaba que yo no lo tenía. Desechaba su llamado, leía a Shakespeare, a Goethe, y volvía a la fuente: Tirso, Calderón de la Barca. Allí estaba Dios, junto a los hombres, como en los clásicos tiempos moviéndolos con el hilo de su interés, como a los héroes de Homero, pero mucho más discretamente, sin dejar, muchísimas veces, que se supiera de antemano el partido que había tomado. Era menester aguardar el desenlace, la hora del reparto de los premios, cuando el malo recibe su palo y el bueno el ansiado beso de la dama joven o de la boca sin labios de la muerte.

Conocí el Quevedo de *La política de Dios*, devoré a Fray Luis de León. *De los nombres de Cristo* me pareció un bello libro ingenioso, quiero decir escrito por un sabio que sabe muy bien el terreno que pisa y conoce las Escrituras, las viejas lenguas perinclitadas y el idioma que habla. Quevedo mezclaba demasiada tierra con la información sagrada. Se le veía el plumero al político que ha tenido sus alzas y sus bajas, para acabar mundo abajo aprisionado por un derrumbe que él mismo había provocado, en una cataclismo del cual era, cuando menos, uno de los culpables.

Vino la avalancha de las traducciones del alemán de la *Revista de Occidente*. Aguardada cada publicación, seguía el curso de los anuncios de las nuevas. Ortega y Gasset me seducía en las *Notas*, *La Rebelión de las Masas*, *España Invertebrada*, inconclusa, sobre todo en *El Espectador*. Sus estudios de biografía profunda. Me pareció un escritor brillante con un estilo atrayente como un hermoso abismo, pero me volvía a Unamuno. Su acento desgarrado estaba más cerca de mi grito que no pude profe-

rir nunca, que nadie oyó, que nadie adivinó y que me quemaba por dentro como una acedia del alma.

Leía ya por leer, enviciado. Sin orden ni concierto. Como el borracho se prende de su botella intoxicado. Vomitaba, como el glotón, para poder seguir comiendo. Me pasaba las noches en claro, sin que nadie pudiera percatarse de mi insomnio. Cada vez tenía más cuidado de no mostrar mis entrañas laceradas a los ojos de los míos de los amigos que tenían tranquilo a su Dios en el altar, a los que poco importaba su presencia o su ausencia, a los que se dejaban llevar mansamente por la cómoda corriente de la costumbre. Yo envidiaba su ecuanimidad y los compadecía, tenían a Dios y no lo gozaban, no le preguntaban nada, no le exigían nada.

De tarde en tarde oía los pasos, quedos, del viejo Dios de la casa materna, que no tenía que estar presente en la alegría porque pocos se acordaban de El, pero que jamás dejó de llegar en los negros días de angustia, con las enfermedades, los accidentes, la sequía larga y los aguaceros interminables. Oía sus pasos y era dulce cerrar los ojos y esperarlo y terrible quedar de nuevo sordo, volver a la ceguera, retornar a la incertidumbre.



## LA MUJER DEL CHINO

Al atardecer, en esa hora triste, en esa hora otoñal del día, cuando del cielo baja una pesadumbre que hace recordar, pero recordar sin palabras y sin formas, la pobreza del mundo, los dolores inconfesos y desconocidos, el hambre de la carne fatigada y el hambre de los espíritus insatisfechos, me reunía con Franklin Mieses Burgos.

Trasnochador impenitente se levantaba y almorzaba tarde. Sus largas y continuas desveladas, sus discusiones interminables en *El Gato Negro*, sus recorridos en coche de caballos en compañía de Pedro Rosell, lo rodeaban de un aura un tanto diabólica y otro poco mística, no sé por qué.

Muy afeitado, empolvado y perfumado como una mujer ligera de cascos, la expresión es suya y por respeto le he cortado un poco las aristas; fumando los cigarrillos que su hermano *Lelé* desechaba porque eran demasiado blandos o demasiados duros, no recuerdo bien, y que yo compartía, iniciábamos una peregrinación que duró meses y que yo no sé ni cómo se iniciaron ni tampoco en el preciso momento en que ya no las hicimos.

Estábamos enamorados, los dos, de la mujer de un chino que tenía un cafetincito en un lugar que es prudente no decir en dónde se halla. Era bella, con una belleza triste y resignada. Tranquila, callada, limpia.

El chino, hierático detrás del mostrador, guiaba sus pasos con una mirada opaca. Era muchísimo más viejo que ella, flaco, enigmático. Jamás le oímos pronunciar una palabra.

Ella nos servía. Casi nunca había nadie en el establecimiento a esa hora. Pasaban, por la acera, gente despreocupada y ruidosa. Mujeres de cerrado luto. El elegante que después de cerciorarse de que nadie le está viendo se toma la solapa y huele complacido el rojo clavel con que se adorna. Niños en ruidosos patines que casi nos sacaban de nuestro sueño, de nuestro embeleso, de nuestro secreto amor.

Ese amor fué algo así como una aspiración paralela, para usar una frase cara a los psicólogos y con la cual se designa la reverencia y el amor sin egoísmos de los religiosos, porque en el fondo tenía mucho de adoración a un símbolo, de oración que se dice en común.

Nuestros centavos nunca fueron muchos y alguna vez tan escasos que teníamos que cambiar el consumo. Por lo general era una botella de cerveza y dos tacitas de café que bebíamos no sé en qué orden, si la cerveza primero o el café antes. Los días malos sólo café.

El chino, paciente, soportaba nuestra demora, la forma lenta en que consumíamos aquellos pretextos para estar mirando a su mujer, tan ignorante como él de nuestro amor, de que habíamos convertido aquellas cuatro mesas, las sillas y el aparador sin pretensiones, en una especie de templo.

Le escribí unos versos. Franklin consiguió que Panchitín Sanabria los publicara en *Nuevo Diario*, el periódico que dirigía su papá. Creo que fueron los primeros versos míos que tuvieron el honor del papel y de la tinta de imprenta.

No los recuerdo. Deben haberse perdido como otros tantos. Me parece que terminaban así:

*“En los mares oscuros  
de sus profundas ojeras de cera  
bogaban las horas, ya muertas”.*

Pero cera oscura. Campesino, tenía de la cera, de su color, un conocimiento distinto del urbano. En la ciudad la cera se lava y adquiere un tono mate de ámbar. En Bani la cera que había visto, desde el momento en que se descastran las colmenas hasta cuando convertidas en unas grandes tortas se preparan para la exportación, era oscura, barro sucio, y así eran también las velas que vendían en los humildes ventorrillos, colgadas en mazos. Velas que acompañaban las oraciones ardientes, velas que abrían el camino del otro mundo, con su luz vacilante, con su penachito de humo espeso, a los pobres muertos.





## LOS POETAS REALES

Franklin me dió la noticia, jubiloso: seríamos los Poetas Reales, los encargados de cantar la gracia y la belleza de María Estela Pereyra, Reina de unas fiestas del Club Unión. Me sentí orgulloso y cobarde. Franklin tenía un dominio absoluto de las formas, colocaba los acentos impecablemente. Oído fino y vocabulario que le permitía lograr ricas rimas, pensamientos nuevos. Mi lira sólo ha tenido cuerdas gruesas, como si todas fueran bordones. Mi canto, grave, no se podía prestar, sin tener que caer en horrendas falsedades, eso me pareció, a halagar las orejas de hombres y mujeres revueltos por la alegría, la música, las serpentinas, los confetti y los gentiles tubitos de cloretilo o aguas perfumadas.

Néstor Contín Aybar y Osvaldo Bazil completaban el cuarteto lírico.

Pasado el primer momento, repuesto de la sorpresa, deseando hacerlo y con el temor de no quedar bien, le comuniqué a Franklin mis dudas. Se rió: mejor así, los versos nuevos ya era tiempo de que también fueran a las fiestas grandes.

Busqué, dolorosamente, los más delicados tonos de mi canto. Escribía y rompía, para volver a empezar. Trabajaba febril, sintiendo que una multitud, difícil de complacer, acostumbrada a otros metros y a otras palabras,

ni siquiera ponía atención en lo que iba yo leyendo: me había propuesto leer para evitar una mala partida de la memoria. Al fin hice algo que, cuando menos, me tranquilizó. Corrí a casa de Franklin. Aguardé impaciente hasta que, solemne y sonreído, apareció dentro de su bata de oro.

Sin rodeos le leí lo que había escrito. A él le pareció muy bien, muy adecuado. Le di las gracias y me contuvo:

—Se me había olvidado decir una cosa: hay que ir de smoking. . .

—¿De qué? —pregunté azorado.

—De smoking. Nosotros vamos a leer nuestros poemas en el baile de coronación y todos van de smoking.

—Yo no tengo, Franklin. Eso es peor que tener que escribir y que leer el poema.

Y se lo decía sinceramente, tristemente, con la convicción de que ya sí no podría ser Poeta Real.

—No te apures, voy a ver quién tiene uno que te sirva, aunque como eres chiquito no va a ser fácil.

Se buscó inútilmente el smoking. Nos reuníamos y pensábamos en muchachos más o menos de mi tamaño. Al indagar siempre ocurría lo mismo: no tenían.

Vino a sacarnos de apuros Rafael Rodríguez Peguero, *Puchito*, la autoridad máxima en materia de vestir de nuestros amigos íntimos. Consejero oportuno, indicaba sastre y precio, cuando alguno recibía un traje del padre, o del hermano mayor, para adecuarlo.

Mi único traje, negro, se prestaba a las mil maravillas para transformarlo en un smoking. Él iba a hacer lo mismo con uno azul oscuro que tenía para poder ir al baile, que entonces me pareció que acaparaba todas las conversaciones de la ciudad.

Compramos una vara de brillante tela negra. Se forrarián las solapas. Adquirimos, un poco verduscos ya, unos cordones femeninos que en su oportunidad coseríamos en la parte externa de los pantalones. Mis arreglos, como no tenía otro traje, debían de ser a la última hora.

Otro problema: la camisa. Entonces era pecado llevar, como hoy se suele y tan cómodo resulta, botones parecidos o iguales a los que se llevan todos los días. Lo de las alforzas, por la fuerza de la circunstancia, hubo que descontarlo.

*Puchito* se fué por los lados de la Atarazana a buscar lo que él consideró como la mejor solución: mancuernas redondas, pequeñas. Se le quitarían los botones a la camisa y cada mitad serviría de botonadura. Todo salió bien, previo un almidonado extraordinario de las camisas, que él dirigió concienzudamente.

Franklin recitó sus versos, yo leí los míos, dulcemente mareado por el ambiente cargado de perfume, de risas, de cortesías. Nos aplaudieron, nos abrazaron y nos llevaron a la Mesa Real en donde, libres del compromiso, sin acordarnos de lo que teníamos puesto, importándonos poco la molestia que me causaba en la piel del pecho la puntita de las desarmadas mancuernas, nos emborrachamos elegantemente, con sidra, en muy buena compañía, ingeniosos e importantes.



## EN POESIA (1928-1957)

Hice mi entrada al mundo de los versos por el camino del romance, con sus altos castillos aferrados de las altas piedras, gallardetes, moros nobles y fieros, decapitaciones, lanzas y espadas, cabalgar incansablemente, sitiar plazas testarudas, y mucho amor, mucho amor y mucho odio por todas partes.

Mi oído se acostumbró, pronto, al dulce martilleo de los acentos, a las voces raras, a los giros duros, a la gracia sencilla y a los grandes artificios.

Para librarme de esa influencia, precoz y profunda, he tenido que luchar a brazo partido. Me persigue hasta en la prosa, la hallo, solapada, hasta en los títulos que escojo y que al cabo desecho.

Lo primero que escribí, perdido no sé donde ni cuándo, fueron nada menos que *Romances infantiles que no para niños*, que yo tenía el buen cuidado de no dar a conocer a nadie.

De ese ejercicio inicial, sombras de lecturas de mi tía, salté a unos tétricos ensayos que finalmente me parecieron muy malos, y por mi mano perecieron.

En *Candita*, título de una colección de poemas que reuní en una especie de libro que yo mismo escribí a máquina, sudando mucho porque, pésimo mecanografista, aspiré a que fuera una edición pulcra.

Había publicado cuentos, pequeños relatos, posiblemente nada en verso.

Se lo llevé a Contín Aybar, como quien comete un pecado y lo confiesa. Le dejé el pequeño tomo, empastado en cartón y que a mí entonces me lucía muy elegante.

Y cuál no sería mi sorpresa cuando leí, en una edición dominical del *Listín*, una bella, hermosa, maravillosa, —lo que diga es poco tratando de describir la satisfacción que me produjo leer aquellas líneas llenas de generosidad— apreciación espiritual que tituló *Candita, un bello libro iluminado de patria*.

Tenía en las manos un boleto para la inmortalidad, puerta franca a la consideración de todos, el pergamino con el título más digno para entrar, sin miedo, a los altos círculos de los poetas, del Arte. Todo lo que diga es pálido junto a mi alegría, a mi vanidad, a mi orgullo.

Desde entonces Contín Aybar ha sido mi guía, mi consejero. Nos ha costado caro porque en más de una ocasión le han echado en cara que yo soy una invención suya, un producto más de su imaginación, un poeta artificial puesto en la senda, y estorbando desde luego, que tienen que recorrer todos los que compraron pasajes para el Parnaso.

El se defiende con razones, yo no: lo acepto. Quedé armado caballero por su espaldarazo. No velé mis armas junto a él pero en toda mi obra, de cerca o de lejos, ha tenido que ver, y toda la responsabilidad de lo bueno que pudiera haber hay que anotársela, todo lo malo se puede poner en mi haber.

Pero, ¿cómo había yo podido saltar de los romances moriscos de Góngora; del Duque de Rivas, del Romancero del Cid, de las traducciones de MacFerson, a *Candita*, porque los otros dos pasos, Romanceros Infantiles

y la poesía tétrica, fueron pasos perdidos, brazadas en la nada?

Mi padre amaba los versos y me amó en silencio porque yo era poeta. Todas sus debilidades, debilidades de hombre serio y de poco hablar con nosotros, que éramos sencillamente unos mocosos, fueron casi para mí, sin que esto signifique que en su corazón no cupieran amor para mis otros hermanos, y amor hacia mi madre.

Repetía, cuando estaba contento y cuando suponía que nadie le oía, poemas de Valentín Giró: la encantadora fugitiva atravesaba grácil su mente; o de Ramón Emilio Jiménez, ganado por la belleza sencilla y la factura limpia. Montañas cubiertas de arrebol se levantaban en sus mejores horas, las mismas que se elevaban en los cantos de los escolares, y él fué siempre maestro y hombre de sensibilidad.

A mí me perdieron, para el verso tradicional, para poder seguir la línea familiar de poetas que se inicia no sé cuándo y que alcanza su más alto puesto con Fabio Fiallo Cabral, pasando por *Cachimbolas* de Eulogio Cabral; un tanto detenida, sinuosa, en mi tío Aquiles que prefirió la musa civil de las décimas políticas, o de mi tío Melchor, pasado con armas y bagajes a Selgas y a Bécquer, a mí me perdieron Moreno Jimenes y Vigil Díaz.

En la biblioteca de papá me topé con el uno y con el otro. Descubrí en ellos el paisaje que me rodeaba, la voz humilde de mi gente, más en Moreno que en Vigil, pero Vigil, con *Galeras de Pafos* —el título decía ha de ser bello aunque no signifique nada— me mostró un rumbo en que la sobriedad y la exageración podían armonizar sus encontrados intereses:

*Señora luna yo te visto . . .*

Pero entonces nada se hacía conscientemente. Se hacía pura y simplemente. La conciencia ha nacido después y sólo para dar molestias y quebraderos de cabeza. El poeta debía ser, toda la vida, inconsciente, inefable. Atravesar el espacio en una nube, mirarlo todo desde arriba, desde el lugar majestuoso en donde los dioses, o las diosas feas y terribles, tejen el destino de los hombres, hasta que la tijera implacable de la muerte corta la cuerda para comenzar otra, y así por los siglos de los siglos.

Aquel acento, creo que lo llaman coloquial, hizo presa en mí. Tiré por la borda cuanto la tradición, cuidadosa, había puesto en mis manos y que tantos afanes le costó. Eso, mi formación aldeana, y la atmósfera tensa del pesimismo europeo, las locuras de los vanguardistas, el balbuceo de los dadaístas que querían comenzar por el principio, los cubistas hurgando en las entrañas de la geometría euclidiana y de las aseveraciones de la física: los colores son vibraciones, hicieron el resto.

Con *Candita* debajo del brazo eché a andar. Cuentos de ambiente casi urbano: *El Sacristán*, para probar que no sólo lo campesino era criollo; y retorno al folklore: *El camino*, *El caracol*. IncurSIONES en el realismo exótico, por lo menos así lo eran los nombres de los personajes, en un cuento que publiqué en *Ecos del Valle*, el periódico fundado por mi padre en Baní y que dirigía entonces mi tío Francisco X. Billini.

Del 32, 24 de junio de 1932, al 40, año en que publiqué *Poemas de una sola angustia*, todo es confusión, vacilaciones, dudas horribles: Baudelaire, Nerval, Darío, Martí.



Me sonaban a falso los modernistas, el vocabulario, el ideal artístico. No importaba la admiración que sentí, y siento todavía, hacia Darío: *Los motivos del lobo*, el *Responso a Verlaine*, que son aún los únicos versos, incluyendo los míos, que puedo repetir de memoria.

¿Y por qué fui poeta civil, social? Eso si no lo sé. Quizás la materia se prestaba mejor a mis posibilidades, quizás, necesitaba purgarme de insatisfacciones, propias y extrañas. Requerimientos oscuros, lecturas olvidadas pero en acecho allá en lo hondo, vivencias que por serlo no autorizan a quien las maneja conocer su procedencia, cómo han nacido, me echaron en brazos de la musa menos dulce, de las asperezas de la realidad circundante, de la vida, la vida que conocía, con sus excelencias y con sus tristezas, con los que no pueden levantar la cabeza ofendidos sin saber por qué.

De *Poemas de una sola angustia* a *Las Islas Extrañas* hay una curva: de los pequeños y terribles dolores del hombre a Dios, al afán de seguridad del alma, a la sed de infinito, a la razón primera, a la fuente de gracia de donde todo mana, limpio y perfecto.

Y al dejar la tierra con espinas, a las desamparadas muchachas que el primero que llegue a caballo y con decisión rapta, al dolor y a la experiencia desenfadada e inútil de las mujeres de ligeros cascos, humilladas y heridas; al dejar la tierra que las lluvias no visitan, los árboles que se alimentan de piedras, los burros pacientes... al dejar esa tierra se me echaron encima. Mi posición era, sencillamente, la de un desertor, la de un traidor a los temas necesarios.

Los que me arrojaron la primera piedra, menos inhumanos, hablaron de versos periodísticos, por el oficio que ejercía y que me daba el pan que todos los días llevé

a los míos, casi con los mismos argumentos que hubieran desgarrado la reputación de un poeta zapatero, conductor de automóvil o platero. Mi honesto modo de subsistencia me había perdido para siempre, en mi poesía surgían, para degradarla, los síntomas de una enfermedad profesional. El sueldo, las humildes comodidades que había logrado, la seguridad de la comida sin retrasos, me habían ablandado. La poesía dominicana —éso decían— tenía perfecto derecho a llorarme.

Los que no han conocido las urgencias del amor, los que no se han pasado horas y horas aguardando el repiqueteo del timbre de un teléfono, los que no han pegado los ojos esperando que amanezca para saber de ella, qué hizo, en dónde estuvo, no podrán explicarse jamás, justificar, que el hombre sea presa, y nada más que presa, de una pasión, de carne y de hueso. Yo había pecado al cantar, al no encubrir, lo que siente quien está enamorado, las horas sin fin en que se espera, las horas cortas del encuentro.

Mi búsqueda de Dios, mi sed de Dios, el oír su llamada y no saber de dónde partía la voz ni qué debía contestarle, les pareció nada más que una falsedad, un tono rebuscado, hablar cuando ya no se tiene nada que decir.

Quizás *Muerte en el Edén* aplacó un poco las iras. Les señalaba un retorno a los temas primitivos. Veían en Colás y en su mundo la vuelta del hijo pródigo y lo celebraron con sacrificios no de corderos y vino sino con humeantes tazas de café, con jugo de naranja y helados de almendras tostadas. Casi estaban dispuestos a perdonarme, a permitirme el paso hacia las consideradas buenas torres de marfil, a hacerme un lugarcito en el Parnaso.

Pero al salir *Las Insulas Extrañas* se frunciéron los ceños y me consideraron, con tristeza, un caso perdido.

Mientras tanto había descubierto a Whitman, en la traducción de León Felipe publicada por *La Pajarita de Papel*, a Eliot en la traducción que aparece en una antología de poesía norteamericana que no recuerdo de quién es, a Frost, allí mismo, al García Lorca de *Poeta en Nueva York*, al Guillén de *Cantos para soldados y sones para turistas*, y más lejos, llevado por la mano de Dámaso Alonso, de Góngora, del Góngora de *Las Soledades* y del *Polifemo*, a Eluard, al López Velarde de *Suave Patria* y renacían, recios, los recuerdos de un poeta olvidado: Montegudo, el del *Canto a Lindbergh* y del *Poema a Maceo*.

Tenía por delante a Unamuno, áspero como buen vasco, pero con la humana entraña palpitante, persiguiendo a un Dios cristiano y católico con su traje sobrio de sacerdote protestante. Al Machado de los campos de Soria, a Neruda en las canciones de amor, a León Felipe con sus invectivas que recuerdan, sin parecido, las voces tonantes de los profetas indignados del Viejo Testamento, a Lucrecio, a los primitivos poetas griegos, mitad filósofos, mitad vates; a Dante, siguiendo las huellas de Eliot; a Horacio, a través de las traducciones potentes y sencillas de Fray Luis de León y de Pombo, perfectas; a Ariosto, a Homero, a Virgilio, a Pound, a Berceo, al Alberti de *Los Angeles* y de *Marinero en tierra*, a Guerra Junqueiro, a Garcilaso, de sencilla majestad; a San Juan de la Cruz, antes que Maritain hiciera el profundo examen del místico.

Y en todos, en cada uno, hallé a Dios. La misma sed de Dios, idéntico anhelo de tenerlo, de agasajarlo, de hacerlo mucho más grande de lo que es mostrándole las propias llagas y las de los demás hombres, señalando con fir-

me dedo las injusticias y los abandonos. Culpándolo, reverenciándolo, amándolo, sentándolo a la mesa cuando vienen de lejos los hijos, en las bodas, en los nacimientos felices, descansando la mano en sus hombros cuando el padre, los amigos, inician su tránsito hacia el más allá alumbrados por un par de velas tristes y baratas, en las manos de cera el Crucifijo, cuando se nos van los amigos, cuando el amor se apaga para siempre, cuando la decepción, los desengaños, pasan su roja raya de tormento para indicarnos que ahí acaba una relación, una fe en el hombre que no es hermano por la sangre sino por algo más que la fraternidad humana.

Soporté mi dolor, me hice fuerte ante un desencanto que amenazó, como una enredadera rabiosa, amarrar mis manos y cerrar mi boca. Bajé la cabeza, avergonzado, y cuando buscaba los temas juveniles, mi ardor antiguo, el sacrosanto arrebató de los primeros días, mi otro corazón, no los encontré, las viejas fuerzas estaban gastadas, no servía el resorte que me movió.

Sufrió, lloré, y Dios y el amor, que son uno, vinieron a consolarme. Cada edad tiene su tono, su vocabulario, sus ideales, claramente marcadas sus metas, querer volver sobre los pasos, intentar, testarudos, quedarnos en donde estamos es tarea insensata, traicionar, eso sí que es traicionar, lo biológico, lo psicológico, desertar del tiempo con afeites, pintando de negro los cabellos blancos, cerrando los labios para que no asomen los dientes que cuidamos con la ayuda del dentista, cubriéndonos la garganta con una roja, enorme, mariposa de seda roja, cuando lo adecuado es una buena bufanda de lana que nos guarde de los repetidos resfríos, del aire del atardecer y de las madrugadas que se ha empeñado en llevarse, los pies por delante, a los que se acercan resignados a los cincuenta,

a los que no se conforman con echar cuentas para saber que sonaron las horas plácidas de las pantuflas en espera de que nuestros hijos nos den nietos, de que la esposa nos traiga, la mano temblona, la dulce infusión de hojitas de naranja, tan estomacal.



LOS POETAS ESTÁBAMOS DIVIDIDOS  
en islas, islotes, y cayos

## LA POESIA SORPRENDIDA

Los poetas estábamos divididos en islas, islotes y cayos. No en vano del grupo de *La Poesía Sorprendida* salió con el nombre de *La isla necesaria* una colección magnífica.

Domingo Moreno Jimenes, Manuel del Cabral y yo, cada uno por su lado, sin otra relación que la amistad, algunas ideas comunes y un mismo criterio en cuanto a los temas, habíamos logrado llevar adelante una obra. Y ahora me refiero a las dimensiones y a la continuidad, no a su valor artístico, desde luego. Y el reparo lo pongo por mí mismo.

Y no éramos nosotros solos: puede, y debe, pensarse en Guzmán Carretero, en Pedro María Cruz, cuando menos en parte de su obra; y más que en los poetas en los prosistas, novelistas y cuentistas: Ramón Marrero Aristy, Freddy Prestol Castillo, Néstor Caro, José Rijo, Sócrates Nolasco.

Los poetas tradicionales tenían puesto fijo, sitio reservado, en el Parnaso.

Con ellos no iba la pelea. Todos reconocíamos lo que valían, o no lo reconocíamos. Una generación se vuelve de espaldas a la anterior y sólo si aquella es combativa y no se resigna a perder la localidad, la ataca. Generalmente se resigna a ignorarla, sin tener en cuenta todo lo que

casi siempre le debe, sin pensar ni un solo momento que esos valores que se empeña en no reconocer, en olvidar, en disminuir, son sus propios valores, porque no hay poesía sin tradición y un gran poeta suele ser el resultado, cuando se es realmente grande, de todos los que antes que él ejercieron la profesión y que, niéguese o no, él será el resumen en grande de todo lo que antes que él hicieron sus antecesores en el tiempo.

San Pedro de Macorís tenía también su isla: los jóvenes que se congregaron en torno de *Recta*. Ahí estaba, agonizando, triste, pobre, Francisco Domínguez Charro.

En La Vega *Los Nuevos*, que reunió nombres que han permanecido en la beligerancia lírica y gente que sanó a tiempo del sarampión literario.

Cada provincia tenía su poeta, o su par de poetas. Del viejo estilo o del nuevo modo, pero nadie quería quedarse a la zaga.

Si se examina la producción de esos años, casi podría decirse de esos meses, se verá la importancia que había cobrado lo nacional, campesino y aldeano. La literatura se había vuelto de espaldas a la ciudad, a lo urbano. Había dejado de ser el elegante deporte de otras épocas. Se leían estrofas y más estrofas y no aparecía ni un abanico. Los cisnes brillaban por su ausencia. Los dioscecillos o habían muerto o tenían olvidados a los poetas dominicanos. Tragedias, amores, conflictos de caracteres, tenían por único escenario el campo. Ibamos, sin remedio, camino de lo silvestre, de lo rústico.

Manuel del Cabral, de Santiago, traía a sus personajes de los barrios pobres, gente que tenía un pie en el patio de Concho Primo y el otro en una calle desaseada de las orillas de una pequeña ciudad cualquiera del Cibao.



Moreno Jimenes, capitalaño, pese a todos sus antecesores: Presidentes y figuras políticas de antaño, mareado por las tardes sin término de Sabaneta de Yásica, por su deambular por los largos caminos del país, abandonando los temas iniciales de su poesía, cayó también en los aparentes excesos.

Y yo, banilejo por los cuatro costados, pulsaba mi lira ronca y monocorde: *Candita* primero y más adelante *Poemas de una sola angustia* y *Rumbo a la otra Vigilia*, lo atestiguan. Fruto tardío, pero seguro fruto, es, también *Muerte en El Edén*, cuyos materiales tuve que elaborar largamente.

Se produjo, entonces, la indispensable reacción. Los elegantes de la poesía, los sólidamente pulidos, presentaron un frente, y nada menos que un frente de combate: *La Poesía Sorprendida*.

El poeta dominicano se había entregado, sin vacilaciones, en las manos encallecidas de una musa áspera y rústica, una musa que por sus maneras, su vestido tosco, sus modales nada finos, no merecía ni siquiera el nombre de musa pastoril. Lo pastoril es flor de salones que se vuelcan sobre el campo: los corderitos bien bañados atados con cintas de seda, los banquetes sobre la grama fresca los ha preparado un cocinero de cordón azul.

Yo no conozco las interioridades de cómo se gestó *La Poesía Sorprendida*, conozco al árbol por sus frutos. Vimos, de pronto, frente a la legión, llena de brío y de entusiasmo, a Franklin Mieses Burgos, poeta que tenía más que sobrados títulos para encabezar entre nosotros una escuela, para encarnar una posición. Junto a él estaba la figura vigorosa de Alberto Baeza Flores, chileno, funcionario de la Misión diplomática de su país en Ciudad Trujillo, y Mariano Lebrón Saviñón, poeta.



Baeza Flores era incansable, inagotable. Caminaba todo el día, trabajaba a toda hora. Un lapicillo de una pulgada para tomar notas, lecturas interminables, seguro de sus ideas, insufló al grupo un recio espíritu combativo, organizó sus publicaciones, estructuró, con la ayuda de los demás desde luego, el programa que debían llevar a cabo, el criterio que era menester imponer a los otros.

Creía en la poesía pura, y por ese camino iba hasta el fragmentismo. Lo vi examinar toda la obra de Salomé Ureña y sacar de ella los treinta o cuarenta versos "que valían la pena". Hizo lo mismo con otros poetas, con los dioses mayores. Ahí están publicados sus resúmenes, vamos a llamarlos así, en las páginas que entonces encontraron cabida en *La Opinión*.

El criterio era cerrado y el afán sin límites: el lema era *La Poesía con el hombre universal*.

Doblaban a muerto las campanas tristes, campanitas pobres al fin y al cabo, de lo vernáculo. Se nos puso en sitio que nos correspondía: junto a las vacas y al lado de los hombres sencillos que labran la tierra, crían el ganado, encauzan los ríos, y como también tienen su corazoncito, aman y sufren, nacen y mueren.

Se produjo un serio, decidido, retorno a la estrofa. Poetas, de gran sensibilidad, con mucho conocimiento del oficio, al día, cultos, lograron, a fuerza de méritos, lo que no habíamos podido antes ninguno por sí mismo: hacerse sentir, influir, pesar, en los medios artísticos.

Frente a la tropa disciplinada y bien armada de *La Poesía Sorprendida* estábamos los grupos ya enumerados y los que hacíamos la guerra por cuenta propia.

No se hicieron esperar las primeras descargas: traían a Moreno Jimenes entre ceja y ceja y pusieron de resalto todo lo que en su obra la hace desigual, pasando un poco

a la ligera por encima de cuanto en ella es grande, a veces casi sublime. Si se hubiera aplicado el criterio fragmentista de Baeza Flores, con todo rigor, a Moreno Jimenes, hubieran podido observar que al final en el cedazo quedaba muchísimo más que de cualquiera de los otros poetas que sometieron a la prueba.

A mí me dejaron por muerto después de una impia-dosa reseña de uno de mis libros, creo que el tercero.

Del Cabral padeció violentos ataques. Se le buscaron parecidos, ecos, influencias. La sección de la revista dedicada al análisis de los poetas era una batería enfilada contra todos los que no comulgábamos con ellos, y el fuego arreció cuando se inició la publicación de los *Cuadernos Dominicanos de Cultura* porque en el consejo de Dirección estaba Pedro René Contín Aybar, de nuestro lado; el doctor Rafael Díaz Niese, que había hecho elogios de los guerrilleros; y Tomás Hernández Franco, cuyos cuentos, de sabor local, le incluían, poco más o menos, en el grupo que ellos calificaban de enemigo.

Hernández Franco había publicado las *Canciones del litoral alegre*, que recuerdan un poco *Marinero en tierra* de Alberty, pero que tiene sal y yodo del Caribe. Quizás es una obra un tanto apresurada, pero tiene belleza y tiene poesía. Con *Yelidá* puso Hernández Franco una pica en el Parnaso. La concepción, la forma, el desarrollo del tema central, las variaciones armónicas, la fuerza telúrica a que están sometidos los personajes, la seguridad en los trazos y en las imágenes, hacen que sea uno de los poemas más logrados de nuestra poesía, pero tiene parecidos, color local, bruscos cambios, que lo han hecho inaceptable para cierto gusto literario.

Pero los *Cuadernos*, es bueno que se diga, jamás fueron vocero de un grupo ni portaestandarte de un ce-

rrado criterio. Vivió nueve años y ya cuando el tiempo se lo demostró ellos se dieron cuenta de que no era un baluarte de las ideas de los que estábamos dentro, y bastante garantía debía ser el hecho de que figurara con nosotros un hombre ecuánime, de firme criterio artístico, insobornable, como el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, o de la seriedad de don Vicente Tolentino Rojas, y ninguno de los dos hubiera permitido que Contín, Díaz Niese, Hernández Franco y yo, les hiciéramos cargar con la responsabilidad de una posición que ellos no estaban en condiciones de aceptar, pura y simplemente, y que hubiera sido hija al fin y al cabo de nuestras pasioncillas.

*La Poesía Sorprendida* me dió muchos dolores de cabeza. Me hizo conocer la incertidumbre frente a mí mismo, la inseguridad, los prosaísmos que adrede dejo correr en mis versos y los que mi áspero estilo dejó pasar inadvertidos. Pero a ella, a hombres de ese grupo cuya importancia soy el primero en reconocer, debo grandes satisfacciones, unas gracias a Franklin Mieses Burgos, otras a Manuel Rueda, y sobre todo a Fernández Spencer cuyo estudio de mi poesía en la obra *Nueva Poesía Dominicana*, que editó en Madrid, es, a mi juicio, de lo más acertado que se haya publicado acerca de mis pobres versos, comparable nada más que con los repetidos exámenes que ha hecho de ellos Contín Aybar. Y digó de lo más acertado porque se fué al fondo mismo de la génesis de mis poemas, a su dolorosa gestación, para subir, de golpe, a cuanto yo procuraba a través de mis palabras y que muy pocos habían notado antes. Tanta satisfacción me produjo su lectura que ni siquiera tomo en cuenta la dura verdad que dice, mucho más dura porque es verdad que reconozco, de que carezco de sentido artístico al manejar

las palabras. La explicación de que apenas si corrijo no es suficiente.

Se ha dicho que aún los mejores escritores vascos se resienten al expresarse en castellano. Sus mejores novelistas, sus grandes ensayistas, sus poetas, tienen una veta áspera. Puede que yo lo lleve en la sangre, es decir, que lo trajera la sangre Incháustegui y aunque la lengua eusquera sólo la conozca muy superficialmente: algunas canciones, breves conversaciones que he oído, libros que he examinado por curiosidad, haya influído, pasando por encima de la generación de mi padre, porque mi abuelo tí que lo hablaba, como buen vasco y buen marino, que es ser dos veces vasco.

Por cierto mi abuelo, Santiago Incháustegui, estuvo en el combate de Santiago de Cuba en que España, con una marina de guerra anticuada, no tuvo más remedio que entregarse, después de una lucha tan inútil como heroica, y por ello muy española, a la realidad y dejarse vencer por los Estados Unidos.

Nunca, cuando leía los despachos reunidos del Incháustegui de quien descendemos, cuando palpábamos sus condecoraciones mordidas por el tiempo los nobles metales, casi sin color las cintas de seda pasada, pensé que más adelante la sangre suya que llevaba en las venas haría de mis expresiones algo duro, sencillote y áspero, un poco como las tierras que me vieron nacer y que no me cansaré de cantar, de mi Baní, y otro poco como los hombres a cuyo lado estuvo mi padre y estuve yo y estuvieron mis hermanos, flacos, los ojos claros o bajo las cejas encanecidas los ojos negros, el fino cabello cayéndoles sobre las frentes amplias, de seca piel, surcadas por las arrugas que el tanto entrecerrar los ojos para librarlos de un sol de fuego hunde profundamente.

Ellos, los banilejos, ya no saben quién yo soy. Los veo y reconozco a los personajes de *Poemas de una sola angustia*. Ellos ven en mí a un señorito, a un curioso, a un extraño que se entremete con preguntas en sus vidas, en sus siembras, en las frescas sombras de los limoncillos o de los mangos, pero no sabrán nunca qué constituyen para mí, mucho más que el modelo para el artista, muchísimo más que el maestro que dirige, que el amigo que guía: tierra y hombres, puntos, reunidos en un posible todo que no debe ser abstracción porque su carne es indispensable, son algo así como una novia que ha tenido la virtud de no envejecer, de hacerse respetar por el tiempo, de estar por encima de los cambios a que todos tenemos que resignarnos, reina de un mundo que está completo en mi pecho y allí sólo llegan las palabras que uno quiere y de allí sólo inicia su vuelo lo que es profundo, seriamente de uno y que nada ni nadie podrá hacer cambiar de rumbo.

## QUITO, GUAYAQUIL, LA HABANA

Al llegar a Guayaquil un conocido amigo, el aire caliente, salió a recibirme. Estaba de nuevo al nivel del mar, junto al río de mansas aguas leonadas, importándome poco la cantidad de langostas que visitaban la ciudad arrojadas de sus naturales predios por las últimas crecientes.

Trabajé con la cabeza clara, dormía como un bendito, tenía un apetito voraz y punto menos que permanente.

Las reuniones de clausura se efectuaron. Entramos a ser parte de Comisiones Permanentes, no se podía pedir más. Al fin se oyó el discurso final.

Tenía reservación para salir hacia La Habana cuatro días después de terminados los trabajos. Sentí necesidad de regresar. Una fuerza oscura impulsó mis pasos, que consideré inútiles, a la oficina de la Braniff: no habría aviones de pasajeros precisamente hasta la fecha de mi reservación, pero si yo quería salir en un avión de carga podía hacerlo, eso sí, sin ninguna de las comodidades que ofrece la Compañía. La diferencia, porque era más barato el pasaje, se me entregaría en Cuba y me adelantaron que debía tener paciencia ya que la suma a reintegrar tendría que determinarse en la oficina principal, en los Estados Unidos. Acepté y salí.

Hasta Panamá todo fué bien, pero entre Panamá y La Habana el avión saltó mucho: atravesamos una zona ancha de fuertes vientos. Los pilotos iban y venían, de la cabina al minúsculo cuartito sanitario: la poliuria del miedo.

Dos o tres niños que iban en el pasaje lloraban incansablemente. El avión, tratando de evadir la zona de mayor peligro, tomó mucha altura y como no estaba equipado como los que conducen nada más que viajeros, les dolían, nos dolían a todos, los oídos.

Desesperada una madre bonita quitó el cinturón de seguridad y fué a pedirle un poco de agua a uno de los miembros de la tripulación, para ver si callaba al lloriqueante niño, con tan mala suerte que el vacío más grande que tropezamos la hizo subir, como en un rápido acto de levitación, hasta tropezar con la cabeza en el techo y bajar de allí pesadamente. Se fracturó un tobillo.

Por fin llegamos a La Habana, amarillos, fatigados por la tensión nerviosa a que nos tuvo sometidos las condiciones de la última etapa del viaje.

Al día siguiente enfermó, gravemente, mi hijo Joaquín. Sin que se perdiera tiempo le operó el doctor Ricardo Núñez Portuondo, el cirujano mayor de Cuba. Fué horrible: peritonitis generalizada.

Núñez Portuondo, cuando terminó la intervención, me llamó aparte y me habló con los ojos bajos y bondadosos: las únicas esperanzas que podían tener era menester buscarlas en la Fe, que el Cielo nos las diera.

Durante dos semanas, la gravedad duró cuatro, velé junto a su cuarto de la clínica, descabezando en la mecedora que me buscaron, sin afeitarme, casi sin comer, sin cambiarme la ropa. La barba crecida luyó la corbata como si se le hubiera pasado por encima, enérgicamente,



muchas veces, un cepillo cuyas cerdas fueran de alambre.

Y durante ese lapso de angustia, de desesperación, en que nos debatíamos todos los de la familia y los amigos, entre esperanzas breves y fugaces e incertidumbres que no había modo de arrancar de raíz, tuve desagradados, la certeza de que no se respetaba ni siquiera el estado de mi hijo, la aflicción que nos embargaba.

Una mañana, porque iba a la Cancillería, que estaba en la casa, a trabajar, a pesar de la resistencia del mayordomo entró un grupo insolente y vociferante que venía a pedirme cuenta por actos de mi Gobierno, absolutamente soberano en la decisión que había tomado en aquellos momentos. Los hice salir con cajas destempladas.

Una noche, a medianoche, a pesar de que el portero le explicó la terrible situación de mi hijo y el dolor que me embargaba, vino hasta mi mecedora solitaria —Candida siempre estaba dentro junto a Joaquín— una comisión de estudiantes universitarios que venía a notificarme que ellos, los estudiantes, habían resuelto hacerme responsable, con mi vida, de lo que pudiera ocurrir a un compañero dominicano, pero inscrito en la Universidad de La Habana, que había tenido la mala fortuna de caer en manos de nuestras autoridades en un fallido intento de invasión a la República.

Sin verles la cara, las luces de los pasillos se apagaban temprano para favorecer el sueño y el descanso de los enfermos, les respondí que aceptaba gustoso la responsabilidad y que cuando fuera oportuno podrían encontrarme fácilmente como en ese momento, sin guardaespaldas, sin resguardo policial, aunque fuera a la cabecera de un hijo por cuya vida se temía, en cuyo restablecimiento no tenían la menor confianza los médicos.

Es más, les dije: iba a aprovechar su visita para escribir un informe a mi Cancillería y a sugerirle que hiciera llegar a las autoridades que juzgaren adecuadas una sugerencia: en lo sucesivo si se producía otro desembarco de hombres armados, dispuestos a alterar el orden establecido, pateando las instituciones, y sobre todo si entre esos hombres iban estudiantes cubanos, o estudiantes dominicanos cobijados por una matrícula de la Universidad de La Habana que por Dios no mandaran soldados a recibirlos, que se designaran comisiones de damas para que les entregaran perfumados ramilletes de flores.

Se retiraron en silencio, avergonzados.

Y mientras estuvo Joaquín entre la vida y la muerte tuve la asistencia, permanente, del Presidente Trujillo. Sacaba tiempo casi todos los días para preguntar por su estado, para animarme, para hacer sugerencias que por cierto fueron muy útiles porque el médico de cabecera, el doctor Núñez Portuondo, las consideró muy adecuadas. Y todos los gastos que hice, que fueron muchos, todo lo que costó en servicios médicos la enfermedad él, generosamente, los cubrió.

Cuando semanas después quise darle personalmente las gracias por todo lo que había hecho por nosotros, expresarle nuestro agradecimiento, me cortó a mitad de camino, cambió de conversación y se puso a hacerme preguntas, impidiéndome seguir.

## LAS IDEAS (1928-1957)

Todo es política, hasta este libro con sus inocentes incursiones a intimidades intrascendentes, con anécdotas que no agregan nada a lo que todos sabemos, las inexplicables tentaciones para muchos ante un paisaje o para seguir el canto acompasado, en la montaña, de leñadores distantes, tragados por el verde oscuro de los bosquecillos que en los valles se acurrucan.

Cuando seguimos a mi padre, en el 1930, para entrar en las filas de lo que se llamó Unión Provincial, que apoyaba decididamente a Trujillo, en donde trabajó tanto junto al licenciado C. Armando Rodríguez y don Alberto Font Bernard, seguros de su honradez, indiscutida su visión del porvenir del país, hacíamos política, movidos, es cierto, por el espíritu de cuerpo familiar, pero era una forma de no quedar al margen de la lucha, de intervenir de alguna manera en ella.

Más adelante trabajé en la Federación de Partidos, en una casa que recuerdo frente a la entonces Mansión Presidencial, al terminar la calle Julio Verne. Lo hacía siguiendo a Trujillo, ya que la Federación reunía a cuantos comulgaban con sus ideas, y para estar junto a Mario Fermín Cabral, algo así como la cabeza del clan Cabral de que era parte.



# DERROTA A BOSCH

182

HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL

Cuando tuvimos la sensación de que perdíamos a Europa, por culpa de los propios escritores europeos, casi la intelectualidad toda, que nos anegó con su desengaño, que nos ensordeció con sus gritos clamando justicia, enseñando las llagas que en la piel y en el corazón habían abierto la guerra y las consecuencias de la guerra, hacíamos política, respaldando, en los bancos del parque de Baní o en los del Parque Colón, un programa de acción regeneradora, que nos podía hacer alcanzar en nosotros mismos esa América que invocaba Moreno Jimenes en versos carentes de lirismo, que le criticaron mucho, pero que arrancaban de una necesidad y que así inarticulados daban la sensación de una enorme solidez épica.

Al enfrentarnos a Juan Bosch y a los que con él trataron de aclimatar el romance a lo García Lorca para ponerlo al servicio de las figuras del pasado, de los prohombres de las guerras civiles, hicimos política, entonces sin saberlo.

Si hubiera triunfado su tesis y los poetas se hubieran dado a la tarea, que no era difícil: ahí estaban el material humano y todas las herramientas para el trabajo, nos hubiéramos llenado de caudillos y caudillos deificados, cayendo en una suerte de politeísmo político que era, por un lado, un retorno insensato a períodos en buena hora superados del pasado, y por otro, muy peligroso: todo el campo de la atención, toda la capacidad de admiración de un pueblo, la habría llenado la guerrera comparsa poetizada poniendo las tentaciones muy a la mano.

Al derrotar a Juan Bosch, principalmente a él que fué el alma del movimiento, impedimos que la gente volviera los ojos hacia atrás y que sintiera la atracción de abismo que sobre las almas siempre han ejercido el pe-

nacho guerrero, las glorias militares, la ronca sirena de la fanfarria.

No creímos, y nos reímos, de un movimiento breve pero brioso al cual podríamos poner por rótulo "defensa de la Universidad de la vida" y que tuvo como finalidad poner al autodidacto por encima del técnico, al hombre de acción por encima de los de pensamiento, hacer de la insolencia algo de más categoría que la reflexión, situar más dignamente la improvisación que el resultado de largos estudios, y decididamente estuvimos al lado de las togas, junto al ingeniero sudado que mete el ojo por el teodolito, cerca del economista que maneja números, necesidades y posibilidades como el que guía un rebaño en silencio, junto a los que miran un librito antes de tomarle el pulso a una vaca, compenetrados con los que cantan con el pentagrama enfrente, con los que sueñan y en sus sueños viven, mudan, mueren, los grandes héroes de la Humanidad. los que con una doctrina, con una cruz, con las ideas o una espada merecían no ser olvidados.

El programa de Trujillo no se podía llevar a cabo sin técnicos, sin especialistas. Cerrarle el acceso en el país a la ciencia era proclamar que vivíamos en el mejor de los mundos posibles, sin necesitar de nadie ni de nada, y eso era sencillamente un disparate.

El impulso partía de Trujillo y a él estaba encomendada la misión dura de impedir que el ánimo decayera, que mellaran el entusiasmo, la capacidad de trabajo, el optimismo, todas esas fuerzas tropicales, telúricas, que conducen los pasos a la sombra de los árboles y llaman allí quedamente al sueño. En nuestra zona un hombre que trabaja sin pausas es un hombre que irrita, que llega a molestar.

Era menester el programa y era indispensable su realización, y, en consecuencia, teníamos que lograr, que contribuir, el mantenimiento de una sola autoridad en el Gobierno, un Gobierno que debía ser largo, para la más amplia continuidad de los planes. No nos podíamos dar el lujo de cambiar de chaqueta porque en ello nos iba la vida, porque veíamos venir, tras el movimiento aparentemente inocente, la veleidad con sus cambios, el egoísmo con su afán de arrasar lo hecho para colocarse solitario a la mirada de todos y comenzar una letanía de promesas. Corríamos el riesgo de que los avances logrados con tanto sudor de la frente se convirtieran en sal y agua.

Con Peña Batlle, durante las largas caminatas por la *Avenida George Washington*, en las veladas del *Hollywood* o en los domingos de *Cachimán*, aprendí, porque él lo creía y lo propugnaba, que éramos un pueblo fuerte y que habíamos sido muy desgraciados.

Se nos cambió y se nos vendió como a una vaca —la frase es suya—. La de Menéndez Pelayo para describir el grado de abandono en que nos tuvo la Metrópoli y lo poco que pesábamos en su ánimo —hato de ganado— es menos fuerte.

Padecimos de la orfandad reiterada de los éxodos, nos desangramos en cada vaivén horrible de las dominaciones cambiantes, nos quedamos sin aristocracia, sin la indispensable aristocracia que hubiera podido salvarnos, aunque la palabra y el concepto no puede ser muy del gusto de los demagogos a quienes sólo interesa el pasajero aplauso de una galería que al abandonar la sala retorna a su pelotilla, y que el Diabolo arregle al mundo.

No se pudo formar, en ningún momento, una oligarquía responsable, vinculada al Gobierno, que tuviera intereses comunes con el Estado y que se sintiera obliga-

da a luchar a brazo partido por la estabilidad de aquél o el fortalecimiento de éste. Y la palabra oligarquía también a los oídos de hoy suena mal.

Por sus convicciones Peña Batlle se tornó en teórico del Trujillismo y estuvo al lado de Trujillo, que encarnaba los poderes y la visión políticos que harían posible un reencuentro con nuestro Destino, llevados por los anchos caminos que acaban en la Iglesia, que conducen a la hispánica raíz, que hacen posible el regreso a la tradición que no es más que la continuación de las instituciones.

Aristocracia y oligarquía son palabras que rechaza la sensibilidad de nuestros días. Repugnan. Pero como son realidades y hechos lo único posible era cambiarles el nombre. En vez de aristocracia se dice las tantas familias y el número varía de país en país, pero esa es la etiqueta de la aristocracia, el cándido antifaz con que cubre la cara, o se la cubren.

Como no se puede mencionar la palabra oligarquía hoy se habla de equipos gobernantes, refiriéndose a esa parte de las oligarquías que laboran dentro de las Administraciones en una forma más o menos permanente a veces de modo alternativo.

En las comunidades más pequeñas los miembros de la oligarquía se cobijan bajo la denominación de notables, nombre con alguna tradición, y comprende a la gente ilustre, por el apellido, por el dinero, por el prestigio profesional, por su experiencia en cargos de importancia, por su vocación literaria o artística. Y estos últimos tienen función, lo que no es fácil que ocurra en las capitales, por razones de número sencillamente, y el número debilita porque supone un mayor antagonismo, una variedad más grande de ideas, que se repelen y enredan; intereses francamente encontrados porque la política, las doctrinas o el

afán de predominio los mueve, pese al común denominador, a todo lo que tienen de común.

En mis largas charlas con el licenciado Roberto Despradel en San Salvador afiancé las enseñanzas que recibí y me di cuenta de que para Peña Batlle ser consecuente con Trujillo era ser consecuente consigo mismo, con una clara idea de lo que debía pensarse y debía hacerse, que estaba, antes de su llegada, y cuando estuvieron tan cerca, en la cabeza y en las manos de Trujillo a cuyo servicio se puso.

Comprendí, de una vez por todas, que sin un Estado fuerte no hubiera sido posible la distribución de las tierras sin herir el equilibrio que los intereses de una clase numerosa deseaba sostener.

Superada la etapa de égloga de criadores de ganado que vino después del inicial momento del lavador de arenas auríferas en las playas de los ríos y que al fin se quedó con las manos vacías, era menester poner cerebro en lo que se debía hacer, en hallar lo que más convenía al país como país.

Creció la agricultura, a expensas de las zonas de crianza libre, y al crecer el ámbito, el habitáculo, del ganado, se fué estrechando, y había dos caminos, o se criaba bajo cerca o se mataba a la agricultura, dando lugar a una serie de trastornos profundos y haciendo posible una vuelta al régimen del latifundio ya que el ganadero necesita grandes espacios abiertos con abrevaderos, que no se le corte el paso a las reses con empalizadas.

Y había dos soluciones y Trujillo las puso en práctica: ir limitando por vía legislativa, con la Ley, las zonas de crianza libre, para favorecer las siembras y con ellas el arraigarse de una clase a su propio dintorno porque no hay crítica más severa a un régimen, político o de



derecho, que los continuos éxodos del campo hacia la ciudad; e importar ganado más productivo para sustituir el que llegó a ser sólo cuernos, mugidos y ojos lánguidos; buscar y cultivar pastos de mayor rendimiento, y que tuvieran no sólo más alto valor alimenticio sino que fuera al mismo tiempo mucho más resistente a las periódicas sequías, al agostamiento de los días en que la yerba se convierte en yesca que sólo espera una llamita para llenar de fuego una comarca. Y algo más: el empleo, que hasta él fué absolutamente desconocido, de los alimentos balanceados para el ganado. Al limitarse al espacio cerrado del pesebre necesita menos tierra para su sustento y se aumenta, ante el asombro y la incredulidad, la producción de leche hasta alcanzar niveles civilizados.

Para impedir, siempre al servicio de la primera solución, el desencanto del agricultor por los bajos ingresos y la sanguijuela de la usura, hace llegar a sus manos encallecidas, semillas, dinero, que no exigía sacrificios ni es fuente de beneficio para los que en la ciudad pueden pasarse el santo día rascándose la barriga hasta sacarse sangre; técnicas, insecticidas y la posibilidad de emplear equipo mecánico sin necesidad de tener que comprar maquinarias que estaban, están, fuera del alcance de sus posibilidades por lo caro que cuestan.

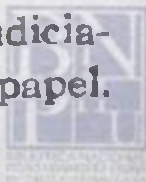
Y volviendo al principio: al estabilizar Trujillo el Gobierno, al fortalecer el Estado, y enriquecerlo, con recursos reales; al cerrar la espita por donde se iba gran parte del producto del trabajo por la cómoda resbaladera de los beneficios de los propietarios absentistas, de accionistas extranjeros o de muy serios tenedores de bonos de deudas públicas, hizo posible la capitalización del país, ésto es, que la República, o en la República, hubiera sólido numerario suficiente para emprender la industrial-

zación a que nos autorizan nuestro consumo y las relaciones con el mundo, sin la menor necesidad de salir de puerta en puerta, por bancos y Cancillerías del otro lado del mar, en pos de los pesos indispensables, con el tropiezo de algunas negativas rotundas, ante la indiferencia de los que con los pies encima del escritorio se limpian las uñas con un pequeño cortaplumas de oro, o por la desgracia de no entrar en los planes de una expansión comercial, de fondo político.

Se afirmó la agricultura, se consolidó la ganadería, se capitalizó al país. Firme el hombre en la posesión y usufructo de la tierra, seguro junto a su ganado, bien plantado ante la máquina que multiplica el trabajo del obrero y con él la producción nacional, con moneda sana para crear empresas fuertes, era natural consecuencia, venía como por añadidura, un fortalecimiento de las clases.

La burguesía creció y educó con fe a sus hijos haciéndolos más aptos para la defensa de los propios intereses; la clase laboral, con más oportunidades, especializada, sin crisis periódicas de desempleo que los llevara al pesimismo y a la anarquía, llenándose sus filas con obreros de cuello blanco de altos ingresos, se unió y se consolidó. Los capitalistas, sin las amenazas de las turbulencias de antaño, garantizados por la ley, con voz y voto en las juntas en donde se deciden los jornales, bien representados y respetados en los juicios en donde tienen que ir a defenderse, se hicieron poderosos, pero sin serlo tanto que pudieran conspirar contra la seguridad y el bienestar de las otras clases.

Restituído el equilibrio por el juego de fuerzas el país podía avanzar y avanza, sin alteraciones perjudiciales, sin privilegios, todos sintiéndose cómodos en su papel.



Cuando dije, al principio, que un día los que lavaban el oro en las playas de los ríos se quedaron las manos vacías quise, además, irme más lejos: señalar la muerte y el lugar de nuestra existencia en donde hubo necesidad de enterrar a la minería. Nuestros antiguos mineros cavaron con las uñas y lo que lograron fué que pedruzcos, el barro rebelde, los testarudos filones en donde la sílice se hace impenetrable, se las arrancara.

Y Trujillo mecanizó la búsqueda y explotación de las riquezas del subsuelo. El técnico siguió la pista sin engañarse, conducido por la ciencia que le habían dado los libros y la gran ayuda de la experiencia. Se perforó y se explotó, con buenos rendimientos. Hasta las antiguas minas abandonadas sintieron los pasos firmes del hombre nuevo, armado de trituradoras, de elementos químicos en los grandes baños, y no le quedó más recurso que entregar las riquezas tanto tiempo dormidas en la húmeda oscuridad de las galerías.

No podíamos continuar manteniendo estacionaria, y baja, la producción de azúcar. No era justo que nuestro principal producto de exportación se quedara a la cola, inmóvil, mientras el país progresaba en todos los órdenes.

Era menester que saltáramos de la humilde condición de pequeños productores a las primeras filas y ganar el derecho de que nuestra voz se oyera en las reuniones en donde se determinan las cuotas del consumo mundial. Que pesaran nuestros intereses por razón de magnitud, y Trujillo llevó adelante la obra, tesoneramente, contra la corriente de los pesimistas, sin hacer mayor caso de cuantos del otro lado de la acera se sentían amenazados al principio y en peligro cuando, en toneladas, arribamos a las siete cifras anheladas, a más del millón.

Los pueblos americanos han necesitado para resolver cada uno de sus grandes problemas a un hombre, y la lucha mayor se ha librado junto a los baluartes de todo lo anacrónico que dejó el feudalismo y en las tierras en donde la barbarie cerraba los caminos para el progreso impidiendo la repoblación de los campos, el roturamiento de las praderas vírgenes.

Gracias al empuje de Trujillo, a su capacidad de trabajo y de hacer trabajar a los demás, que es muy importante; debido a su vigilancia, a su iniciativa, a su espíritu nacionalista y patriótico, aunque estas dos palabras parezcan sacadas de las proclamas con que nos insensibilizaron nuestros antecesores en el tiempo y en la Historia, tenemos un país, definitivamente colocado en el mapa, sacando la cabeza, elevando la voz, en donde quiera que los propios intereses o el interés de nuestra concepción del mundo y del Gobierno estuviese amenazada.

Y entre las añadiduras están los beneficios que en el orden espiritual y de la cultura hemos recibido porque hay paz y las escuelas abren todos los días sus puertas acogedoras. Asistimos a la Universidad, leímos, discutimos. Nos expresamos como nos dió la santa gana, sin que el policía de la esquina nos pusiera la mano en el hombro por el delito de no escribir sonetos, o de escribirlos; por los asaltos que dimos a la Gramática y a la Preceptiva, por nuestras irreverencias, por nuestra insolencia, porque pusimos descarnadamente ante los ojos del desinteresado lector de versos, asustado, paisajes terribles o la callada desgracia de la pobreza. Por esa libertad sin cortapisas, por esa posibilidad de aumentar conocimientos y de vigorizar el ala de los sueños, hemos sido como somos y lo seguiremos siendo porque pasaron los años en que los cambios están autorizados y los que no los efectúan

o son tontos de remate o inconsecuentes con la vida misma que exige transformaciones, variación de posiciones e ideas que están aferradas y justificadas en cada edad, biológicamente.



## EL POZO (1957)

Comencé a escribir este libro la noche de San Silvestre, en la cresta de la ola de un año que pasaba para siempre, que iba a ser parte del mismo pretérito que me daba los materiales de la obra.

Escribí furiosamente. El conocido Demonio se había apoderado de mí. Me consolaba pensando que aquello realizado era nada más que una suerte de borrador, que a su tiempo volvería sobre él, a pulir, a remendar.

Recordar es como dibujar: restar, y dibujar, también decía Van Gogh, es clavar. Clavaba febril los recuerdos, sin plan. Me echaba en cara que escribir es cuestión de método y paciencia, y carecía de método y la paciencia no se sentó a mi lado.

Hubiera querido escribir un prólogo para el libro, ponerle eso que llamaba Quevedo el delantal de lo que se escribe, para que cayeran en él los salpiques, las sobras, esa parte de la sopa que se pierde del plato a la boca, y no pude.

Quería explicar que *El Pozo* no era un libro autobiográfico, la manera de fabricarme un pedestal; ni siquiera un libro de confesiones, porque soy cobarde y tímido. Quería que la obra fuese amable, un libro nada

más para los amigos, que no ansiaba saltar la cadena de los íntimos.

Descubrí la mala construcción, las limitaciones que yo mismo me impuse, las pequeñas concesiones a lo pintoresco, lo incierto del rumbo cuando el poeta que hay en mí se entretenía en jugar con los colores o con los sentimientos.

Dentro se habían quedado los andamios y como si fuera poco emprendí la empresa de levantar otro más, éste, para estorbar la salida.

Me percaté que todos los recuerdos no eran míos. Imposible. Algunos los debo a mi madre que me contaba cómo fui; a mi tía, a los amigos dispersos a los cuatro vientos, que me transmitían escenas, frases, situaciones, que ya habían caído en el hoyo negro del olvido. Debo mucho a esos rescates fortuitos, a mi curiosidad, a mi paciencia para oír.

Sin memoria histórica, carente de memoria onomástica, el trabajo era muchísimo más exigente de lo que al principio creí. Pero disponía de éso que se llama memoria involuntaria, la que necesitaba un estímulo, pero siempre el mismo, para mostrar algo, también siempre lo mismo, que parecía escondido y muerto. Me ha bastado el sabor de una fruta para reconstruir pequeños mundos en donde estuve presente. Un perfume para que se recortara, claro, un perfil; precisar el tono de una voz, oír palabras, frases, que una vez acariciaron mis oídos.

Una canción me traía nombres, el rechinar de una puerta personajes que hasta ese preciso momento no habían vuelto a pisar mi mundo. Páginas de un libro, el color del papel, el ruido que hacen las ramas contra los muros cuando el viento las mueve, para que de la nada se levantaran escenarios y los viejos actores que dormían un



sueño muy parecido al de la muerte irrumpieran gesticulando, riendo o llorando, gritando una verdad que fué mi verdad, animando a una vida que fué mi vida.

Medio borracho de café, con la garganta quemada por el humo de los cigarrillos que fumaba incansable y estúpidamente, venían las comparsas, con sus solemnes trajes negros o como en mascarada. Mareado, sintiéndome mal, sin mirar las teclas de la máquina de escribir, moviendo la cabeza para aliviarme los dolores del cuello, mirando hacia el cielo raso, irritable, sordo, seguía como quien cumple un compromiso, como si alguien aguardara a que pusiera, por fin, el último punto.

Y nadie me aguardaba, yo no tenía ningún compromiso ni siquiera conmigo mismo, y a pesar de todo, precipitadamente, sin darme respiro, seguía adelante, tomando notas de lo que me faltaba, redactando páginas adicionales, frases aclaratorias dirigidas a mí mismo.

Aguardaba la hora en que todos duermen, el momento en que la casa se vacía de ruidos y de actividad, cuando ya no hay que temer ni al teléfono ni al timbre inoportuno de la puerta, y escribía trastornado, urgido, apresuradamente como si el destino dependiera de lo que iba haciendo, como si la suerte necesitara las cuartillas llenas, como si la fortuna requiriera el libro para no abandonarme.

Creía al principio, lo pensé cuando el libro estaba todavía en período de gestión y metido como una criatura informe en mi entraña, que podría ser útil a los estudiosos de nuestra literatura, por las noticias que ofrecía, por las conversaciones que reproducía, por las preferencias cuyos cambios podía precisar, por los pensamientos que podrían seguirse en su evolución. Luego me di cuenta de que estaba equivocado, hubiera sido menester documen-

tos a la mano, que no tenía, y estudios formales a los que nunca he podido habituarme. Admiro la erudición y a los eruditos, pero nunca he logrado completar un fichero. Alguna vez comencé y no seguí.

Era necesario ofrecer juicios y sé que no tengo el menor sentido crítico. Leo a Saint Beuve con fruición, pero no paso de ahí. A Contín Aybar, a los hermanos Henríquez Ureña, a Balaguer, y entonces me doy cuenta de mi falta de fuerzas.

Temo herir, ser indiscreto. No soy capaz de la caricatura y los retratos o los deajo en la sombra o ilumino sólo los rasgos amables. Y así no se puede escribir nada que sirva. Sin pasión, deseoso de hacer bien, de mostrarme ante mí mismo generoso, caritativo si fuese necesario, le corté las garras a lo que les venían muy bien.

Echaba de menos, pedía, reclamaba, como Machado, "mi dulce espina dorada" y la tristeza, que era lo que estaba más accesible por pérdida reciente de familiares, por la ausencia de Candita en días —Navidad, Año Nuevo, Reyes— en que el hombre que ya no es joven necesita tener cerca a quien abrazar y besar, a quien probar, sin decirlo, el amor; en demostrar callado el afecto, tampoco me servía. La tristeza empuja a sus víctimas a la inacción, a la soledad, y al recordar nunca pude sentirme solo. Mis muertos queridos venían a hacerme compañía, los paisajes amados tenían el mismo encanto que antes y recordar era revivir y recordar una vida contribuir al renacimiento de un mundo que se colocaba ante mis ojos exacto, completo.

Reí bajo la noche, frente a la máquina de escribir. Lloré en no sé cuántas ocasiones, pero nunca sentí vacilaciones que hubieran hecho peligrar el trabajo, incertidumbres que me sirvieran de censura. Sin un diccionario, sin uno



